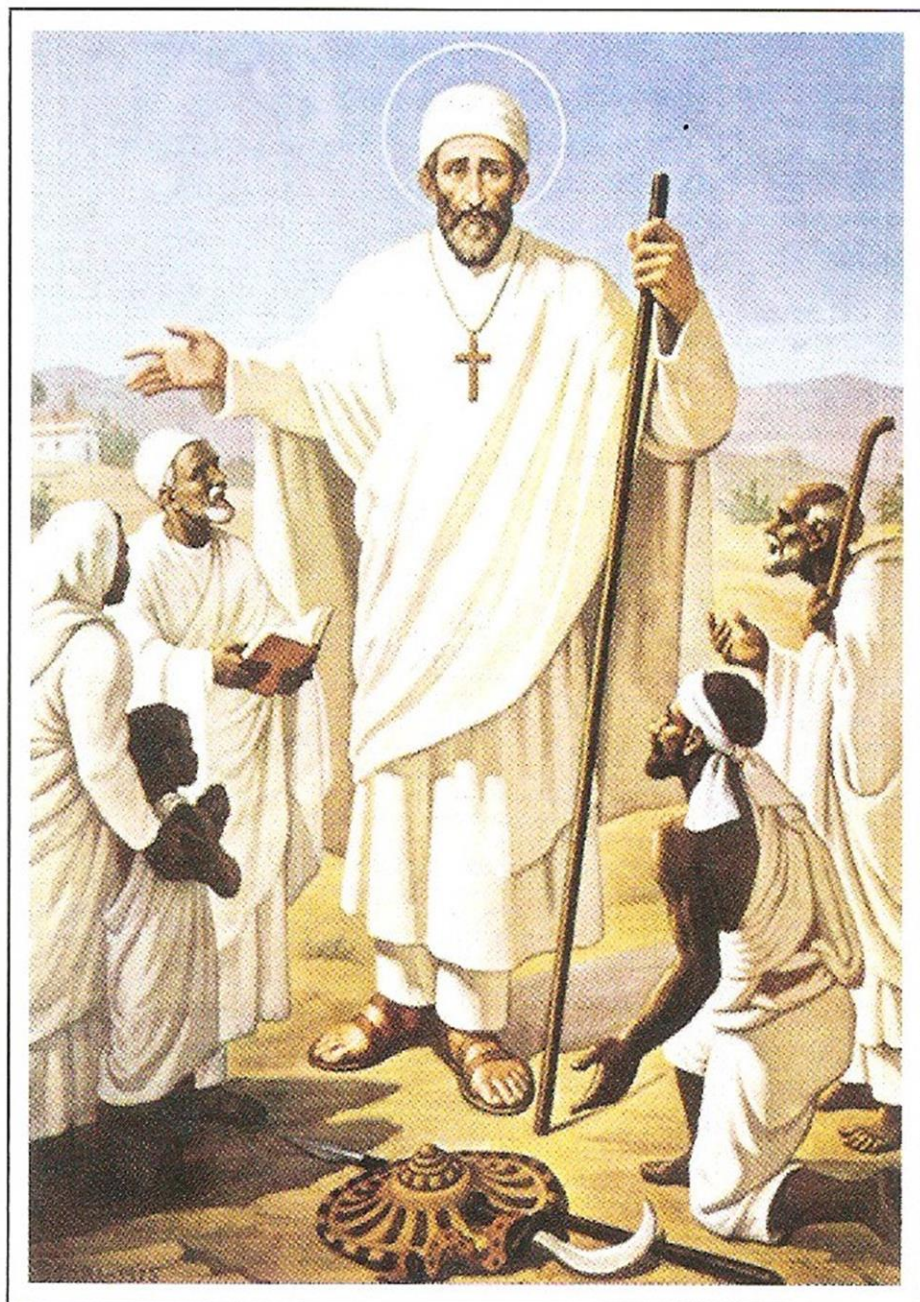


VINCENTIANA

AÑO 44, Nº 6

NOVIEMBRE-DICIEMBRE 2000



DOSSIER:

San Justino De Jacobis
(1800-1860)

CONGREGACIÓN DE LA MISIÓN
CURIA GENERAL

SANTA SEDE

Nombramientos

El Santo Padre Juan Pablo II **ha elevado la Prefectura Apostólica de Tierradentro** (Colombia) **al rango de Vicariato Apostólico**, con la misma denominación y configuración territorial. Además, el Sumo Pontífice ha nombrado **primer Vicario Apostólico de Tierradentro** (Colombia), al **Rvdm. Padre Jorge García Isaza, C.M.**, hasta ahora Prefecto Apostólico de la misma Circunscripción Eclesiástica, asignándole la sede episcopal de Budua.

(L'Osservatore Romano, 27 de Febrero de 2000, p. 1)

El Santo Padre Juan Pablo II ha nombrado **Administrador Apostólico de Rrëshen** (Albania) al **Padre Cristóforo Palmieri, C.M.**, hasta ahora Administrador Diocesano de dicha diócesis.

(L'Osservatore Romano, 6-7 de Marzo de 2000, p. 1)

El Santo Padre Juan Pablo II ha nombrado en Eslovenia **Obispo Auxiliar de la Diócesis de Maribor** al **P. Anton Stres, C.M.**, hasta ahora decano de la Facultad teológica de Ljubljana, asignándole la sede titular episcopal de Ptuj.

(L'Osservatore Romano, 14 de Mayo de 2000, p. 2)

Decreto

El 1º de julio, en presencia del Santo Padre, se promulgó el **Decreto de heroicidad de las virtudes del Siervo de Dios Marco Antonio Durando**, Sacerdote de la Congregación de la Misión de San Vicente de Paúl y Fundador del Instituto de las Hermanas de Jesús Nazareno, nacido el 22 de mayo de 1801 en Mondoví (Italia) y muerto el 10 de diciembre de 1880 en Turín (Italia).

(L'Osservatore Romano, 2 de Julio de 2000, p. 1)

Carta

El Santo Padre Juan Pablo II escribió a **Monseñor Gaston Poulain**, Obispo de Périgueux y Sarlat, **una carta** fechada el 8 de septiembre, con motivo del **cuarto centenario de ordenación sacerdotal de San Vicente de Paúl**.

(Cf. L'Osservatore Romano, 20 de Septiembre de 2000, p. 6)

Carta de Juan Pablo II al obispo de Périgueux y Sarlat,
monseñor Gaston Poulain, con ocasión del IV Centenario
de la ordenación sacerdotal de San Vicente de Paúl

*Al monseñor Gaston POULAIN
obispo de Perigueux y Sarlat*

1. Cuando la diócesis de Périgueux y la familia vicenciana celebran IV centenario de la ordenación Sacerdotal de San Vicente de Paúl, me complace asociarme mediante la oración y la acción de gracias a este acontecimiento que tiene lugar en el corazón del gran Jubileo del año 2000.

Y es que fue precisamente el 23 de septiembre de 1600 cuando el joven Vicente de Paúl recibió el sacramento del Orden de manos de su predecesor, monseñor François de Bourdeille, obispo de Périgueux, en la iglesia de Chateau-l'Evêque.

Cuando había aspirado a una "honrosa retirada", su encuentro con hombres de fe como Pierre de Bérulle y aún más el descubrimiento de la miseria corporal y espiritual de los pobres muy pronto habían de conducir a Vicente a un cambio decisivo en su manera de comprender y vivir su sacerdocio.

Su principal preocupación, que tan actual sigue siendo, será de allí en adelante el anuncio de la Buena Nueva a los más desfavorecidos tanto material como espiritualmente. Para él, resulta evidente que la evangelización constituye una responsabilidad que atañe a todos los bautizados, a toda la Iglesia. Además, sus primeras grandes obras las emprenderá junto con laicos, tanto hombres como mujeres. Pronto se dará cuenta, sin embargo, de que los beneficios de la misión no pueden durar en ausencia de sacerdotes celosos e instruidos que mantengan viva la llama, que basen su vida y su ministerio en su encuentro íntimo con Cristo. De hecho, para el Señor Vicente, los sacerdotes son insustituibles en su papel cerca de las almas que Dios les ha encomendado. Por otra parte, la toma de conciencia de la difícil situación por la que atravesaban en la Francia de entonces muchos sacerdotes, especialmente en el campo, le impulsará a tomar parte activa en la labor de reforma del clero después del Concilio de Trento. Su compromiso en favor de los sacerdotes y de su formación en una perspectiva misionera alcanzará gran amplitud: ejercicios a los Ordenandos, Conferencias de los Martes, dirección de seminarios. De esta forma, la Congregación de la Misión, por él fundada para "predicar el Evangelio a los pobres, especialmente a los campesinos", tendrá también como vocación la de "ayudar a los eclesiásticos a adquirir los conocimientos y virtudes necesarios para su estado" (cf. *Reglas Comunes, I, 1*).

La visión del sacerdocio propia del Señor Vicente, basada en una experiencia personal de la misión, adquiere dimensión universal cuando advierte a sus misioneros: "Hemos sido escogidos por Dios como instrumentos de su caridad inmensa y paternal, que desea reinar y ensancharse en las almas". Nuestra vocación consiste pues en "ir, no

a una parroquia, ni sólo a una diócesis, sino por toda la tierra; ¿para qué? Para abrazar los corazones de todos los hombres, hacer lo que hizo el Hijo de Dios, que vino a traer fuego a la tierra para inflamarla de su amor. Por ello es cierto que yo he sido enviado, no sólo para amar a Dios, sino para hacer que se le ame. No me basta con amar a Dios si mi prójimo no lo ama” (Coste XII,262 / ES XI,353).

2. El año jubilar, en el que celebramos de especial manera la Encarnación del Hijo de Dios hace dos mil años, nos abre a la misión mesiánica de Cristo, que, consagrado por la unción del Espíritu Santo, es enviado por el Padre para anunciar la Buena Nueva a los pobres, para traer la libertad a los privados de ella, liberar a los oprimidos y devolver la vista a los ciegos (cf. *Tertio millennio adveniente*, n. 11). Hallamos aquí la intuición fundamental de Monsieur Vincent, enérgicamente traducida en actos a lo largo de su existencia. Oigamos de nuevo su llamamiento a conformarnos a Jesús en su relación con el Padre y con los hombres, con los pobres y desvalidos, para quienes es enviado: “Habéis de vaciaros de vosotros mismos para revestiros de Jesucristo” (Coste XI,343 / ES XI, 236), modelando vuestra vida conforme a la de Cristo, totalmente entregado al Padre, totalmente entregado a los hombres. En la perspectiva apostólica del Señor Vicente, el Verbo encarnado ocupa el centro de todo: “Recordad que vivimos en Jesucristo por la muerte de Jesucristo ..., que nuestra vida debe estar escondida en Jesucristo y llena de Jesucristo y que, para morir como Jesucristo, hemos de vivir como Jesucristo” (Coste I,295 / ES I,320).

Espero vivamente que la celebración del aniversario de la ordenación sacerdotal de San Vicente de Paúl sea para los sacerdotes y fieles de la diócesis de Périgueux, así como para los miembros de la familia vicenciana en su conjunto, ocasión para una renovación espiritual y misionera, y sirva de aliento para el servicio apostólico.

Hombre del encuentro con Dios y los hermanos, hombre dispuesto a la acción del Espíritu Santo, Vicente de Paúl nos invita a mirar con nuevos ojos la misión en el mundo actual. Mediante una colaboración generosa y un constante apoyo recíproco, respetando la propia vocación, ojalá sacerdotes y laicos salgan cada vez con mayor arrojo al encuentro de los hombres y mujeres de nuestro tiempo para anunciarles el Evangelio. Ojalá los cristianos constituyan comunidades vivas, abiertas a todos, especialmente a los más desfavorecidos y alejados, que atestigüen a cada uno el amor que Dios les tiene! Preocupados por el crecimiento humano y espiritual de las personas y los grupos, contribuirán así a la misión mesiánica de Jesús, que por su vocación han de continuar.

3. Para ser testigos auténticos de Cristo, hoy como en tiempos del Señor Vicente, es necesaria una sólida formación humana, doctrinal, pastoral y espiritual, y ello no sólo para los sacerdotes, sino también para los fieles. Los esfuerzos que en esta dirección ya se han emprendido -y que han de proseguirse siempre, especialmente con los jóvenes- constituyen una fuente de esperanza para la vitalidad de la Iglesia y para la credibilidad de su testimonio. Espero también que los hijos de Monsieur Vincent sigan y renueven el compromiso, recibido de su fundador, de contribuir a la formación y ayuda espiritual a los sacerdotes, con espíritu eclesial y misionero.

Animo cordialmente a la diócesis de Périgueux en su proyecto de emprender con decisión, durante el próximo año, una labor de búsqueda espiritual y pastoral con el fin de fomentar el despertar, desarrollo y apoyo de las vocaciones sacerdotales. ¡Que vuestra fervorosa oración consiga para la Iglesia los sacerdotes totalmente entregados a Dios y a sus hermanos que ésta necesita. Ojalá la Iglesia de Francia obtenga fruto de las celebraciones del cuarto centenario de la ordenación de San Vicente de Paúl y vea florecer nuevas vocaciones entre los jóvenes.

A los jóvenes de Francia llamados por el Señor, quisiera decirles una vez más con toda energía: ¡No os dejéis paralizar por la duda o el miedo! Siguiendo el ejemplo de San Vicente, responded con un “sí” sin reservas, encomendándoos totalmente a aquél que es fiel a sus promesas. El Señor hará de vosotros unos servidores dichosos de vuestros hermanos y os dará la felicidad a la que aspiráis.

4. Querido hermano en el episcopado: Encomiendo a la intercesión de San Vicente de Paúl la diócesis de Périgueux y Sarlat, la Iglesia que está en Francia y la familia vicenciana en todas sus ramas. Invoco también de manera especial a Francisco Régis Clet, sacerdote de la Misión, a quien tendré el gozo de canonizar dentro de pocos días, junto con otros mártires de China. Al entregar generosamente su vida para que el nombre de Cristo se anunciara hasta los confines del mundo, se transformó él en modelo de vida sacerdotal y misionera. A usted, a los fieles de su diócesis, a los miembros de la familia espiritual de Monsieur Vincent y a todas las personas que participan en las celebraciones del IV centenario, imparto de todo corazón una especial Bendición apostólica.

Vaticano, 8 de septiembre de 2000
Juan Pablo II

Nombramientos y confirmaciones del Superior General
(desde las aparecidas en Nuntia Mayo /2000, cf. Vincentiana 2/2000, p. 105)

FECHA	NOMBRE	OFICIO	PROVINCIA
11-05-2000	KARICKAL Raju	Director HC	India Sur
17-05-2000	SOLÁS SÁNCHEZ Francisco	Director HC	Venezuela
26-05-2000	REINTJES Jacques	Director HC	Graz y Salzburgo
02-06-2000	RAFTERY Eamon	Director HC	Nigeria
06-06-2000	GONÇALVES MENDES Sebastiao	Director HC	Mozambique
12-06-2000	IYOLO IYOMBE Dominique	Visitador	Congo
27-07-2000	SANZ PORRAS Enrique	Director HC	Madrid-S.Vicente
01-08-2000	MARTÍNEZ SAN JUAN Francisco J.	Director HC	San Sebastián
03-08-2000	MARTELLO Daniel	Director HC	Bélgica
03-08-2000	DEVEUX Prosper	Sub-Director HC	Bélgica
07-11-2000	AZCÁRATE GORRI Santiago	Visitador	Zaragoza
08-11-2000	GONZÁLEZ LÓPEZ Antonio	Visitador	Venezuela
08-11-2000	PANIAGUA David	Director HC	Bolivia
08-11-2000	PONTICELLI Silvano	Director HC	Indonesia
28-11-2000	GINETE Manuel	Visitador	Filipinas
05-12-2000	DE LA RIVERA ROJAS Carlos	Visitador	Chile
05-12-2000	MARTÍNEZ Enrique	Visitador	Argentina
16-12-2000	LEÓN RENEDO Martiniano	Director HC	Ecuador
18-12-2000	AIKARA Jose	Visitador	India Sur

El “primer” Justino De Jacobis

*Por Biaggio Falco, C.M.
Provincia de Nápoles*

La infancia

Justino De Jacobis nace en San Fele el 9 de octubre de 1800. Su padre, Juan Bautista, huérfano desde cuando tenía sólo ocho meses, fue confiado con sus dos hermanas a la abuela paterna y a su tío sacerdote, Don Sebastián. Muy pronto debe ocuparse de las propiedades agrícolas heredadas y, aunque tenía inclinación al estudio, no pudo conseguir ningún título. El 10 de agosto de 1790 Juan Bautista De Jacobis se casa con María Josefa Muccia, hija de un notario, que le dará catorce hijos: ocho varones y cuatro hembras nacidos en San Fele y dos varones nacidos en Nápoles. La suerte fue poco benévola con esta numerosa familia: sólo cinco varones consiguieron sobrevivir. Justino, el séptimo de los hijos, pasó el periodo más bello de la vida, la infancia, en San Fele donde recibió la primera educación y los primeros sacramentos. La primera y más influyente maestra del pequeño Justino fue su madre, mujer piadosa y de grandes virtudes que, con la palabra y aún más con el ejemplo, le transmitió los sentimientos cristianos y le hizo conocer el Evangelio.

Siendo niño Justino estuvo dos veces en peligro de muerte. La primera vez cuando tenía un año, a causa de una enfermedad grave. Su madre, intuita la grave situación, lo consagró a Dios rogándole que salvara al hijo si su vida fuera a ser útil a la Iglesia, de lo contrario estaba dispuesta al sacrificio de perderlo. Los ruegos fueron atendidos.

La segunda vez Justino, un poco mayor, corrió el riesgo de precipitarse por un barranco jugando en la grupa de una mula enfurecida. Una vez más su madre, impotente ante lo que estaba sucediendo, invocó desesperadamente ayuda hasta que milagrosamente la mula se paró en el borde del barranco y así Justino se salvó por segunda vez.

Creció, alimentado amorosamente por su piadosa madre, en una típica región del Mediodía de Italia, pobre en riquezas materiales, pero con grandes recursos humanos y cristianos. Los habitantes del pueblo, como una gran familia, vivían conociendo cada uno la condición del otro y Justino mostraba ya entonces una particular atención por los más pobres y por los que sufrían. Tenía un carácter vivo y gracioso, pero una singular inclinación a la reflexión prevalecía sobre las actitudes típicas de los niños de su edad y seguramente por eso se había ganado el sobrenombre de “viejo”.

En la primavera de 1813, Justino tenía doce años, Juan Bautista De Jacobis decidió trasladar la familia a Nápoles.

¿Motivaciones políticas, financieras, familiares? ¿necesidad de mayor seguridad o tranquilidad económica? ¿dar a los hijos la posibilidad de recibir una buena instrucción con la que conseguir una profesión, tras las huellas de los abuelos y de los tíos?

En esa decisión no se excluye el peso de algunas vicisitudes políticas en las que había estado implicado. En efecto, en 1799 Juan Bautista De Jacobis se había adherido a la *Repubblica Partenopea* y había combatido en su tierra contra los soldados del cardenal Rufino, que luchaba por el retorno de los soberanos borbones a Nápoles. Después del retorno de Fernando I de Borbón al trono de Nápoles (1814), Juan Bautista de Jacobis, a pesar de haber sido absuelto, fue considerado siempre “reo de Estado”, aunque nunca fue encarcelado.

Repatriado por esta situación se encontró sin tener ninguna posibilidad de empleo en la administración pública, quien anteriormente, por sus 360 ducados de rédito, era uno de los 304 “propietarios” de la región y hubiera podido presentarse como candidato al Parlamento Nacional y a los más altos cargos del Estado.

Con la llegada de José Bonaparte y Joaquín Murat a Nápoles, quizá entrevió la posibilidad de una buena situación en esta ciudad.

Los avatares políticos, sin embargo, no se desarrollaron según lo esperado y comenzó la fase de declive de esta familia, que ostentaba un prestigioso pasado. Juan Bautista no logró salvarse de la miseria pero, en compensación, tuvo la satisfacción de ver a sus hijos Nicolás y Donato Antonio llegar a ser distinguidos profesionales, literato el primero, abogado civil el segundo; y Vicente, Justino y Felipe hombres de iglesia, uno cartujo y los otros dos vicencianos.

Justino continuará en Nápoles los estudios y junto con la formación literaria y humanística cuida la propia vida espiritual con la oración y la participación en los sacramentos, bajo la dirección del carmelita P. Mariano Cacace a quien había sido confiado por su madre.

El Seminario

El sabio carmelita había intuido la vocación de su hijo espiritual a la vida consagrada y, cuando acogió su decisión de consagrarse a Dios, no pudiéndolo

hacer admitir en la propia comunidad, disuelta por la supresión napoleónica de los institutos religiosos en 1809, lo encaminó hacia los *Misioneros Vicencianos*.

A los 18 años Justino hace el primer ingreso en la *Casa dei Vergini* (así llamada por estar ubicada en la plaza del mismo nombre), Casa Provincial y sede del noviciado de los misioneros vicencianos: allí entró y allí se quedó.

Las palabras con las que Cacace lo presenta al director, padre Francisco Javier Pellicari, se revelaron como una feliz profecía: *Estoy contento de hacer un regalo a vuestra Congregación y la experiencia os lo demostrará!*

El 17 de octubre de 1818 Justino es admitido al noviciado, que lo preparará para la futura vida misionera y para el ministerio sacerdotal al servicio de los pobres, según el *carisma vicenciano*. Seguía todo con regularidad y provecho. Por la sencillez, la disponibilidad y sobre todo la humildad, en el seminario se le había dado un sobrenombre *Fratel Faccialei* (“Hermano Haga usted”) pues era la respuesta típica que Justino daba a los compañeros cuando se trataba de decidir sobre cualquier asunto, aunque fuera un juego, convencido de que los otros lo harían mejor que él y además no quería de ninguna manera que su postura pudiese desagradar a alguno. Actitudes y convicciones que no hay que confundir con desinterés, despreocupación o debilidad, sino que hay que comprender a la luz de aquella *positiva indiferencia y libertad interior*, a costa incluso de la mortificación de sí mismo, que constituyen puntos esenciales de la espiritualidad de San Vicente de Paúl en la que De Jacobis se dejaba dócilmente modelar.

En el seminario se consolidó la amistad con Vicente Spaccapietra nacida cuando ambos frecuentaban las escuelas públicas y habían comenzado a compartir los mismos ideales, la misma vocación. Vicente Spaccapietra, en efecto, entrará en la *Casa Dei Vergini* un año después que Justino. Él nos da interesantes noticias sobre cómo vivió el noviciado su amigo. Su conducta – cuenta Spaccapietra– era impecable, no se podía advertir en él ningún defecto y sobre todo había hecho de la humildad la virtud predilecta. Justino manifestaba particularmente una profunda veneración por la Virgen y siempre tenía relatos edificantes para suscitar amor y confianza en Ella.

Con respecto a sus estudios, aunque tuviese una capacidad nada mediocre, le gustaba hablar de su insuficiencia. Esto dice Spaccapietra para hacernos entender que probablemente De Jacobis no tiene una sutil mente especulativa, no es el típico intelectual, pero posee sin duda una gran claridad de ideas y la capacidad de captar rápidamente y expresar con sencillez lo esencial. Cualidades que, como demostrará la vida, lo harán idóneo y flexible para muchas y variadas tareas, que le serán confiadas dentro de la comunidad y de la Iglesia.

La *insuficiencia* personal de la que le gustaba hablar, la poca confianza en las propias capacidades, incluso hizo dudar a Justino de estar a la altura del ministerio sacerdotal...

Afortunadamente, muy distintas eran las convicciones de quien le era cercano y de los superiores que habían tenido los medios de comprobar lo contrario. Rechazaron por esto su petición de permanecer en comunidad como simple *hermano coadjutor*, y lo enviaron a Oria (Brindisi).

Fue admitido a las órdenes sagradas en octubre de 1823, recibió el diaconado el 13 de marzo de 1824 y, con dispensa por la edad, fue ordenado sacerdote en la catedral de Brindisi el 12 de junio del mismo año.

Apóstol en la Patria

Las actividades a las que se dedicó Justino al comienzo de su ministerio fueron, naturalmente, las propias de la Congregación, sobre todo la predicación por medio de las “misiones populares”. Pero fue también un lúcido director de almas, eficaz predicador de ejercicios espirituales a diversas categorías de personas (religiosas, profesionales, clérigos); asistió siempre con premura a los enfermos y a los pobres, como quería la palabra y el ejemplo del Fundador; se dedicó además a la formación y animación de las *Cofradías de la Caridad*, grupos femeninos o mixtos organizados para el servicio y la asistencia de los necesitados.

La permanencia de De Jacobis en Puglia duró cerca de trece años: se quedó algunos años en Oria (1824-1829), después estuvo entre los cohermanos que abrieron la casa misión en Monopoli (1829-1833) y, tras un breve paréntesis en Nápoles por razones de salud, lo volvemos a encontrar nuevamente en Puglia, en Lecce (1834-1836).

La sencillez que le ha caracterizado siempre, la humildad, virtud que ha preferido y ha ejercitado más que las otras, la meditación y la oración que han precedido siempre a cada acción suya, la gran disponibilidad para todos sin reservas no podían sino suscitar gran admiración; quien lo escuchaba y lo conocía quedaba fascinado por su persona. Era un *hombre especial* porque su forma de ser no era fácil de encontrar en otros hombres, pero lo era también al comprobarse situaciones incomprensibles para la mente humana, que lo hacían protagonista.

Una tarde de invierno del año 1831 en Monipoli, mientras se disponía como de costumbre a predicar a los fieles, un mensajero de Fasano le anuncia que un penitente suyo gravemente enfermo y en peligro de muerte requería de él.

Terminada la predicación, Justino montó a caballo y acompañado por el mensajero, se encaminó a la casa del moribundo. Un hermoso trecho de camino en aquel atardecer frío y oscuro. El farol que llevaban apenas era suficiente para disipar las tinieblas. El trayecto no carecía de dificultades y de improviso el viento apagó el farol, paralizando a los viajeros.

Sin luna, sin estrellas, sin un rayo de luz para distinguir el camino. El guía no lograba orientarse y comenzaba a temer lo peor, pero Justino le animó y le invitó a rezar a la Virgen. Las oraciones fueron escuchadas y entorno a los viajeros se formó un halo de luz, que les permitió continuar. En Fasano confiesa al enfermo y le asegura que no morirá. En efecto, vivirá todavía treinta años.

Lo sucedido era algo extraordinario y el testigo no tardó en hacerlo público contando cómo la luz que había facilitado el camino procedía de su honorable compañero. Naturalmente a Justino se le requirieron explicaciones y él, convencido de que lo acaecido fue obra de Dios y no suya, minimizó lo sucedido diciendo que la luz de la que se hablaba había sido producida, con toda probabilidad, por un meteoro nocturno.

Por la admirable entrega con que ejercitaba el ministerio, pocos años después de la ordenación sacerdotal se le confiaron a Justino encargos importantes: fue diputado de la Casa de Oria en la Asamblea Provincial preparatoria de la General de 1829; superior en la Casa de Lecce, director de Novicios en San Nicolás de Tolentino en Nápoles y, también en Nápoles, superior de la Casa *Dei Vergini* donde había comenzado su aventura de servicio del Evangelio, de los pobres y de la Iglesia.

Siempre contrario a cualquier cargo u oficio, sólo por la humilde consideración que tenía de sí mismo, vivió tales encargos en espíritu de obediencia y de servicio, nunca con arrogancia, haciendo propio el dicho evangélico: *quien quiera ser el primero que sea el último*.

No siempre, naturalmente, las cosas fueron por el mejor camino: lo afligió alguna enfermedad; la diversidad de puntos de vista, de opiniones, de programas lo llevaron a enfrentamientos con los cohermanos, acarreándole también humillaciones por parte de los superiores. Su actitud, dulce pero resuelta, condescendiente pero coherente, lo situaba a veces “contra corriente”, más allá de los rígidos esquemas de una mentalidad necesitada de abrirse a lo nuevo, pero temerosa de hacerlo por la dificultad general de encontrar equilibrio y estabilidad por parte de una Iglesia, de una vida religiosa y de una sociedad todavía marcadas por la tempestad de la Revolución francesa y de la dictadura napoleónica.

Se cuenta que un día en la Casa de San Nicolás se presentó un joven deseoso e interesado por encontrarse con el director de los novicios del que había oído hablar muy bien para pedirle consejo ante la posibilidad de ingresar en el seminario. En la entrada se encuentra con él limpiando la iglesia y nunca hubiera imaginado que aquel hombre fuese justamente la persona que buscaba. Confundiéndolo con el sacristán le pide si puede buscar al Director. Justino le preguntó por qué quería hablar con él y el joven le explicó la motivación que lo había empujado hasta allí. El “presunto” sacristán le aseguró que la persona de la que hablaba no tenía nada de especial. Después, con una afectuosísima sonrisa, le revela su verdadera identidad.

No desdeñaba realizar trabajos que por su naturaleza correspondían a otros y cuando esto sucedía se ocupaba en ellos con mucha naturalidad.

Esta gran disponibilidad, sin embargo, no le impedía cuando era necesario ser riguroso y ejercitar con decisión la propia autoridad. Cuando creía que una idea o un programa eran para el bien de la comunidad, corría incluso el riesgo de ser reprendido por los superiores, a pesar de que esto fuera para él motivo de gran sufrimiento.

Justino trabajó en la patria en un momento histórico en el que el ambiente social, político y económico se resentían todavía de los efectos de las revoluciones y de las agitaciones que afectaron sobre todo a la Italia meridional. No fue pues fácil llevar a cabo lo que era un principio básico de la Congregación vicenciana: llevar el Evangelio al pueblo.

Pero la forma sencilla de predicar según el “pequeño método” vicenciano, sin retórica; su disponibilidad, el ejemplo de vida que precedía y confirmaba cada enseñanza, le mereció estima, admiración, simpatía tanto de la gente pobre como de los “gentilhombres”.

Entre las personas de alta alcurnia la marquesa Elena De los Antolietta de Fragañano, en particular, quedó impresionada por el carisma de Justino y fue, además de su fiel penitente, una valiosa colaboradora y benefactora durante muchos años. Le ayudó en la fundación de la *Cofradía de la Caridad* en Puglia y en numerosas obras a favor de los pobres. Cuando después se llega a conocer las menesterosas condiciones económicas de la familia de su confesor, se preocupó de ayudarla de varias maneras y muy discretamente.

Por esto Justino conservará hacia ella una profunda gratitud.

En los años 1836-1837 aparece el cólera en Nápoles. Él está allí, día y noche y sin reservas para asistir a los enfermos de cólera, incluso poniendo en peligro la propia vida. Olvidado de sí mismo hasta no tener tiempo ni siquiera

para comer un pedazo de pan, una mañana fue encontrado adormilado, extenuado por la fatiga, al lado de un enfermo que había asistido hasta su muerte, despreocupado del contagio que, a pesar del contacto con muchísimos enfermos, no le afectó.

El final del cólera coincidió con una procesión organizada por Justino en honor de la Inmaculada a través de los estrechos y populosos callejones de los llamados *Barrios españoles*. La enfermedad estaba ya derrotada. La gente captó en la “coincidencia” una respuesta a tantas confiadas oraciones, elevadas al cielo y la noticia del *milagro* corrió rápida de boca en boca. La prodigiosa imagen de la Virgen se conserva todavía hoy en la iglesia de la Casa de San Nicolás de Tolentino, en Nápoles.

Después de la experiencia del cólera, Justino fue herido en los afectos más queridos por dos grandes dolores: la muerte del padre (después de una breve y violenta enfermedad, quizás el cólera, el 26 de octubre de 1837) y la de la madre (20 de junio de 1838).

Más allá del mar

En octubre de 1838 el cardenal Felipe Franzoni, Prefecto de “Propaganda Fide”, tuvo la ocasión de conocer personalmente a Justino, entonces superior de la Casa *Dei Vergini*. Franzoni le habló de los favorables informes que el padre José Sapeto enviaba desde Etiopía recomendando no diferir más el retomar la evangelización de aquella tierra.

Franzoni queda fascinado por la personalidad de Justino, rica de humanidad y de virtud; además se siente confortado por la actitud favorable que le ha manifestado sobre la eventualidad de deber –propio de él– afrontar la empresa africana. Hijo dócil de la obediencia, el santo misionero había puesto una sola condición: *Sólo que lo consienta el Superior General de mi Congregación, Abisinia será mi nueva y querida patria.*

Vuelto a Roma, el Cardenal comienza a pensar en De Jacobis como la persona adecuada para llevar adelante la naciente misión abisinia. Escribe a París confiando a la *Congregación de San Vicente de Paúl* la nueva misión y para obtener la autorización del Superior General para destinar a Abisinia a De Jacobis, y a otro cohermano provisto de las cualidades necesarias.

Justino se entusiasma con la perspectiva. Verdaderamente desde hacía tiempo había acariciado el proyecto de ir a las misiones extranjeras, pero ¿se podía todavía realizar un sueño a los 38 años? Esperaba, además, que su marcha a África alejaría de él definitivamente la “amenaza” de ser nombrado Obispo,

algo que presentía y que de ninguna manera quería afrontar: aunque hubiese ocupado cargos importantes con gran competencia, el humilde *sacerdote de la misión* estaba convencido de no merecer tanta consideración. Él, que no se consideraba ni siquiera un *buen sacerdote*, ¿podía jamás imaginarse Obispo?

Con un doloroso conflicto interior entre manos así pensaba y rezaba Justino en 1838:

Cuando ya había desechado cualquier esperanza de ser enviado a las misiones extranjeras, una agudísima inquietud, que se había apoderado de mi espíritu, me atormentaba... Durante mis sufrimientos, durante mi pobre acción de gracias después de la celebración de los divinos misterios, había repetido a menudo esta oración: yo no consentiré jamás, Dios mío, ser consagrado, sólo en el caso de una nueva misión que tuviese gran necesidad de un obispo.»

No imaginaba cómo la Providencia le tomaría la palabra queriéndolo Obispo justamente en Etiopía, en una tierra y en una historia donde la “púrpura episcopal” más que un *honor* (“onore”) sería una *carga* (“onere”) sobre sus espaldas.

Precedido de los necesarios preparativos, después de haberse reunido en París con el Padre General y de haber recibido en Roma las instrucciones e indicaciones para llegar y establecerse en Abisinia, el Prefecto Apostólico para Etiopía Justino De Jacobis, con el Padre Luis Montuori y algunos cohermanos franceses encaminados a la misión de Oriente, emprendió el largo viaje hacia la que llegaría a ser su segunda patria.

Se embarcaron en Civitavecchia. Era el 24 de mayo de 1839, fiesta de María Auxiliadora.

(Traducción: PABLO DOMÍNGUEZ, C.M.)

San Justino De Jacobis: fundador de la nueva generación católica y formador del clero nativo de la Iglesia Católica de Eritrea y de Etiopía

*Por Abba Iyob Ghebresellasié, C.M.
Provincia de Eritrea*

Introducción

Referencias Bíblicas a la Introducción del cristianismo en los Dos Países

Mientras historiadores y arqueólogos andan buscando testimonios fehacientes de los primeros asentamientos cristianos cerca de la ribera oeste del Mar Rojo, no resulta difícil hallar alusiones bíblicas a la llegada del cristianismo a nuestras tierras.

... Al mismo tiempo un etíope, hombre de confianza y ministro de Candace, reina de los etíopes, y encargado de todos sus tesoros que había ido a Jerusalén en peregrinación. (Hech 8,27).

Según los etnólogos, el nombre Etiopía se atribuye a aquellas gentes que tienen la misma lengua y cultura que viven todavía en el Cuerno de África. Y aunque todavía no concuerdan los historiadores sobre el lugar de residencia de la Reina Candace o sobre los límites de su territorio, existen narraciones de historiadores nativos que nos pueden servir, de alguna forma, de fuentes. Sobre la base de estas referencias bíblicas y relatos tradicionales, podemos afirmar que la fe cristiana fue introducida en las tierras costeras de Eritrea durante los primeros siglos del cristianismo. Orígenes, el padre de la Iglesia Egipcia, escribe: “No se cree que haya sido predicado el Evangelio a todos los etíopes, en especial a aquellos que vivían más allá del río”¹.

El cristianismo en el siglo IV en Eritrea y en otras regiones fronterizas de Etiopía

No existen dudas de que la fe cristiana llegó al reino axumita a través de los territorios costeros de Eritrea cercanos al actual puerto marítimo de Massawa, y con toda probabilidad, a través del antiguo puerto de Adulis. Y desde Adulis hasta Axum, existen muchas ruinas antiguas en Eritrea como Quohaito, Tokonda, Abba Meta y Metera, que presentan pruebas históricas de la antigua presencia cristiana². Si bien los arqueólogos comenzaron las excavaciones en algunos de estos lugares en la segunda

¹ Sergew Hable-Sellasié, *Historia Antigua y Medieval de Etiopía hasta 1270*, Adis Abeba.

² Giotto, Daniele y Marinelli, Olinto. *Risultati Scientifici*, Florencia, 1912, p. 470.

³ Hable-Sellasié, op. cit.

mitad del siglo 20, sus trabajos se vieron interrumpidos por la guerra de los 30 años por la independencia de Eritrea.

Tanto Eusebio como Rufino, historiadores de la primitiva Iglesia, confirman la llegada del cristianismo a Eritrea/Etiopía. San Frumencio fue consagrado obispo en el siglo cuarto, por Atanasio, Patriarca de Alejandría, quien “le mandó volver al lugar de donde procedía”. Un antiguo Martirologio Ghe’ez nos da más detalles sobre la misión y ministerio de Frumencio como Obispo de Etiopía³. San Frumencio sirvió de instrumento para la evangelización de las llanuras meridionales de Eritrea así como de las cercanas regiones del norte de Etiopía.

Misioneros posteriores trataron de restablecer la fe católica en las montañas de Eritrea y en las vecinas regiones de Etiopía

C. Conti Rossini, escritor e historiador explica cómo la Iglesia etíope, desde sus comienzos, fue seguidora de la ortodoxia católica, como lo fue la alejandrina de la que dependía. La herejía monofisita fue aceptada por la Iglesia de Alejandría, y como Etiopía recibía sus obispos de ella, la Iglesia etíope, en contra de su origen, se hizo monofisita (tal vez inconscientemente). Dejando a un lado el asunto de cómo la Iglesia etio-eritrea se hizo monofisita, muchos misioneros católicos emprendieron la recuperación de sus seguidores para la Iglesia de Roma.

El emperador Zarajacob de Etiopía, respondiendo a la invitación del Papa Eugenio IV, envió al Abad Andrés, del Monasterio de San Antonio en Egipto, y a un diácono llamado Pedro como delegados al Concilio de Florencia de 1441⁴.

De 1555 a 1632, muchos misioneros jesuitas fueron enviados a Etiopía para restaurar la unidad de la Iglesia Católica. Por desgracia, estos misioneros poseían escasos conocimientos de la cultura y costumbres eclesiásticas y litúrgicas de la Iglesia etio-eritrea, y todos fueron finalmente expulsados del país. Hay que decir que, durante su presencia en el área, ganaron muchos miembros nuevos para la Iglesia Católica. Estos nuevos católicos fueron también perseguidos, y muchos buscaron refugio en regiones apartadas a fin de conservar su fe católica. Sorprendentemente, lograron resistir durante más de dos siglos, aunque privados de la asistencia de sacerdotes.

- De 1637 a 1642, los frailes capuchinos trataron de ir a Eritrea y Etiopía. Pero fueron detenidos y asesinados por las autoridades civiles en el lugar por donde habían entrado.

- Otros misioneros franciscanos volvieron a intentarlo de 1700 a 1714. Fueron encarcelados, también, y apedreados hasta morir cerca de Gondar.

⁴ Pane, Salvatore. *Vita del Beato Giustino De Jacobis*, Nápoles, 1949, p. 218.

- La Iglesia de Roma no abandonó nunca. Un Etíope, Gheorghis Ghebreigziabher, fue nombrado obispo con el nombre de Tobías. Era estudiante de *Propaganda Fide* en Roma⁵. Fue enviado como obispo de Adulis y llegó a Eritrea con su acompañante. Trabajaron firmemente para establecer la Iglesia Católica de nuevo. Sin embargo, también esta vez, Abuna Tobías fue obligado a dejar el país y a huir El Cairo en 1797.

La llegada de Justino de Jacobis a Eritrea y Etiopía y sus éxitos en la fundación de la Iglesia Católica

Justino de Jacobis, misionero vicenciano de altas dotes de santidad y comprensión, aprendió de su fundador, San Vicente de Paúl, una lección básica: seguir la Providencia de Dios. Fue la Divina Providencia la que le enseñó cómo tratar a la gente a él confiada en su nueva misión. Sabía muy bien que durante siglos los misioneros católicos habían hecho cuanto estaba en sus manos para establecer la Iglesia Católica en ambos países, pero sin éxito alguno. Justino pidió a Dios que le inspirara interiormente cómo conquistar los corazones y las mentes del pueblo etíope. Y la Divina Providencia respondió, concediendo a Justino una notable visión de la cultura y tradiciones del país que era su nueva misión. En más de un aspecto, se estaba anticipando, en casi cien años, a la visión del Vaticano II de la cultura y su importancia. En su tiempo resultaba con frecuencia difícil a los misioneros extranjeros aceptar y vivir la cultura de su territorio de misión. La Providencia fue abriendo el camino a San Justino, nuevo Prefecto Apostólico, hasta abrazar las tradiciones y cultura de la gente, y anunciarles así el mensaje del Evangelio.

De esta forma, abriéndoles su corazón, pudo Justino no sólo ganarse a muchos de ellos, sino también ayudarles a abrir sus corazones a la palabra de Dios. A partir de este punto la Iglesia Católica iría echando raíces profundas en las tierras de Eritrea y Etiopía, y pronto ofrecería mártires por la fe. Todo se debió en gran parte a la profunda visión de San Justino y a su santidad. Mantuvo la esperanza y trabajó por una Iglesia Católica con un rostro etio-eritreo. En esto, él tuvo éxito donde otros habían fracasado. Razón por la que se nos permite afirmar que San Justino de Jacobis es el fundador de la nueva generación católica. Porque él, al asimilar todo el valor positivo de su país de adopción, logró edificar la estructura de la Iglesia Católica sobre sólida base. Esta pequeña comunidad habría de sufrir acoso y persecución. Pero resistiría y sobreviviría.

En su misión de evangelización, San Justino viajó de pueblo en pueblo. Cuando decidió establecer puestos de misión, confiaba su administración a sacerdotes y seminaristas, mientras él iba a nuevos lugares a evangelizar a nuevos pueblos. Al llegar a un lugar, Justino alquilaba uno o dos “hidmos” (pequeñas residencias locales)

⁵ Tobías nació en Debre Mariam Camcam, en la región de Dembia. A él corresponde el honor de ser el primer obispo africano de los tiempos modernos. Como obispo titular de Adulis, Abuna Tobías trabajó ocho años en Etiopía. Antes de su consagración episcopal por insistencia del Papa Pío VI, había hecho voto de mantener el uso del rito etíope.

para él y para la gente que le acompañaba. Luego invitaba a los pobres y gente sencilla a visitarle, hablar con él, y a rezar con él también.

Como verdadero hombre de Dios, predicaba el Evangelio de manera tan sencilla que le entendía la gente, y les gustaba. Su vida era un ejemplo vivo para ellos, y esto contribuía a cambiar, poco a poco pero con seguridad, la imagen que tenía la gente a menudo de la Iglesia Católica y de los propios católicos.

Durante los veinte años de predicación del Evangelio en Eritrea y Etiopía, San Justino recorrió miles de kilómetros visitando poblados grandes y pequeños. Adonde iba, predicaba la Buena Nueva con palabras y hechos, y animaba a las pequeñas comunidades que fundaba a llevar vida de integridad y de fidelidad a sus creencias. Así, sus continuadores se ganaron una buena reputación y el respeto del común de creyentes ortodoxos. Debido a las continuas persecuciones de las autoridades civiles y religiosas, no se ganó muchos discípulos. Pero fue muy bien recibido en todas partes por su gran respeto a la gente.

La primera fundación de la comunidad católica en Adwa

Los años de 1769 a 1855 son conocidos como la “Edad de los Príncipes”, en la historia de Etiopía. No existía ninguna autoridad gubernativa central en la parte norte del país. Sólo había varias autoridades provinciales y regionales. En este contexto, Adwa era un centro administrativo y comercial. Y Ubie era su príncipe regional, cuya residencia no distaba mucho de la ciudad de Adwa. Hacia finales de 1839, Adwa había sido elegida como residencia del recientemente nombrado Prefecto Apostólico, Justino de Jacobis. Fremona, a las afueras de Adwa, había sido un centro de los misioneros jesuitas unos dos siglos antes de la llegada de Justino.

De Jacobis predicó el primer sermón en enero de 1840. Sus primeros esfuerzos suscitaron opuestos sentimientos a la vez que la admiración de la gente y del clero ortodoxo de Adwa. Abrió también la posibilidad de reunir en torno a él la primera comunidad católica. Pero durante la ausencia de Justino de Adwa en 1841, Abuna Salama, el recién consagrado obispo ortodoxo de Egipto, se propuso destruir esta pequeña comunidad católica excomulgando a todos sus miembros y simpatizantes. Algunos de estos recién convertidos, temiendo la excomunión que les privaba automáticamente de los sacramentos ortodoxos y de funeral en la Iglesia, abandonaron la fe católica y se volvieron formalmente a la Iglesia Ortodoxa. A pesar de este revés, los fieles de la nueva comunidad católica continuaron creciendo sin interrupción. Lo cual era bien conocido de las fanáticas autoridades eclesiásticas ortodoxas. Al Prefecto se le negó el acceso a todo espacio de culto público y tenía que celebrar la santa misa y conferir los sacramentos del bautismo, confirmación y confesión en secreto, en lugares ocultos.

Las autoridades ortodoxas consideraron que la presencia de Justino era un escándalo y un sacrilegio. Él y la comunidad católica fueron denunciados ante el obispo ortodoxo, Abuna Salama. Por suerte, el príncipe local Ubie respetaba mucho a Justino y por ello sus enemigos ortodoxos no pudieron llevar a cabo sus planes de expulsar al Prefecto y de destruir la pequeña comunidad fundada por él. Ubie concedió a De Jacobis Enticio, un pequeño centro que incluía unas pocas aldeas a su alrededor. Ésta fue la recompensa por el servicio que prestó a la delegación que fue a Egipto para pedir un nuevo obispo para Etiopía.

Adwa estaba también cerca de Addi Abun, residencia del obispo ortodoxo. La presencia de la comunidad católica tan cerca del Obispo resultó intolerable. Las demás autoridades ortodoxas continuaron también su oposición. Trataron mal a De Jacobis y a sus compañeros, y amenazaron a las familias recién convertidas con la excomunión y el hostigamiento.

No le quedó elección al pobre Prefecto sino salir de Adwa. Convencido de la providencia de Dios, Justino buscó un lugar apropiado para vivir pacíficamente y continuar su ministerio. En 1844, viajó a Eritrea donde permaneció medio año en el área de Zeazega. Luego regresó a Agame. Antes de sacar a su clero de Adwa, fundó una pequeña comunidad católica en Enticio, cerca de allí, en donde él recibió la tierra pero no quiso que fuera registrada a su nombre sino al del señor Shimper⁶. Aquí, le dio un trozo de tierra un delegado del gobierno alemán, llamado Sr. Shamir. Este señor, que antes había sido protestante, fue recibido en la Iglesia Católica por Justino, y se casó con una mujer católica del lugar. Con esta concesión de tierras, el Prefecto pudo construir una pequeña casa y un oratorio, y nombró a un sacerdote para cuidar de la comunidad así como a un “debera” (un maestro de ceremonias litúrgicas) para enseñar catecismo y música litúrgica. De Jacobis y su cohermano Biancheri decidieron seguir adelante, pero vendrían de vez en cuando a visitar a la comunidad. En mayo de 1845 la mayor parte de los sacerdotes y seminaristas se cambiaron a Guala, donde mientras tanto, Justino había comprado un trozo de tierra y construido el Seminario de María Inmaculada.

La presencia de la comunidad católica en Guala

En 1844 Ghebra Micael declaró oficialmente su fidelidad a la doctrina de las dos naturalezas en Cristo. Desde entonces, él acompañaría a Justino en muchos de sus viajes, especialmente al famoso monasterio de Gunda Gunde, en la parte nordeste de Guala. A De Jacobis le dieron sus seguidores el nombre de Abba Yacob-Mariam, o Jacob de María, por su gran devoción a la Santísima Virgen.

La visita del Prefecto blanco y del muy respetado monje Abba Ghebra Micael, conmovió profundamente a los monjes del monasterio. Debido a la buena impresión producida por Justino y Ghebra Micael, un buen número de los monjes comenzaron a

⁶ Delegado del gobierno alemán en el área. Justino quiso con esta decisión evitar suspicacias e innecesarias reacciones de parte de sus oponentes.

pensar en seguirlos a Guala. Abba Teklehaimanot (el mayor, para distinguirle de Teklehaimanot más joven que escribiría la biografía de Justino De Jacobis) fue uno de los monjes que los siguieron, uniéndose a ellos incluso en su viaje a Eritrea. Teklehaimanot sugirió al Prefecto que pidiera permiso para comprar algo de tierra a los labradores de Guala, su pueblo. De Jacobis pudo comprar un pedazo de terreno cerca de la iglesia ortodoxa de San Jorge. En 1845, en menos de un año, San Justino construyó el seminario y trasladó a los seminaristas y a parte de los sacerdotes de Adwa a Guala. El Prefecto construyó también una casa cerca del seminario para los jóvenes y los adultos que venían de los pueblos cercanos para la catequesis. Muchos niños junto con sus familias se sintieron atraídos por el estilo de vida católico y por la conducta ejemplar de los seminaristas, y se unieron a la comunidad católica de Guala, parroquia de los sacerdotes de Tahtai-Zeban y de Maiberazio, al nordeste de Guala, junto con sus parroquianos y con los de otra aldea llamada Biera.

San Justino, en un intento por resolver la carencia de sacerdotes católicos, se propuso enviar a algunos seminaristas a Egipto para su debida formación y ordenación para el sacerdocio. Pero Guillermo Massaia, quien sería después cardenal, acababa de llegar como Prefecto Apostólico de la parte sur de Etiopía. Visitó Guala en 1846 y al año siguiente ordenó nuevos sacerdotes y recibió en la Iglesia Católica a otros que habían estado ejerciendo el sacerdocio en la Iglesia Ortodoxa. Eran 15 en total. Este acontecimiento representó mucho para los esfuerzos apostólicos de Justino De Jacobis. A los nuevos sacerdotes católicos se les asignaron diferentes pueblos y la fe católica se consolidó y comenzó a desarrollarse.

El ministerio de las comunidades católicas encontró resistencia y persecución por parte de algunos ortodoxos. Abuna Salama empleó la amenaza de excomunión para detener el ministerio de Justino, y buscó la intervención de las autoridades civiles para seguir con el hostigamiento de las comunidades católicas. Pronto los católicos llegaron a ser vistos como proscritos y a muchos les confiscaron las propiedades y expulsaron de sus casas. Frente a la persecución, algunos católicos decidieron huir antes que renegar de su fe. Otros se quedaron en los pueblos aceptando los riesgos. Otros también renunciaron a su recién hallada fe católica y se volvieron a la Iglesia Ortodoxa. Sin embargo, la comunidad católica en conjunto siguió fiel a pesar de la persecución y transmitió su fe a generaciones futuras.

El establecimiento de la comunidad católica en Alitena, entre los Irobes

Dos años antes del traslado de los sacerdotes y seminaristas de Guala a Alitena, ya existía una comunidad católica entre el grupo étnico de los “bukneitos”, ubicado en torno a Alitena. Una vez convertidos a la fe católica, algunos ancianos de este grupo, expresaron, por el bien de todo su pueblo, su determinación de comprometerse con el catolicismo a condición de que De Jacobis prometiera darles sacerdotes católicos para ayudarles en sus necesidades espirituales.

En 1848, sólo un año antes de las ordenaciones celebradas por el Prefecto apostólico Massaia en Guala, muchos católicos de Guala se vieron obligados a huir a Alitena por la persecución desencadenada por Abuna Salama. A éstos les siguió la comunidad del Seminario de María Inmaculada. Aunque el seminario sólo estuvo en Alitena unos años, el impacto producido en la comunidad católica fue profundo. Se sintió fortalecida por la presencia del seminario y continuaría fiel a pesar de todas las contrariedades. Pero sólo un año después de llegar, el seminario comenzó a padecer conflictos internos y externos.

De Jacobis tuvo que regresar apresuradamente de Menkulu, junto al Mar Rojo, para mejorar la situación. Se fue a ver al Príncipe Ubie y le pidió ayuda y protección para su ministerio contra las continuas amenazas de Abuna Salama. El éxito de Justino De Jacobis duró poco. Desde Alitena, él recurrió al Príncipe Ubie muchas veces, pero sus peticiones de justicia se quedaron sin atender. Las autoridades locales saquearon repetidas veces el seminario viéndose obligados él y la comunidad del seminario a huir por razones de seguridad. A causa de la persecución, en 1851, Justino se vio obligado a trasladar el seminario de nuevo, esta vez a Halay, en la zona de Aret, en las montañas meridionales de Eritrea, quedándose algunos sacerdotes en Alitena al cuidado de la comunidad católica.

La comunidad católica en las montañas del sudeste de Eritrea y Halay

A partir de 1850, De Jacobis empezó a ofrecer ayuda espiritual a las gentes de Aret, Halay y de los poblados de Awhene y Maarda. Como el pueblo le recibió bien, dejó a uno de sus sacerdotes, Abba Emnetu, en Halay con encargo de construir una residencia allí mismo. En 1851, la mayor parte de los seminaristas y sacerdotes se trasladaron de Alitena a Halay. Seguro de la lealtad de la gente de Halay, se dirigió al oeste a la región de Seyah.

En 1849, Justino de Jacobis fue consagrado obispo en Massawa por el Vicario Apostólico y futuro cardenal, G. Massaia. La sencillez evangélica de la ceremonia impresionó a sus seguidores. Justino pudo de esta forma desempeñar su ministerio, nombrando finalmente a Biancheri como obispo coadjutor suyo y sucesor. Las tres diócesis católicas de Eritrea existen hoy por el crecimiento de la Iglesia desde el tiempo de su evangelizador y fundador, Justino de Jacobis.

De Jacobis, formador del clero nativo etio-eritreo

Muchos misioneros extranjeros hicieron cuanto pudieron por trasplantar el mensaje del Evangelio y formar a los católicos eritreos y etíopes. Algunos sufrieron el martirio por su repuesta a la llamada del Señor. Sin embargo, no acertaron en implantar la Iglesia Católica dentro del contexto cultural de Etiopía y Eritrea. De Jacobis se había propuesto no cometer los mismos errores, y tuvo la inspiración de dirigir todas sus energías a la formación del clero nativo. Por eso, Justino acertó donde otros habían fracasado. Es tenido en tan alta estima que aun hoy día no se habla de él

como “San Justino”, sino más bien como “nuestro padre Justino de Jacobis”, tanto por parte clero como por parte de los seglares. Este afectuoso título es la expresión del profundo amor hacia el hombre que los llevó a la fe católica.

En el momento de la consagración episcopal de Justino de Jacobis, la Iglesia Católica se había comprometido a enviar tantos misioneros como fuera posible a todo el mundo bajo los auspicios de *Propaganda Fide*. Pío IX, que nombró obispo a Justino, puso todo su empeño en defender las misiones constituyendo cientos de prefecturas, vicariatos y diócesis por todo el mundo.

Por desgracia, muchos misioneros europeos no vieron la necesidad de construir seminarios para el clero indígena. Justino de Jacobis fue uno de los pocos que experimentaron y respondieron a esta necesidad. Escribió a sus superiores:

Es más fructífero y seguro tratar con los sacerdotes nativos que con los misioneros europeos que no están familiarizados con las culturas locales y sociales de los nativos.

Impresionado por su capacidad intelectual y por su conocimiento de su contexto social, De Jacobis se dedicó por entero a la formación de los seminaristas nativos. Los estudiantes estaban convencidos de la dedicación, amor y disponibilidad de su formador. Debido a este mutuo entendimiento y respeto, los seminaristas fueron leales, superando toda clase de obstáculos y persecución. De Jacobis pudo echar una base firme para la Iglesia al preparar a sacerdotes nativos, una idea que sólo se llegaría a valorar y apoyar unos cien años después de su muerte. Muchos misioneros de fuera, estaban convencidos de la superioridad de su propia cultura, y no fueron capaces de apreciar la cultura de la gente a quienes se les había enviado a evangelizar. A pesar de sus grandes esfuerzos, no consiguieron ver la utilidad y el aspecto práctico de formar al clero local. Esta actitud fue un impedimento para el éxito en la evangelización.

En nuestro caso, el clero nativo, bien preparado por De Jacobis, constituyó la espina dorsal de la comunidad católica. Durante la Segunda Guerra Mundial, cuando muchos misioneros extranjeros se vieron obligados a huir, un buen número de sacerdotes diocesanos eritreos, a petición de su obispo, Kidanemariam Kassa, corrieron a llenar el vacío dejado por la expulsión de los extranjeros en el centro y sur de Etiopía.

Profundo respeto de Justino de Jacobis hacia el clero nativo

Desde el momento en que De Jacobis puso el pie en este nuevo país, se dio cuenta del gran respeto hacia el clero en la sociedad etio-eritrea. Y él también reforzó este respeto en todas sus actuaciones con ellos. Estos sentimientos están patentes en su primera alocución al clero ortodoxo:

*... Como sois sacerdotes vosotros, yo también. Como sois confesores, yo también. Como sois predicadores del Evangelio, yo también lo soy. Por lo tanto, si me permitís celebrar la misa, lo haré. Si me permitís oír confesiones, lo haré. Si me dejáis predicar el Evangelio, lo haré. Pero si no queréis que lo haga, no lo haré.*⁷

Los principales oponentes de Justino desde el principio habían sido los del clero ortodoxo, con todo eso, no dejó de respetarlos ni de quererlos. Las puertas de su residencia estaban siempre abiertas para ellos. Tampoco quería entrar en fútiles discusiones teológicas que no llevarían a ninguna parte. Al contrario, nunca permitió a sus cohermanos o estudiantes que los criticaran. Cuando el clero ortodoxo se lo permitía, se sentía dichoso de tomar parte en sus oraciones y servicios litúrgicos. Incluso invitaba a alguno de los ortodoxos a enseñar a sus estudiantes la música litúrgica y las oraciones. Además, dado su hondo respeto y veneración por ellos, De Jacobis visitó numerosos monasterios en ambos países con el fin de enriquecer sus conocimientos sobre su formación y género de vida. Sintió también un inquieto interés por sus métodos en el ejercicio de su apostolado. Quedó impresionado por la respuesta que los cristianos ortodoxos daban a la enseñanza y guía de su clero.

En muchos casos el respeto de Justino se vio correspondido, y le recibieron con frecuencia en las reuniones litúrgicas y sociales de los ortodoxos. Con ello logró una mejor comprensión de su realidad. Este contacto con el clero le dio acceso a la gente conquistando así su respeto y admiración.

Los sacerdotes nativos formados por De Jacobis fueron los pilares de la Iglesia Católica local

El último día de su vida, el 31 de julio de 1860, a tan sólo tres horas de su muerte, Justino de Jacobis reunió a sus discípulos a su lado y les dijo:

...Siguiendo el ejemplo de Nuestro Señor, que dijo adiós a Nuestra Señora y a sus apóstoles, yo me despido de vosotros... Apartad de vuestra casa toda calumnia y reyerta, amaos unos a otros, continuad firmes en la fe y ante todo, practicad la caridad. Sed la luz de vuestro pueblo.

Luego llamó a los seminaristas junto a su lecho y les dijo:

*Puesto que Dios os ha elegido, tened cuidado de seguir el buen camino. Yo os propongo como modelos a los monjes. Ellos son la luz que os ilumina. Seguid su ejemplo.*⁸

⁷ Abba Tehlehaimanot. *The Life of Abuna Jacob*, p. 168.

⁸ Kevin Mahoney. *The Ebulient Phoenix*, Vol I, pp. 213-215.

Inmediatamente después de la muerte de este extraordinario formador y padre, surgió un serio desacuerdo entre los misioneros y los sacerdotes nativos. Los misioneros querían cambiar totalmente el método empleado por De Jacobis. Pero los sacerdotes nativos se mostraron firmes en permanecer fieles al género de vida que les había enseñado su padre espiritual, aunque les causara grandes sufrimientos y aislamiento. Apelaron a *Propaganda Fide*, pero lamentablemente su caso no fue atendido durante mucho tiempo. Reflexionarían una y otra vez sobre las últimas palabras de su querido padre y fundador. El clero indígena tuvo que pasar por una experiencia muy difícil por seguir fiel a De Jacobis. Durante su larga lucha y duros sufrimientos, siguieron constantes en su fe y devoción a su padre y educador, Justino de Jacobis.

De esta forma sus discípulos, de Eritrea y de Etiopía, se propusieron ser la luz y el fundamento de su Iglesia local. Aun hoy, a pesar de ser minoría, la Iglesia Católica está desempeñando un papel importante en las áreas de educación, salud y promoción humana. Naturalmente que todo ello se debe a la adecuada inculturación del mensaje evangélico. Si bien el Evangelio había sido traído en la primera evangelización, arraigó y se extendió con la re-introducción de la fe católica por Justino de Jacobis: incansable apóstol de Abisinia, hoy los países de Eritrea y Etiopía.

(Traducción: MÁXIMO AGUSTÍN, C.M.)

San Justino de Jacobis y el encuentro con los cristianos coptos de Etiopía

*Por Luigi Mezzadri, C.M.
Provincia de Roma*

El pecado más grave del historiador es el de interpretar un personaje con categorías ajenas a su tiempo y a su cultura.

Hablando de san Justino de Jacobis (1800 -1860) no me atrevo a atribuirle un papel en el movimiento y diálogo ecuménico. El movimiento ecuménico nace después. Comenzó en el seno de las iglesias protestantes a principios del siglo XX, y sólo más tarde tocó el mundo católico.

Aun con estas premisas, creemos que san Justino se constituye en un precursor del encuentro y el respeto entre católicos y coptos.

Para entender al santo es necesario recorrer la historia de las relaciones entre catolicismo y cristiandad etiópica, y considerar después su acción hacia unos cristianos que nacieron ciertamente mucho antes de Calcedonia.

Encuentros y malentendidos

Etiopía era el único reino cristiano —aunque si monofisita— de Africa. Con esta mítica nación del “Preste Juan” entraron en contacto los portugueses en el siglo XVI¹.

El negus Lebna Deugel (o David: 1508-1540), después de haber infligido algunas derrotas a los musulmanes, fue vencido por un hábil jefe militar,

¹ J. LUDOLF, *Historia Aethiopica*, Francofurti 1681; ID., *Commentarius ad suam Historiam Aethiopicam*, Francofurti 1691; J.-B. COULBEAUX, *Histoire politique et religieuse de l'Abyssinie*, 2 vol., Paris 1929; L. LOZZA, *La confessione di Claudio re l'Etiopia (1540-1559)*, Palermo 1958; J. DORESSE, *Histoire de l'Éthiopie*, Paris 1970; ID., *La vie quotidienne des Éthiopiens chrétiens (aux XVII^e et XVIII^e siècle)*, Paris 1972; TEWELDE BEIENE, *La politica cattolica di Seltan Sägäd I (1607-1632) e la missione della Compagnia di Gesù in Etiopia. Precedenti, evoluzione e problematiche, 1589-1632*, Roma 1983 (uso también el original de la tesis, con la sigla TB, y la página, en cuanto la publicación es un extracto de algunos capítulos); PH. CARAMAN, *The lost Empire. The Story of the Jesuits in Ethiopia, 1555-1634*, London 1985 (tr. fr; 1988).

Ahmed ibn Ibrahim, llamado Gran, “el zurdo”, que ayudado por los turcos derrotó a los etíopes y saqueó su territorio causando daños incalculables al patrimonio artístico y cultural.

El nuevo emperador, Claudio (1540-1559), pidió entonces ayuda a Goa. Se le envió una expedición de 400 portugueses, comandados por Cristóbal da Gama, hijo de Vasco. Este fue derrotado y murió, pero murió también su rival, el Zurdo, herido por un disparo de arcabuz.

Dado que eran cristianos monofisitas, el tipo de apostolado fue diverso del de África islámica o negra. No era necesario el “primer anuncio”. Como dependían del Patriarcado copto de Alejandría, se juzgó que la única estrategia posible era la de hacer venir un Patriarca latino. Con una substitución de persona y con el apoyo de Portugal y del negus se realizaría el propósito de unir esta iglesia a Roma.

Fue lo que pensó san Ignacio de Loyola cuando, de acuerdo con Juan II de Portugal mandó una expedición de jesuitas, guiada por Juan Nunes Barreto, acompañado de Andrés de Oviedo y Melchor Carneiro. El primero habría debido ser el patriarca y los otros obispos coadjutores.

El santo escribía a sus misioneros que debían luego hacer entender al negus que «no hay esperanza de salvarse fuera de la iglesia católica romana»².

La aparición en la corte debería ser fastuosa y solemne para impresionar a los etíopes. Entre otras cosas «que las bulas y los breves sean por fuera lo más vistosos que sea posible»³. Como medio de evangelización aconsejaba escuelas y colegios; a muchos se les debía enviar a Goa, Coimbra y Roma o Chipre. Pronto debería fundarse una universidad. Y con los misioneros deberían llegar también “hombres ingeniosos” que enseñasen a hacer puentes, a cultivar la tierra, a pescar, a cuidar de los enfermos, para que aprendiesen «que todo bien, aun el corporal, viene con la religión»⁴. Un punto delicado era el de la disciplina penitencial, que en Etiopía era muy rigurosa, si bien no producía resultados en las costumbres. Por esto «las asperezas que usan en el ayuno y otros ejercicios corporales, parece se puedan con dulzura moderar y reducir a la medida de la discreción». Pero sobre todo se debía hacer comprender que la caridad puede más que las mortificaciones, y por lo mismo debían fundar hospitales y tener en cuenta las obras de misericordia⁵.

Para preparar el camino de la misión mandó en avanzada a dos jesuitas,

² C. Beccari, *Rerum Aethiopicarum Scriptorum Occidentales inediti a saeculo XVI ad XIX*, 15 vol., Romae 1903-1917 (abreviado: *RRAeSS*): la cita es: *RRAeSS* I, 240.

³ C. Beccari, *RRAeSS* I, 241.

⁴ C. Beccari, *RRAeSS* I, 250.

⁵ C. Beccari, *RRAeSS* I, 243. 249.

Gonzalo Rodríguez y el hermano Fulgencio Freire ⁶. El padre Rodríguez, habida cuenta de la índole de algunos personajes, antes que limitarse a una función de exploración, pensó que sería justo iniciar una confrontación polémica. En forma desafortunada compuso un opúsculo que al negus no agradó, por cuanto atacaba errores de los etíopes que, según él, no habían ellos defendido jamás. A un cierto punto el jesuita intimó al negus que se sometiera al Papa⁷. Vuelto a Goa refirió que la invitación del negus era sólo instrumental: él no quería la unión con Roma sino las armas de los portugueses. Llevaba consigo un escrito, conocido como la *Confesión de Claudio*, en defensa de la doctrina de la iglesia etiópica. En la primera parte exponía la doctrina trinitaria, y pasaba después a exponer cómo la iglesia etiópica se había mantenido siempre fiel a la tradición apostólica, explicando finalmente algunos ritos como la observancia del sábado, las razones para mantener la circuncisión y las razones por las que los etíopes no comen carne de cerdo⁸.

La misión con Oviedo partió igualmente y se estableció en Fremona, por los lados de Aksum. Oviedo pensó poder convencer al emperador exponiéndole la necesidad de la unidad de fe y del retorno a la unidad de Roma y la vacuidad del argumento de la fidelidad a las tradiciones de los antepasados⁹. Oviedo escribió una obra titulada *El primado de la Iglesia Romana*. El negus leyó con atención el escrito, y reaccionó muy duramente, declarando punible con la muerte a quien osase adherir a la Iglesia católica. Oviedo quedó ofendido, y declaró, el 2 de febrero de 1559, que los etíopes eran “refractarios y obstinados contra la iglesia” porque no querían volver a Roma. Acusó a los etíopes de reiterar el bautismo, de observar el sábado y la circuncisión, de no comer carne de cerdo, de declarar pecador al hombre casado que entraba en la iglesia después de haber tenido relaciones con la legítima esposa, de sostener la unidad de naturaleza en Cristo y de celebrar la fiesta de Dióscuro¹⁰. Es un documento muy curioso, porque une elementos doctrinales con otros de naturaleza diversa, ya explicados por lo demás en la *Confessio Claudii*.

Después del fracaso de esta misión —en el intervalo los jesuitas trabajaron sólo para los portugueses— los hijos de san Ignacio intentaron de nuevo, mandando en 1589 a dos españoles, Antonio de Monserrate y Pedro de Páez, disfrazados de mercantes armenios. En un primer momento fueron capturados y reducidos a esclavitud en el Yemen; una vez liberados volvieron a intentar el viaje y Pedro de Páez fue recibido por el negus Za-Deugel (1597-1607).

Páez se puso ante todo a estudiar el Gheez. Comprendió que el

⁶ TEWELDE BEIENE, *La politica cattolica di Seltan Sägüd I (1607-1632) e la missione della Compagnia di Gesù in Etiopia. Precedenti, evoluzione e problematiche, 1589-1632*, Roma 1983, 77-83.

⁷ TEWELDE BEIENE, *La politica cattolica*, 82.

⁸ El negus explicaba con razones de costumbre y de tradición.

⁹ TEWELDE BEIENE, *La politica cattolica*, 93.

¹⁰ TEWELDE BEIENE, *La politica cattolica*, 95s.

problema de la división entre Roma y la Iglesia Etiópica no era de carácter doctrinal sino disciplinar. La gente de Etiopía estaba orgullosa de las propias tradiciones y no quería abandonarlas. La prisión le había enseñado a respetar los ritmos del Oriente, el estudio asiduo le había llevado a apreciar la teología de la Abisinia, muy lejana de la complejidad de la occidental y del conceptualismo escolástico. Apreció por el contrario la piedad de los etíopes, su devoción eucarística y mariana. En la corte encontró gente culta, Liks y Defteras.

El negus era consciente de detentar un poder no seguro. A su alrededor se tejían estrategias ocultas, juegos de poder y de palacio. Buscó por lo mismo alianza con Portugal, alianza que sabía no era posible sin la sumisión religiosa. Escribió por tanto al Papa y al Rey de Portugal (aunque en realidad las dos coronas de España y Portugal estaban reunidas en la persona del Rey de España), para pedir ayuda contra los enemigos comunes, los turcos. Había intuido que contra sus enemigos tenía necesidad de la alianza del partido católico-portugués. Favoreció por ende de todos modos las discusiones, tomando partido abiertamente por los jesuitas. Páez, por su parte, fue seductor y convincente. Tenía un carácter abierto, poseía la lengua y manejaba bien la literatura copta. Bien pronto sus argumentos se demostraron vencedores mas no convincentes. Era netamente superior a sus interlocutores a nivel dialéctico, no a nivel psicológico. El negus quiso asistir a las celebraciones católicas, que fueron admiradas por el fasto, la compostura y la belleza. En un encuentro secreto el negus afirmó haber quedado muy impresionado por la demostración del primado del Romano Pontífice. Dijo que estaba dispuesto a someterse, y pidió, como signo concreto de reconciliación, el envío de un patriarca católico y la mano de la hija de Felipe III para su hijo.

Ahora la pregunta es: ¿era sincero, o bien sus afirmaciones eran interesadas? Ciertamente que es difícil decir que después de una veintena de días de debate los argumentos aducidos hubieran sido tan persuasivos que provocaran un cambio tan radical¹¹.

La gran crisis

El negus fue arrastrado por los acontecimientos, derrotado y muerto en batalla por algunos jefes feudales, pero no —como sostienen las fuentes portuguesas— por motivos religiosos, sino políticos¹². Fue llamado al trono Yakob (1605-1607), que fue casi inmediatamente destronado por Susenyos (Seltan Sägäd: 1607-1632). Tenía éste 33 años, era un óptimo soldado pero debió luchar esforzadamente para someter el país.

Se mostró desde el principio favorable a los jesuitas. Apenas coronado en Aksum donó a los padres 30 onzas de oro. En la corte se dieron las primeras

¹¹ TEWELDE BEIENE, *La politica cattolica*, 26-28.

¹² TEWELDE BEIENE, *La politica cattolica*, 32.

conversiones, señal de que el clima había cambiado. El hermano del rey, Se'elä Krestos, llegó a ser, según Almeida, un segundo san Pablo en el celo por destruir los errores del judaísmo y las herejías de Eutiques y Dióscuro¹³. Organizó coloquios religiosos, pero, en vez de asumir la posición de árbitro, se mostró favorable a los padres. Finalmente el emperador impuso el silencio a los adversarios.

Poco a poco se dio en él una involución intransigente. Comenzó a mostrarse como poseído de un delirio de omnipotencia. Mientras se justificaba a sí mismo, declarándose libre de imitar a su ilustre antepasado Salomón para mantener un harén bien surtido, trataba de acabar con los adversarios de fuera (Falasacia, Galla) y de adentro. El abuna Simeón reaccionó con la excomunión, pero por el momento no tuvo éxito. Los monjes rebeldes fueron flagelados. En 1615 el negus emanó un edicto cristológico, que no codificó el término de las dos naturalezas, tan mal vistas por los monofisitas. Afirmaba en él que Cristo es perfecto Dios y perfecto hombre, que la naturaleza humana no se diluyó en él sino que está unida con la naturaleza divina en una sola persona¹⁴. Eso estaba bien combinado y era por tanto aceptable, pero se podía criticar el modo como fue impuesto. Los monofisitas temían que fuera el primer paso para la latinización y para una más rápida 'catolicización'. Los jefes feudales disidentes por su parte encontraban conveniente aprovechar toda ocasión de discordia para exaltar los ánimos. Para ellos era válido el principio: tanto peor, tanto mejor.

Se desencadenó una serie de insurrecciones, de guerras, de conjuras palaciegas, que obligaron al negus a extenuantes batallas. Tuvo a su lado a buenos generales católicos, el primero entre ellos a su hermano Se'elä Krestos.

Los jesuitas entretanto se dedicaban a las traducciones, a la dirección de colegios, que eran tres en 1620, con 80 alumnos, a la evangelización de las zonas paganas, como los Agaw, que obtuvieron del emperador la promesa de ser protegidos a condición que aceptasen a los jesuitas. En la correspondencia de estos empiezan a asomarse dos temas: el problema del patriarcado católico y el de un apoyo militar. El negus pedía 1.500 soldados españoles con los que habría podido desbaratar a sus adversarios.

Las crecientes dificultades, antes que moderar el celo del soberano, excitaron mayormente su amor propio y su activismo. Prohibió ante todo la observancia del sábado, y luego, mientras crecía la protesta y la sublevación de las poblaciones Damot, proclamó su adhesión al catolicismo. Esto sucedió solemnemente el 2 de noviembre de 1621. En un marco fastuoso recordó el tesorero imperial Mälke'a Krestos los errores cristológicos y el triste fin de los enemigos de la ortodoxia, y proclamó válida para el reino la condena de Dióscuro

¹³ TEWELDE BEIENE, *La politica cattolica*, 65.

¹⁴ TEWELDE BEIENE, *La politica cattolica*, 85.

en Calcedonia. la única verdadera doctrina era la de las dos naturalezas en Cristo, doctrina ésta no importada sino enseñada desde siempre en Etiopía. La conclusión fue: «Ésta es la fe del emperador y ésta es nuestra fe»¹⁵.

Entretanto, muerto Páez en 1622, quedaba la misión desguarnecida de misioneros, dado que quedaban cuatro sacerdotes y un hermano. La Compañía hizo un esfuerzo y mandó un notable grupo de misioneros, y sometió a Felipe IV un elenco de candidatos para el puesto de patriarca. Se eligió a Alfonso Méndez (1579-1639), buen teólogo de Évora pero que no conocía nada de Etiopía. Se le consagró, junto con su coadjutor Diego Seco, el 12 de marzo de 1623. Se había escogido también un segundo coadjutor en la persona de Juan da Rocha. Pocas veces sea habían seleccionado personas menos indicadas para un papel tan importante. Méndez hubiera debido llegar a Goa de incógnito, porque los espías de los turcos vigilaban y podían olfatear una buena presa. En cambio se dejó llevar por la manía de ostentación y se presentó con las insignias pontificales. Después se puso a discutir con los padres por cuestiones económicas.

Finalmente llegó a Etiopía (1625), donde, con el nuevo personal, se estaba llevando a cabo una acentuada latinización. Un jesuita, hecho inaudito, fue nombrado superior de todos los monasterios e iglesias del Imperio. Ellos pensaron que la iglesia etiópica no administraba válidamente los sacramentos. Se pusieron luego a purgar el misal etiópico y a mitigar el ayuno, que los etíopes conservaban con meticuloso cuidado. Como le habían comunicado dudas sobre la validez de los sacramentos, escogió la solución “más segura”, la de rebautizar y reordenar.

Méndez, a diferencia de Páez que se había comportado con prudencia, en vez de estudiar la situación y de aprender la lengua y los usos del país, obró con precipitación y sin tacto, más como autócrata que como pastor. En lugar de pedir, imponía. Se sintió revestido de una autoridad casi absoluta. Ni siquiera el Papa era tan decidido y perentorio.

El 11 de febrero tuvo lugar la solemne profesión de fe del negus. Se impuso la fecha de la Pascua según el cómputo romano; se impuso un juramento igual en todas las provincias; los adversarios de la fe calcedonense podían ser castigados por el delito de lesa majestad, todos los sacerdotes quedaban suspendidos mientras no hubieran sido aprobados por Méndez; el que no se uniera a la Iglesia romana y escondiera a los contumaces podía ser castigado con la pena capital; el ayuno del miércoles fue sustituido por el mariano del sábado. Barneto se distinguió con un gesto todavía más clamoroso: entró en la iglesia madre de Etiopía, en la que se creía fuese guardada el Arca de la Alianza¹⁶, deshizo el Tabernáculo, una vez que los monjes hubieron sacado las tablas, e hizo reconstruir la iglesia bajo otro título. En el lugar del Sancta Sanctorum se erigió un altar

¹⁵ TEWELDE BEIENE, *La politica cattolica*, 147.

¹⁶ De ella los monjes habían quitado y escondido las Tablas de la Ley.

romano¹⁷.

Méndez prosiguió en su propia inflexibilidad. No quiso conceder el retorno, al menos parcialmente para quien lo pidiera, al rito etiópico; hizo desenterrar a un abad famoso, enemigo de la restauración católica; ordenó que fuese flagelada una hechicera; permitió que los misioneros prosiguieran en sus empujes reformatorios; no obró con tacto con una princesa divorciada.

Las provincias estaban en ebullición. El emperador, exasperado, se dirigió al patriarca para tener apoyo. Pedía poder conceder la restauración de la liturgia copta, el ayuno del miércoles, la práctica de la circuncisión y el restablecimiento de la fecha de la Pascua. Méndez concedió algunas peticiones, pero rechazó decididamente la vuelta al rito de la circuncisión y la celebración pascual según la cronología copta.

El 23 de abril, bajo la presión de las hordas de campesinos rebeldes, emanó un edicto que a Méndez le pareció una usurpación de sus prerrogativas patriarcales. El patriarca exigió al negus su revocación. Éste la hizo, pero ya los acontecimientos habían superado las voluntades. El 24 de junio fue constreñido a conceder la libertad religiosa. No abdicó, como sostienen muchos historiadores, pero quedó reducido a un fantoche. Era el primer paso para la supresión del catolicismo.

Muerto el negus, exclamando en alta voz: «Muero en la santa fe de Roma»¹⁸, Méndez y sus misioneros fueron desterrados; los católicos más notables, llevados al exilio o condenados a muerte. El monofisismo se impuso de nuevo, y Etiopía se cerró por dos siglos a toda clase de influjo.

Una misión capuchina fue fundada en el Cairo, gracias al padre Joseph de Tremblay. Los padres Agatangelo di Vendôme y Casiano de Nantes llegaron hasta la Tebaida. También los franciscanos, y los jesuitas desde 1698, pusieron pie en Egipto. Desde allí trataron de llegar a Etiopía. El problema de los recién venidos era sobre todo el de llegar. Las puertas de Etiopía estaban por entonces cerradas y los coptos sentían una profunda aversión por los “francos”.

El drama de la unidad en san Justino

Cuando san Justino¹⁹ llegó a Etiopía (1839) no trajo nada de nuevo. Si

¹⁷ TEWELDE BEIENE, *La politica cattolica*, 283.

¹⁸ TEWELDE BEIENE, *La politica cattolica*, 377.

¹⁹ Numerosas son las biografías dedicadas al santo como aquellas de Arata (1939), Baetman (1939), Castagnola (1939), D'Agostin (1910), De Dominicis (1899), Demimuid (1905), Devin (1866) Guerra (1975), Herrera (1946), Larigaldie (1910), Lubeck (1922), Pane (1949), Salotti (1940), Spirito (1941),

nos referimos a su *Diario* ²⁰ vemos claramente cómo su pensamiento no fuese diverso del de sus contemporáneos. Tenía ante sus ojos una iglesia que descuidaba los sacramentos, necesitada de reforma y afirmada en posiciones doctrinales que juzgaba heréticas.

En una carta del 4 de junio de 1841 se dirigía al “jefe de los herejes coptos”²¹. Poco después el *Diario* contiene una conversación imaginaria entre un viajero, que es el mismo Justino, y nadie menos que el abuna Salama:

Escucha, hijo —comenzó a decirme estrechando mi diestra en sus manos cálidas y trémulas—, los cristianos de éste mi país se han vuelto ahora como un sarmiento cortado de la vid. Son ya cuarenta años que esto me hace derramar día y noche ríos de lágrimas delante de Dios mi Señor». Esta sola palabra bastó, en efecto, a abrir como dos fuentes de llanto en sus ojos. La expresión de que se había servido para expresar el estado del cristianismo en Abisinia, usando una de las más terribles imágenes de que se haya servido Jesucristo para hablar de las sectas y de las herejías —y esto dicho por aquel hombre tan conmovido por los males de su patria—, venció la gran dificultad de mi naturaleza para derramar lágrimas, y me hizo llorar como un niño.

Se precisó no poco para volver ambos a la calma necesaria para retomar el hilo de nuestra conversación. «Hoy no es ayuno —recomenzó el venerable anciano—, ha pasado ya la hora de comer. Bendiciremos Dios todos juntos por la providencia que nos manda, y continuaremos nuestra conversación».

Salama: El santo David tenía mucha razón en la mayor vivacidad de su plegaria, de gritar: Sálvame, Señor, ya que, con ser santo, cayó. Eutiques, viejo solitario de Constantinopla, que como Apolo combatiera las blasfemias de Nestorio, cayó en el abismo de la herejía.

Viajero: ¡Oh humana fragilidad! Pero, padre mío, dícese que en aquella condena de Eutiques pura perfidia y vil envidia se desencadenaron contra el buen Archimandrita. (...)

Salama: Rememora, hijo mío, a aquel Obispo Eusebio de Dorilea. Era la primera vez que Nestorio osaba proferir, en la Gran Catedral de Constantinopla, sus blasfemias, cuando este Eusebio, aún laico y simple abogado, se puso en pie y «Patriarca —dijo, intrépidamente— traidor del depósito de la fe, qué herejía profieres en aquesta cátedra de la verdad». En ese instante los ojos de todos aquellos católicos se volvieron a él para reconocer y para admirar al

Troisi (1928-35). Todavía es válida la biografía de E. LUCATELLO-L. BETTA, *L'Abuna Yaqob Mariam (S. Giustino de Jacobis)*, Roma 1975.

²⁰ GIUSTINO DE JACOBIS, *Scritti. I Diario*, Roma 2000.

²¹ GIUSTINO DE JACOBIS, *Diario*, 162-164.

novel Defensor de la fe: toda Constantinopla lo conoció desde entonces y grandemente lo amó. Desde aquel momento él fue reconocido por todos los católicos de Constantinopla, que habían aplaudido su reprensión, como el más vigoroso enemigo de la impiedad nestoriana. El archimandrita Eutiques que en aquel tiempo, y en aquella su avanzada edad, brillaba entre los primeros campeones de la verdad contra los errores de Nestorio, amó a Eusebio y llegó a ser con él un solo corazón y una sola alma.

Viajero: ¿Verdaderamente..?

Salama: Esta es la verdad, atestiguada por todos los historiadores veraces de aquel tiempo. (...)

Viajero: Padre mío, ¿qué hizo entonces Eutiques, condenado? ¿Reconoció su error?

Salama: ¡Oh, felices nosotros si hubiese reconocido su error! No estaríamos ahora nosotros, los abisinios, separados del Padre común de los fieles, del sucesor de san Pedro, del Papa romano. No seríamos como ovejas sin pastor abandonadas a los lobos. En vez de confesar su error se obstinó en su pecado, y, como sabía que el Papa romano es la Cabeza de la Iglesia, le escribió una carta²².

En otro pasaje escribía Justino estas claras palabras:

En Roma está la verdadera fe. En Roma está la fe de san Pedro. La fe de san Pedro no puede faltar, como dice Jesucristo. La fe de Roma es la maestra de todos. Apacienta mis ovejas, como dice Jesucristo. El que tiene la fe de Roma tiene la fe de Pedro, de Jesucristo. El que deja la fe de Roma deja la fe de Pedro, y de Jesucristo. Yo tengo la fe de Roma. (...) En Alejandría hay dos Patriarcas, uno separado de Roma, otro unido a Roma. Si manda aquí un Abuna el Patriarca separado de Roma, sucederá lo que sucedió al Abuna Cirilo, que fue obligado a irse de Gondar. Si viene un Abuna de parte de aquel que está unido a Roma se acaba toda discusión. Jesucristo ha hecho maestro de la fe al Pontífice Romano. ¿No es verdad? Pues cuando haya duda vayamos al maestro dejado por Jesucristo, y él nos impondrá en la verdadera fe.

¿Queréis ver que el Patriarca de Alejandría es el herético? Leed este libro (El diálogo sobre la fe abisinia, en amárico) y después considerad. El Patriarca de Alejandría dice: «La fe de san Pedro ha faltado». Jesucristo dice: «Tu fe, Pedro, no faltará jamás». ¿Quién habla bien? ¡Jesucristo! Luego el Patriarca habla contra Jesucristo, luego es herético. Todos los abunas que os ha mandado desde que se separó de Roma son heréticos: la fe que os han enseñado estos es herética. ¿Queréis verlo? Aquí no hay una fe sino tres, y las tres no pueden ser verdaderas: porque la verdadera es una sola. ¿Cuál es la

²² GIUSTINO DE JACOBIS, *Diario*, 165-190.

verdadera de las tres? Quién lo sabe. Luego en Abisinia vosotros no sabéis cuál es la fe verdadera. Luego la fe ha faltado. Si queréis saberlo, id al maestro dejado por Jesucristo para enseñar la fe, y él os la enseñará. ¿Dónde está el maestro de la fe, en Alejandría? No, en Alejandría está el sucesor de san Marcos. Ahora bien, Jesucristo no ha hecho a san Marcos maestro de todas las iglesias. ¿Dónde está, pues? En Roma, en Roma está el sucesor de san Pedro y el maestro de la fe. Si os place, pues, pedid un abuna al Patriarca que está en Alejandría y tiene la fe de san Pedro. Y él vendrá sin pedir nada. Antes viene a traeros dineros²³.

El pensamiento eclesiológico de Justino no cambió. Antes bien fue esta fidelidad suya a la Una Sancta la que le permitió confesar la fe, si bien no hasta la efusión de la sangre.

Desde el punto de vista práctico estuvo lleno de atención y de caridad. Se prestó a guiar la delegación de cerca de 50 personas para la selección del abuna²⁴, que debía hacer el Patriarca copto de Alejandría de Egipto. El viaje permitió a Justino conducir la delegación hasta Roma y Jerusalén, por lo cual algunos, como el futuro beato Ghebra Miguel, tuvieron ocasión de conocer mejor la Iglesia católica. Sin embargo, este resultado positivo quedó como anulado por la selección del nuevo Abuna en la persona del corrupto abba Andraos, mejor conocido como el Abuna Salama (1821-1867).

Naturalmente en este retrato de la situación no se debe olvidar que las dificultades no las encontró Justino solamente fuera de la Iglesia. Su Superior General no lo quiso mucho. El cohermano José Sapeto dejó el sacerdocio. El también cohermano y sucesor suyo, Mons. Lorenzo Biancheri, fue hombre “duro y mezquino” que además se mostró contrario a la institución del clero nativo.

San Justino fue, pues, un hombre solo. Pero su soledad no fue la soledad de los viles, sino la de los santos. No buscó consensos. Aun en el diálogo con la iglesia etíope dijo la verdad. Dijo su fe.

Si, pues, es difícil considerarlo entre los que prepararon el movimiento ecuménico, su verdadera grandeza estuvo en su fe esculpida en la roca por la que vivió y murió. Esa preparó el diálogo en el sentido de que anuncio con coraje las verdades en que creía. También éste es un modo de abrir camino al encuentro con los hermanos coptos.

Su contribución a la aproximación de las iglesias fue otro. Ante todo, asumió de lleno las costumbres, respetó la mentalidad y compartió la vida de la

²³ GIUSTINO DE JACOBIS, *Diario*, 191-192.

²⁴ Como es claro, en Etiopía no había entonces un patriarca. Esto fue concedido solo en tiempos recientes.

gente que evangelizaba. Además, su estilo de vida, embebido de oración, su comportamiento austero pero amable y su respeto por todos le aseguraron muchas simpatías entre el clero copto. No cometió el error de los jesuitas de los siglos XVI-XVII: no abolió las antiguas usanzas, no criticó ritos ni dismanteló altares. No fue un feroz latinizador. Aquellos que pasaban al catolicismo no se veían costreñidos a dejar su rito. Desde un comienzo trabajó por el clero nativo, fatiga criticada por ejemplo por Biancheri. Pero de ese modo trabajaba para el futuro. Aunque convencido de sus posiciones, no cayó en la polémica. Convencido de tener la razón, no se impuso con la intransigencia sino con el amor. Esta fue el arma vencedora de Justino y de todo ecumenismo.

(Traducción: JOHN DE LOS RÍOS, C.M.)

Justino De Jacobis: el arte del diálogo

*Prof. Yaqob Beyene**

El misionero Justino De Jacobis no ha ido a un país africano para predicar el Evangelio a los paganos, sino a un país cristiano para unir a los cristianos del país africano con los cristianos de Roma. Quisiera entonces, ante de todo, decir unas pocas palabras para presentar este país de África, de religión cristiano-ortodoxa, Etiopía.

Etiopía es el país que ha sido conocido en Occidente, primero con la denominación de Abisinia, así como dice también De Jacobis en su Diario, y después, más tarde, por la influencia del cristianismo, con aquella de Etiopía ¹. Es un país africano, pero se trata de un país que tiene una historia completamente diversa de la de otros países de África, no sólo porque Etiopía no ha conocido nunca el yugo colonial, sino también y sobre todo porque ésta es la continuación del muy conocido reino de Aksum, reino que, en el período de su máximo esplendor (hacia el año 325), ha recibido una nueva religión, el cristianismo, que ha tenido una influencia decisiva sobre su desarrollo histórico-cultural. Etiopía es el país en que el cristianismo ha sido, durante siglos, la razón más potente de unidad nacional, el país en que el cristianismo ha sellado, hecho conservar y transmitido todo cuanto caracteriza y distingue a sus habitantes, de fe cristiano-ortodoxa, de los otros africanos.

Etiopía es un país cuya religión cristiana, identificándose con el sentimiento nacional contra las amenazas invasoras de parte de pueblos de diversa religión, ha contribuido potentemente al mantenimiento de la independencia del mismo país, en el que el cristianismo ha sido la religión oficial hasta 1974 ².

Todavía, Etiopía es un país en el que el cristianismo se ha extendido hasta el punto de confundirse, de identificarse con el sentimiento nacional contra cualquier agresor externo. Etiopía es, en fin, el país que el cristianismo ha transformado en una “isla”, primero en el mar de los paganos y después en el de los musulmanes, en una “isla cristiana” que ha buscado los contactos con los países cristianos y que ha conseguido crear uniones permanentes con la civilización y la cultura mediterráneas ³.

* Nacido en Etiopía es profesor ordinario de lengua y literatura “amárica” en el Instituto Universitario Oriental de Nápoles. Ha escrito diversos libros sobre temas de cultura etíope y de teología.

¹ Los etíopes han adoptado para el propio país el nombre de Etiopía empujados por el deseo de atribuirle las numerosas referencias a Etiopía cotejables en la Biblia por razones de exaltación nacional. Es así propiamente basándose en los relatos bíblicos como los etíopes afirman, por ejemplo, que la monarquía etíope es de origen divino, en cuanto desciende de David, rey de Israel, a través de la legendaria reina de Saba y el rey Salomón, padres de Menelik I (1 Re 10, 1-13; Ez 27, 2).

² Este es el año en el que el Cristianismo ha perdido la propia favorable posición de “religión de estado” por causa de la revolución militar que se ha adueñado del poder.

³ Para entender ésto es suficiente pensar en la peregrinación que los cristianos de Etiopía cumplían en Palestina y en la formación de la comunidad etíope en la cuenca del Mediterráneo, desde Jerusalén hasta Líbano, en Chipre, en Roma, que han mantenido en todos los siglos los contactos culturales con Occidente y con el Próximo Oriente.

Para tener una idea clara de las enormes dificultades que ha debido afrontar San Justino De Jacobis en su actividad misionera, creo necesario trazar brevemente un cuadro de la situación política y cultural de la Etiopía de su tiempo.

En 1270, Yekunno Amlak destituyó la dinastía de los Zagwe y fundó la así llamada dinastía Salomónica, transfiriendo al mismo tiempo la capital de Etiopía, de Lasta a los confines de Tegráy meridional, más al sur, en Sewa, pero aquí sus sucesores se encontraron en una situación que les obligó a tener que afrontar una guerra contra los estados musulmanes del sur, guerra que fue ganada por los cristianos, pero que duró, a pesar de algunas interrupciones, desde 1333 hasta cerca de 1577. La última de ellas, que fue la más terrible y que se conoce como “Guerra de Gragni”, es decir “Guerra del Siniestro”, fue ganada por los cristianos de Etiopía, pero con la ayuda determinante de los soldados portugueses.

Después de la expulsión de los portugueses y de los misioneros Jesuitas (1632), misioneros que habían llegado a Etiopía para recobrar el precio que el país debía pagar por la ayuda de los soldados de Portugal, y debido al paso de los etíopes de la fe cristiano-ortodoxa a la católica, Etiopía volvió a cerrarse en su secular aislamiento cargado de hostilidad, por lo demás patente en general contra los europeos y en particular contra los católicos, aquellos que habían intentado sustituir su larga tradición cultural con la latina.

Terminada esta larga guerra entre cristianos y musulmanes, el estado etíope se encontró con el deber de enfrentarse a los invasores Oromo y a desplazar su capital a Gondar, en Dambya. Más adelante, después de una serie de acontecimientos, hacia la segunda mitad del siglo XVIII, Etiopía llega a un período llamado “Zamana Masáfent” (era de los comienzos), en el que los *ras*, grandes feudales de varias regiones etíopes, afirmaron siempre más abiertamente su independencia de los soberanos salomónicas los que, siempre más debilitados, eran más bien emperadores-fantoches.

Cuando Justino De Jacobis llegó a Etiopía, era ésta la situación política del país. Además, cuando De Jacobis llegó, no era sólo difícil la situación política, también lo era la de la Iglesia, que estaba alineada con las disputas teológicas por lo que se refiere a la unción de Cristo. Tal cuestión era debatida entre los teólogos y a menudo provocaba conflictos sangrientos, en cuanto que, en Etiopía, durante siglos no había existido una neta distinción entre los problemas sociales y los religiosos ni entre los conflictos políticos y los teológicos. Para aclarar tal situación es necesario tener presente que en Etiopía, hasta 1974, el poder espiritual y el poder temporal, y así la Iglesia y el Estado, han estado fusionados y compenetrados formando, por tanto, un único ente moral.

Las escuelas teológicas etíopes estaban divididas en tres corrientes diferentes:

- a. La escuela *Karra*, que era seguida por casi la totalidad de los monasterios del actual norte de Etiopía y de Eritrea;
- b. La escuela de *Yasagá-Leg*, seguida por la mayor parte de los monasterios de Sewa;
- c. La escuela *Quebat*, seguida por la mayor parte de los monasterios de Goggiám.

Siendo éstas las tres corrientes teológicas, con el pasar del tiempo convertidas también en verdaderos y propios partidos religioso-políticos, el emperador estaba obligado, por las circunstancias políticas del momento, a proclamar creencia oficial de su reino la doctrina cristológica enseñada por una de estas escuelas en perjuicio de las otras dos. Hay que hacer notar que, a menudo, a la proclamación de la doctrina oficial del estado etíope, seguían severos castigos, del que no estaba excluido la pena de muerte contra los máximos exponentes de las otras escuelas.

Justino De Jacobis llegó a Etiopía en 1839 y decidió establecerse en Adwa, una ciudad famosa por su manifiesta hostilidad en las confrontaciones con los europeos de religión protestante o católica. Probablemente su elección no fue debida sólo a su “fácil comunicación” con Massaua y al deseo de conservar “los primeros gérmenes de la verdad católica”, como dice el mismo De Jacobis en su Diario ⁴, sino que fue también una elección calculada.

En efecto, Adwa está situada a unos 15 kilómetros de distancia de Aksum, la ciudad santa para todos los cristianos de Etiopía, cuna de la civilización etíope, la ciudad donde llegó, en el siglo IV, el cristianismo; sede de la iglesia madre de todas las provincias eclesiales del país, iglesia en la que, hasta finales del XIX, todos los emperadores de Etiopía eran coronados y recibían la aprobación de la Iglesia nacional. Además, Adwa está muy cerca a Fremona, localidad en la que los Jesuitas, en el siglo XVII, habían fijado su residencia y que, después de la expulsión, se convirtió en Addi-Abun, y así, en el dominio y la residencia de los metropolitanos de Etiopía. Hay que notar además que Adwa está situada en el área geográfica en la que los bien conocidos Nueve Santos, llamados “romanos” porque habían venido a Etiopía del Imperio Romano de Oriente, habían predicado el Evangelio, reformado las costumbres, propagado prácticas ascéticas y fundado monasterios ⁵.

Nosotros no conocemos la verdadera razón por la que Adwa fue elegida por De Jacobis como su primera residencia, pero no podemos excluir que el Santo la haya preferido, ya sea por las razones históricas brevemente resumidas, ya por razones prácticas, toda vez que era un lugar que le permitía tener fácilmente contacto con

⁴ Acerca de la elección de Adwa, Justino De Jacobis, en su Diario, dice que ésta ha sido escogida “por las comunicaciones con Massaua, y por no perder los primeros gérmenes de la verdad católica sembrados por el Señor Sapeto”. Justino De Jacobis, *Scritti I. Diario*, Frascati 2000, p. 31. NB. De ahora en adelante será citado como *Diario*.

⁵ *Diario*, pp.406-407.

aquellos que son los verdaderos depositarios y transmisores de la cultura tradicional etíope, los monjes, que residían en numerosos monasterios de las cercanías.

Como es sabido, la Etiopía cristiana ha sido siempre muy hostil a los misioneros, y es por tanto lícito hacernos la siguiente pregunta: ¿por que razón Justino De Jacobis, un humilde sacerdote, ha tenido tanto éxito al punto de merecer el título de “fundador” de la Iglesia católica etiópica de rito alejandrino-etiópico mientras que, ya sea los misioneros predecesores, ya los contemporáneos, en cambio, han fracasado completamente? A mi parecer no es de ningún modo difícil responder a esta pregunta. En efecto, sabemos con certeza que los demás han fracasado clamorosamente - y continúan fracasando todavía hoy - porque han pretendido, y pretenden aun, hacer pasar a los cristianos de Etiopía al catolicismo:

- a. No dialogando sino empeñándose en inútiles y estériles discusiones, sin darse cuenta de que la dialéctica teológica etíope no se basa en un argumento racional sino sobre continuas citas escriturísticas, que se oponen a aquellas citadas por el adversario, en apoyo de la propia tesis, dialéctica completamente diversa de la de occidente;
- b. Sustituyendo el cristianismo de tradición oriental, que es la etíope, con el cristianismo occidental, es decir, precisamente con el cristianismo de las misiones;
- c. Imponiendo el rito latino en sustitución del etíope, que es apropiado a la cultura local;
- d. Prohibiendo el respeto de usos y costumbres locales para imponer las occidentales.

Justino De Jacobis, en cambio, ha logrado obtener lisonjeros resultados porque, en su sencillez, había entendido bien que:

- a. No era posible llegar a la unidad de los cristianos con un debate teológico, sino instaurando un diálogo religioso franco y abierto basado, sobre todo, en el respeto del prójimo;
- b. Debía respetar el cristianismo de tradición oriental, que es el etíope, así como es;
- c. Se utilizaba el mismo rito etíope;
- d. Se observaban usos y costumbres del país con excepción de los que eran, a su parecer, manifiestamente en contraste con la enseñanza del evangelio.

Y ahora examinemos un poco más detalladamente el arte del diálogo de Justino De Jacobis.

De Jacobis y las discusiones teológicas

Justino De Jacobis, en su primer discurso o, como dicen los etíopes, en su “manfasáwi Cewewet” (diálogo espiritual), en lengua amárica, dirigido a unos pocos eclesiásticos de la Iglesia Ortodoxa de Etiopía, y que tuvo lugar el 26 de enero de 1840, no les dijo: “estoy aquí delante de vosotros para que podamos discutir de los problemas teológicos que separan vuestra Iglesia de la de Roma”, sino que dijo en cambio:

La puerta del corazón es la boca. La llave del corazón es la palabra. Cuando abro mi boca abro la puerta del corazón. Cuando os hablo doy la llave de mi corazón. Venid y ved que en mi corazón el Espíritu Santo ha plantado (...) un gran amor por los etíopes cristianos ⁶.

Ahora, notemos cómo De Jacobis habla de su amor por los cristianos de Etiopía, el amor que el Espíritu Santo ha hecho “morar en él”, como dice el texto amárico, pero evitando las acostumbradas discusiones teológicas, como si él hubiera estado al corriente del hecho que los católicos empeñados en la dialéctica teológica habían sido definidos, por los doctos etíopes del siglo XVII, de “disimuladores” ⁷, y que también un gran teólogo etíope de la primera mitad del siglo XV, Giyorgis di Sagla, después de las discusiones tenidas con un veneciano, había afirmado que “la malicia de las astucias (*min*) de los hijos de León es más abundante que los granos de arena de las orillas del río Ghion, es decir del Nilo Azul” ⁸.

Los etíopes de lengua tigrina, para decir que una persona no es sincera, dicen *lebbu ayyeheben*, que significa: “ellos no dan su corazón”. En el momento en que De Jacobis ha dicho a los doctos etíopes: “cuando os hablo os doy la llave del corazón”, ellos han entendido ciertamente que nuestro Santo quería decir que no hubiera usado aquello que ellos atribuían a los misioneros católicos, es decir, “disimulo y malicia”, sino que era sincero con ellos. Por lo demás, a mi parecer, De Jacobis no tenía el carácter de una persona que, por no admitir el propio error, recurre a sofismas y malicias. En efecto sabemos que él, cuando se equivocaba, admitía públicamente el propio error y pedía perdón ⁹.

⁶ *Diario*, p. 79. Es de notar que el discurso ha sido escrito en lengua amárica, como se declara en una nota del mismo *Diario*. El texto italiano y el amárico substancialmente son iguales, pero hay algún matiz: por ejemplo, el texto amárico no dice “la puerta” sino “la boca”, como no dice “ha plantado” sino “ha hecho morar, inhabitar”. De todos modos, he preferido citar no el texto amárico sino el italiano porque pienso que éste expresa mejor lo que De Jacobis quería decir. Para el texto amárico ver: *Gadla Abuna Yaqob* (manuscrito inédito), p. 162.

⁷ E. Rerulli, *Mazgaba haymanot e Masehéta Lebuná*, En *Scritti teologici etiopici dei secoli XVI-XVII*, II. Ciudad del Vaticano 1960; pp. 11, 77, 156 y 182.

⁸ Beyené, Yaqob y Di Sagla, Giyorgis, *Il Libro del Mistero (Masehâfa Mesetir)*, en CSCO, *Scriptores Aithiopici*, TT. 89-90, parte prima, Lovaina 1990, pp. 413 y 258.

⁹ Tacla-Haymanot, *Gadla Abuna Yaqob*, texto en lengua Ge'ez. II parte, pp. 29-30. Esta obra, escrita por el discípulo predilecto de Justino De Jacobis, abba Takla-Haymanot, originario de Adwa.

Un dicho tigrino dice: *Lebbi waddi saba ketfallet, benatka gémmer*, que significa, “para conocer el corazón de la gente, comienza con el tuyo”. De Jacobis conocía bien su corazón.

Pero volvamos a su primer discurso. Él, después de haber declarado, entre otras cosas, que en esta tierra no había nadie más a excepción de sólo Dios y del “querido cristiano de Abisinia” y que ahora aquellos que estaban allí para escuchar su discurso eran sus parientes y amigos, les dijo: “Soy sacerdote como vosotros; soy confesor como vosotros”. Se debe notar que De Jacobis, contrariamente a sus predecesores y a algunos de sus autorizados contemporáneos, les consideraba sacerdotes, con igual dignidad a la suya, y ésto porque para él su sacerdocio era válido. Y además, De Jacobis, después de haber declarado ser un cristiano de Roma amante de los cristianos de Abisinia, cerró su primer discurso pidiéndoles que, si en los cuatro meses que él había vivido en Etiopía había hecho cualquier cosa que hubiera podido suscitar algún escándalo¹⁰, le perdonaran, y les dijo además que les prometía ser su amigo y su servidor ¹¹.

Más tarde, en su segundo discurso, dirigido a las mismas personas que habían escuchado el primero, después de haber hablado largamente de la unidad de los cristianos, de San Pedro, de San Marcos, y después de haber subrayado que el Papa de Roma es sucesor de San Pedro y el Patriarca de Alejandría es sucesor de San Marcos, dijo: “He venido (...) para deciros que los cristianos de Roma quieren unirse a los cristianos de Abisinia, quieren amarles, quieren ser sus hermanos” ¹². Es de notar que De Jacobis no habla de “conversión” sino más bien de “unión”, y la expresión “los cristianos de Roma quieren unirse a los cristianos de Abisinia”, pronunciada por boca de un monje católico, por la boca de uno de los hijos de León, propiamente de aquel papa León, que sus oyentes habían llamado siempre *regum* (maldito), habrá suscitado ciertamente gran impresión en el corazón de sus oyentes.

De Jacobis y el cristianismo etiópico

De Jacobis creía firmemente en la unidad de los cristianos en la fe e invitaba a los sacerdotes etíopes a predicar, en sintonía con él, una sola fe, un solo amor y una sola Iglesia ¹³. Nunca he oído hablar ni he leído que De Jacobis haya definido el cristianismo etiópico con expresiones como “cristianismo sólo de nombre, o sólo de fachada, sin importancia; cristianismo de pura costumbre, sin efectos para la fe o para la vida; cristianismo que, si se le recortara la observancia material de alguna práctica, no le quedaría nada”, etc. Pues bien, si De Jacobis hubiera tenido una opinión

¹⁰ Acerca de los misioneros y los escándalos, De Jacobis en su *Diario* escribe: “Los Misioneros deben evitar creer que los abisinios pueden ser ganados como los salvajes con espectáculos frívolos. Quieren ellos mas bien observar, en quien se presenta como ministro de la Religión, gravedad, sagrada erudición, y vida ejemplar”. p. 486.

¹¹ *Diario*, pp. 81-82.

¹² *Diario*, p. 84.

¹³ Tacla-Haymanot, op. cit., p. 177.

semejante del cristianismo etiópico, ¿hubiera quizás dicho, propiamente al clero de aquella Iglesia, que “los cristianos de Roma quieren unirse a los cristianos de Abisinia”? ¿Les hubiera, quizás, enviado a predicar junto a él “una sola fe, un solo amor a una sola Iglesia”? Creo que no. El suscitado juicio negativo relativo al cristianismo etiópico ha sido expresado por escrito no por el humilde sacerdote católico que es De Jacobis, sino por un alto prelado católico, el cardenal Guillermo Massaia ¹⁴ que, en tiempos de nuestro Santo, desarrollaba la actividad misionera en Etiopía meridional ¹⁵.

De Jacobis y el rito etiópico

En el prefacio a un pequeño librito que tiene como título “El Ordinario y las cuatro anáforas de la misa etiópica”, publicado en Roma en 1969, página 5, se afirma lo que sigue:

Los varios ritos orientales, a los que pertenece también el etiópico, aún diferenciándose entre sí y del rito latino en cosas no esenciales, tienen numerosas partes en común, cosa que indica el mismo origen litúrgico: como los ritos de ofertorio, la liturgia de la palabra, con la recitación del credo en el centro; el Pater noster, el diálogo del prefacio y el sanctus, culminando con la consagración, etc. La diversidad en los elementos no esenciales está unida a la primera evangelización de todo pueblo que ha asimilado el cristianismo, según la propia cultura, como aparece claramente en la introducción del cristianismo en Etiopía, a mitad del siglo IV (etc.).

Y más adelante, en las páginas 7-8, se hace presente cuanto sigue:

La liturgia etiópica, nacida entre insuperables dificultades por las continuas y seculares guerras para la defensa de la fe, refleja la fuerte índole y el sentimiento de profunda religiosidad de su gente. Permanece inmutable desde hace siglos, ya sea en su estructura, como en su lengua, y no ha habido jamás retoques ni a pesar de la renovación litúrgica post-conciliar. Por eso, en el estudio de ésta, podemos descubrir las más genuinas tradiciones de la antigüedad cristiana de los primeros siglos.

Comparto plenamente estas palabras escritas en 1969 por *abba Adhánom Se'elu*, entonces vice-rector del Pontificio Colegio Etiópico.

De Jacobis, como es sabido, cuando en 1839 llegó a Adwa, comenzó a frecuentar las iglesias ortodoxas para orar, para asistir a las funciones que se celebraban, comprendida la liturgia eucarística, suscitando la curiosidad, el interés y

¹⁴ G. Massaia, *I miei trentacinque anni di missione nell'alta Etiopia*, I, Milán 1885, p. 60.

¹⁵ Es decir, lejos de los centros culturales de la Etiopía cristiana; él ha sido misionero, no en la Etiopía cristiana sino en la Etiopía pagana, en la Etiopía de religión musulmana.

las simpatías del clero ortodoxo. Él dio así comienzo, no a las discusiones tan queridas a los doctos etíopes ¹⁶, sino a coloquios amistosos referentes a la fe. De estos diálogos y de su frecuente asistencia a las funciones religiosas, De Jacobis comprendió inmediatamente que no se debía enseñar a los etíopes nuevos dogmas, nueva moral, nueva liturgia, sino favorecer la unión de los cristianos de Etiopía de fe ortodoxa con los cristianos de Roma de fe católica. Con este ideal en la mente, comenzó a dialogar con personas doctas que podían seguir sus razonamientos, a hablar de la fe cristiana partiendo de los Libros de la Sagrada Escritura etiópica ¹⁷ que éstos conocían bien. Así, con la asistencia de sus nuevos amigos, él consiguió que se aceptara que en la oración de la liturgia etiópica ¹⁸ no existía nada que no gustase al Señor. Decidió dejar libres a sus seguidores de practicar sus devociones, después de que éstos habían abrazado la fe católica; dejó libertad a los sacerdotes para celebrar la misa utilizando sus libros litúrgicos así como son, sin aportar modificaciones ¹⁹, sin pedir - cosa muy importante - que fueran ordenados de nuevo según el rito latino. El cardenal Guillermo Massaia, que no aprobaba el comportamiento de Justino De Jacobis en materia de rito, pero que no osaba criticarlo abiertamente, escribió cuanto sigue:

El pueblo de Guwala, declarándose todo él católico, junto con su clero adepto a la iglesia de San Juan, continua asistiendo a las funciones de sus sacerdotes creyéndoles válidamente ordenados. Y nosotros estábamos obligados a tolerar provisionalmente este abuso y a dejarles en su buena fe todavía más tiempo ²⁰.

Massaia había recibido la orden de conferir ordenaciones sacerdotales en rito latino a condición de que los sacerdotes permanecieran en el rito etiópico. Y cuando, en 1847, él se encontró propiamente en Guwala, a petición de Justino De Jacobis, ordenó secretamente más de diez sacerdotes en una pequeña capilla ²¹. Nació así el clero católico de rito etiópico el cual fue resultado del arte del diálogo de nuestro santo Justino De Jacobis.

Los misioneros, ya sean los que han desarrollado, o aquellos que todavía hoy desarrollan su actividad en Etiopía, se pueden dividir entre seguidores de Justino De Jacobis y seguidores de Massaia, y esto es: favorables al rito etiópico y contrarios. Es

¹⁶ De Jacobis conocía, diría yo, la innata capacidad dialéctica de los etíopes. En efecto, el en su *Diario*, escribe: “El talento abisinio, como el de todos los orientales, es naturalmente dialéctico, hasta en los más pequeños pastores de ganado”. p. 558.

¹⁷ Para un etíope un discurso racional, si no está basado en textos escriturísticos, no es un discurso teológico, sino filosófico. Por esta razón, los teólogos etíopes afirman que quien dialoga o discute de religión sin aportar testimonios de la Sagrada Escritura y de los Padres de la Iglesia, no hace sino un discurso de *maballat* “viuda, religiosa, monja”. Cf. I. Guidi, *Annales Johannes I, Iyásu I et Bakaffa*, en CSCO, Script. Aeth., T.V, París 1905, p. 82.

¹⁸ De Jacobis tenía un maestro de liturgia, un *dabtará*, de nombre *Walda-Sellase*. Cf. *Diario*, pp. 827, 843 y 844.

¹⁹ En 1890, en Karan (Eritrea); y en 1913, en Asmara, fueron publicados misales de rito etiópico para uso de los católicos etíopes, sin respetar la verdadera tradición de la liturgia etiópica. Puesto que estos misales habían asumido modificaciones para adaptarlos a la teología clásica occidental, provocaron una disputa pesada y contenciosa.

²⁰ G. Massaia, op. cit., I, p. 68; véase además *Lettere e scritti minori*, vol. V, Roma 1977, p.386, donde el rito etiópico es definido “informe aborto”

²¹ *Diario*, p. 795.

triste constatar que, como consecuencia de tal división, los católicos de la única iglesia católica etiópica están divididos entre seguidores de rito etiópico y seguidores de rito latino. Y ésto es muy embarazoso. Pero todavía más embarazoso es saber que algunos obispos católicos europeos de rito latino, miembros de la Conferencia Episcopal Etiópica, en febrero de 1986, no se han avergonzado de presentar a la misma Conferencia un proyecto que preveía la creación de una “liturgia adaptada al pueblo etiópico”, fundiendo las dos liturgias pre-existentes, la latina y la etiópica ²². Ya que los que han propuesto la creación de este rito híbrido no conocen la lengua litúrgica etiópica, no es fácil entender cómo han juzgado un rito que no conocen.

De Jacobis y los usos y costumbres de Etiopía

Como anteriormente se ha dicho, De Jacobis, que quería evitar todo aquello que podía de cualquier modo suscitar escándalo en la Etiopía cristiana, decidió respetar los usos y costumbres del país, con excepción de aquellos que estaban en manifiesto contraste con la enseñanza evangélica. Retengo por tanto útil anotar brevemente algunos de ellos, pero sólo a título de ejemplo, para entender mejor la importancia de la decisión de Justino De Jacobis.

1. *Tabúes alimenticios*

Como la tradición relativa a la historia civil y religiosa de Etiopía está ligada a los contenidos históricos de la Sagrada Escritura, así también los antiguos tabúes alimenticios de la Etiopía cristiana no son diferentes de los expuestos en el Antiguo Testamento, y más precisamente en el Levítico, capítulo 11 ²³. Se trata de severísimas restricciones que son observadas con tanto celo por los cristianos ortodoxos etíopes y eritreos que, en líneas generales, corresponden a aquellas observadas por los hebreos. Son respetadas muy fielmente y no para no violar las leyes judías. Las razones son dos, y están estrictamente ligadas entre sí: la primera razón es que los etíopes están muy orgullosos de sus propias tradiciones y no osarían jamás violar algunos de los tabúes alimenticios transmitidos durante siglos, de generación en generación, que están profundamente enraizados en el corazón y en la mente de cada cristiano etíope y eritreo. Y si alguien, superando los propios bloqueos psicológicos - sin duda con el auxilio de la cultura occidental - consiguiera comer aquello que está prohibido por la tradición, sería gradualmente excluido de la vida comunitaria del pueblo, y esto significaría la total destrucción del individuo como miembro de la sociedad en la que vive. La segunda razón, diría la principal, se debe a la posición doctrinal tradicional de la Iglesia Ortodoxa de Etiopía. En efecto, ésta es del parecer de que nada pueda ser ni

²² Habtemichael-Kidane, *L'Ufficio divino della Chiesa etiopica*, en *Orientalia Christiana Analecta* 257, Roma 1998, p. 38, nota 8.

²³ Es de notar que la posición tradicional de los cristianos ortodoxos de Etiopía corresponde perfectamente a la de los cristianos de los orígenes. De todos modos, para los usos y las costumbres etiópicas de origen bíblica, cf. E. Ullendorff, *Ethiopia and the Bible*, London 1968, y *The Two Zions. Reminiscens of Jerusalem and Ethiopia*, London 1988.

añadido ni abrogado, de aquello que ha sido establecido en la Sagrada Escritura y en los primeros tres concilios ecuménicos. Es, así pues, del parecer, que ninguna de las leyes del Pentateuco sea abrogada por el Nuevo Testamento. Ella, al afirmar ésto, declara que Jesucristo es aquel que ha dado, ya sea la Ley a Moisés, ya sea la llave a San Pedro; que ha dicho que no ha venido a abolir la Ley y los profetas sino a ponerlos en práctica ²⁴, y que ha dado a entender que no trae otra ley que contradiga la antigua ²⁵. Por tanto, es posible que De Jacobis haya sido informado, más bien por sus amigos y seguidores doctos etíopes, que para los etíopes de cultura tradicional no es posible ser cristiano y no observar las leyes de Dios expuestas, ya sea en el Antiguo que en el Nuevo Testamento, así como están, sin alguna revisión ni *aggiornamento* ²⁶.

2. *La carne sacrificada por los musulmanes*

La historia de Etiopía ha sido caracterizada por el constante enfrentarse de los cristianos y de los musulmanes, por las conversiones forzadas por ambas partes y por la destrucción de iglesias y mezquitas ²⁷. Y uno de los tabúes alimenticios presentes en Etiopía se refiere, para los cristianos, a la carne sacrificada por los musulmanes, y para los musulmanes, a la carne sacrificada por los cristianos. Tal Tabú, siendo todavía hoy rígidamente observado por ambas partes, constituye un vivo testimonio de las difíciles relaciones transcurridas y que transcurren entre los seguidores de las dos religiones en esta parte de África. Las consecuencias para quienes no observan este tabú son muy graves, en cuanto se cree firmemente que comer la carne sacrificada por los musulmanes equivale para un cristiano a la aceptación del Islam y viceversa.

Ignoro lo que sucede cuando un musulmán, convertido en cristiano por haber violado este tabú, se arrepiente y vuelve a su fe originaria; para un cristiano convertido en musulmán, por haber consumido carne sacrificada por los musulmanes, en cambio, la Iglesia etiópica, no pudiéndolo re-bautizar, recurre al rito de la reconciliación haciendo efectuar sobre él lecturas, oraciones, aspersiones y unciones exactamente así como se hace para los renegados que vuelven del Islam al Cristianismo ²⁸. La razón por la cual es absolutamente prohibido a los cristianos comer carne sacrificada por los musulmanes y a los musulmanes la sacrificada por los cristianos, la explica el mismo De Jacobis. En efecto, en su *Diario*, escribe:

²⁴ Cf. Mt 5, 17-18 y Lc 16, 16-17

²⁵ Cf. Mt 5,17.

²⁶ Por lo cual, la Iglesia Ortodoxa de Etiopía es del parecer que es necesario observar todas las instituciones mosaicas, a excepción de aquellas pocas que has sido abrogadas por los Apóstoles por razón de la autorización que les has sido concedida por Jesucristo en persona. Para la Iglesia Ortodoxa de Etiopía, las instituciones judías abrogadas son, por ejemplo: las fiestas de los ázimos, de las trompetas y de las espigas; la condena a muerte por lapidación, el sacerdocio levítico, etc. Véase Beyené, Yaqob y Di Sagla, Ghiorghis, *Il Libro del Mistero*, op. cit., TT. 97-98, Lovaina 1993, pp. 107, 65.

²⁷ Para la historia de la lucha entre cristianos y musulmanes, véase: Taddesse Tamrat, *Church and State in Ethiopia 1270-1527*, Oxford 1972; J. S. Trimmingham, *Islam in Ethiopia*, London 1976; J. Cuoq, *L'Íslam en Ethiopie des origin au XVI Siecle*, París 1981; P. Marrassini, *Lo scettro e la croce*, I.U.O., Nápoles 1993.

²⁸ El rito en cuestión es el que se contiene en el conocido *Mashafa-Qedar* "Libro de la Purificación", recuperado propiamente para este objetivo.

*El cristiano no daría jamás el golpe mortal, por ejemplo a una vaca, a un carnero, a cualquier otro animal de cuyas carnes quiere alimentarse, sin haber invocado primeramente el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, un Dios. En conclusión, el cristiano abisinio no mata jamás un animal sino haciendo profesión de creer en la Trinidad de las Personas divinas en Dios. Así como, por otra parte, el musulmán no mata sino diciendo 'No hay otro Dios que Dios, y Mahoma es su profeta', la matanza de un animal para comer la carne es, en resumen, considerado aquí como un acto de religión; como una profesión de fe, como una especie de sacrificio en el que no es lícito participar a otros, sino a los hombres de la misma creencia*²⁹.

Es de notar que, en la Etiopía cristiana, quien come la carne sacrificada ya sea de los cristianos ya de los musulmanes, es considerado persona sin fe. En efecto, los protestantes y algunos compañeros de Justino De Jacobis que comían cualquier carne sin preguntarse quién la había sacrificado, eran considerados hombres sin fe. Al respecto, el mismo De Jacobis nos ha transmitido por escrito lo que le han dicho sacerdotes y monjes etíopes de *Tara-Emni*, en Saraya:

*(...) una nueva generación de hombres blancos, que estaban entre nosotros, apareció como si fueran ni cristianos ni musulmanes, ni siquiera paganos: gente a la que si se le pregunta de qué religión es, jamás te responde: 'de la religión de Dios' y, mientras tanto, comen indistintamente las carnes de los animales sacrificados, tanto por los cristianos como por los musulmanes*³⁰.

Por tanto, De Jacobis había entendido bien que una religión enseñada por uno que es considerado hombre sin alguna fe religiosa, en Etiopía no habría sido escuchada ni por los cristianos ortodoxos, ni por los musulmanes. En efecto, cuando él entendió que los habitantes de Akkala Guzáy, en la actual Eritrea sur-oriental, estaban escandalizados porque Biancheri comía la carne sacrificada ya fuera por cristianos ya por musulmanes, se entristeció mucho y se vio obligado a escribir a Roma para preguntar cómo se debía resolver este grave problema. Entonces le llegó una carta con la que venía impuesta a los misioneros la prohibición de comer la carne sacrificada por los musulmanes. Después de que Biancheri, que no estaba de acuerdo con De Jacobis, no sólo sobre la cuestión de la carne sino también sobre la actitud de tener frente al clero ortodoxo, pidió y obtuvo el permiso de separarse de nuestro Santo y de retirarse a la zona habitada por los musulmanes³¹.

3. De Jacobis y el ayuno

Es cosa bien conocida que los etíopes tenían una fe viva y sólidamente enraizada. Son testimonios vigorosos las muchas prácticas religiosas como, por

²⁹ *Diario*, p. 483; v. también p. 371.

³⁰ *Ibid.*

³¹ Takla-Haymanot, op. cit., texto amárico, pp. 159-60, 744-745.

ejemplo, los frecuentes, largos y rigurosos ayunos que son observados con tanta puntualidad; ayunos que no son en modo alguno fáciles de observar ³². Es necesario subrayar que el ayuno etiópico consiste no sólo en evitar comer todo lo que procede de los animales, como lácteos, huevos y carne, sino también en no comer nada antes de las 3 de la tarde. Además la misa, en los días de ayuno, no se celebra jamás antes de aquella hora ³³.

De Jacobis, como es sabido, no gozaba de buena salud. No obstante esto, para evitar despertar el escándalo ³⁴, observó todos los ayunos, comprendidos aquellos previstos por la Iglesia de rito latino ³⁵. Entonces, visto que era muy difícil desarrollar la actividad misionera observando todos los ayunos, tras su petición, fue autorizado por Roma para observar sólo los ayunos etiópicos ³⁶.

4. *El divorcio*

Precedentemente hemos afirmado que De Jacobis ha observado usos y costumbres de Etiopía, a excepción de aquellos que estaban en contraste con la enseñanza evangélica. El divorcio es, ciertamente, uno de aquellos que De Jacobis siempre ha combatido.

Entre las poblaciones de lengua amárica y tigrina de religión cristiano-ortodoxa, el divorcio existe desde tiempo inmemorial, puesto que en la Etiopía y la Eritrea cristiana se dan dos tipos de matrimonio: el civil y el religioso. El matrimonio civil se celebra durante el banquete nupcial delante de todos los invitados, con testigos y garantes, en la presencia del padre espiritual de la familia que nace. Se trata de un matrimonio que es un verdadero y propio contrato con pacto entre dos estirpes, pacto que es anulado sólo con un nuevo matrimonio. Este tipo de matrimonio es soluble.

El matrimonio religioso, que en cambio es indisoluble, es contraído regularmente en la iglesia, y la unión es consagrada con la comunión eucarística de los dos cónyuges. El vínculo matrimonial así consagrado es el más rígido que conocen Etiopía y Eritrea de religión cristiano-ortodoxa y no puede ser disuelto con la misma facilidad del otro. En efecto, esto exige de parte de los cónyuges un comportamiento más castigado. Por lo cual el matrimonio religioso es elegido por los laicos, por lo

³² Para la Iglesia Ortodoxa de Etiopía los días de ayuno son doscientos cincuenta, de los cuales ciento ochenta son obligatorios, los otros voluntarios. Véase: *The Rthiopian Orthodox Chuch*, Adis Abeba 1970, pp. 63-65. De todos modos, los doscientos cincuenta días de ayuno son observados sólo por el clero y por los ancianos.

³³ *Diario*, pp. 560-561. NB. En el *Diario*, p. 44, se dice: “La Vigilia de Navidad (...) todos los abisinios comerán carne: el día siguiente, que para ellos es ayuno, si bien es Navidad, hubiera sido un gran escándalo comer carne”. Esto es ciertamente un *lapsus*. De hecho, para los etíopes la vigilia de Navidad es de ayuno; la Navidad, en cambio, cuando cae en miércoles o bien en viernes, no es jamás de ayuno.

³⁴ En Etiopía, un monje que no observa los ayunos no sería considerado no sólo monje sino, menos aún, un buen cristiano.

³⁵ Ayunar no sólo el miércoles y el viernes, sino también el sábado.

³⁶ Takla-Haymanot, op. cit. texto amárico, p.159; texto Ge’ez, II parte, pp. 54-55.

general después de que los dos cónyuges han vivido juntos durante largo tiempo, unidos por el matrimonio laico normal.

El matrimonio para De Jacobis es, obviamente, uno e indisoluble y no ha dejado jamás de sostenerlo ya sea privada o públicamente en toda circunstancia. En el *gadele*, es decir, en la biografía de nuestro Santo, escrita en lengua amárica, aquí muchas veces citada, leemos el siguiente episodio que suscitó gran clamor: cuando los católicos de la zona de Addigrat, en la actual Etiopía nor-oriental, fueron muy numerosos, De Jacobis, no teniendo una disposición personal suficiente para afrontar el problema de la instrucción religiosa, decidió elegir una persona célebre por su extensa cultura religiosa para confiarle la enseñanza de la religión. Conociendo que en Tara-Emni, en Saraya, había un conocido maestro, de nombre Mabraq Walda-Sellase, lo hizo llamar a Guwala, en Agama, a pocos kilómetros de Addigrat, hacia el este, donde De Jacobis había mandado construir el primer seminario de la Iglesia católica etiópica de rito etiópico, y lo contrató, pagándole un estipendio anual bien definido. Mebraq Walda-Sellase, mientras vivía en Guwala, casado en segundas nupcias con una mujer del lugar, abrazó la fe católica. En el momento en que De Jacobis descubrió que el maestro había estado ya casado con una mujer amárica, cuando vivía en Dambeya, en Begameder, le dijo que el matrimonio, según la enseñanza del Evangelio, es uno e indisoluble y que, para vivir cristianamente, era necesario que él dejase la segunda mujer. Entonces el maestro acogió el consejo de Justino de Jacobis: dejó la mujer para vivir solo, garantizando, sin embargo, el pago de los costos necesarios para el sustento de los hijos. Este hecho suscitó estupor y perplejidad en todos ³⁷.

Como es conocido, De Jacobis había conquistado el corazón de los etíopes - que lo habían proclamado ya unánimemente santo antes de la beatificación en Roma - no con su dialéctica teológica, dialéctica que él había evitado cuidadosamente, sino con su arte del diálogo, basado en el amor incondicional hacia el prójimo; con su inclinarse no de la parte de los *ras* o de los grandes feudales, sino de parte de los pobres, de los marginados y de los enfermos; con su profunda humildad, con su vivir en medio de los etíopes como un monje etíope. En pocas palabras, De Jacobis había conquistado el corazón de los etíopes con su conducta auténticamente cristiana.

Quisiera concluir este artículo citando algunas frases pronunciadas por algunas personas, entre las que han combatido al Santo, no por su conducta, sino por su fe católica, fe que amenazaba por sustituirse con aquella ortodoxa cual religión de estado:

1. El emperador Teodoro II, que quería unificar Etiopía bajo una sola corona y una sola fe, la ortodoxa, de Justino De Jacobis dijo: “si yo hubiera tenido conmigo al *Abuna Yaqob* (Obispo Jacobis) hubiera alcanzado el éxito fácilmente”³⁸. Y, después de la expulsión de Justino De Jacobis de Gondar, la entonces capital de Etiopía, por orden del mismo Teodoro II (1855-1868), éste, mandando a *Abuna*

³⁷ Takla-Haymanot, op. cit., texto amárico, pp. 443-445.

³⁸ Takla-Haymanot, op. cit., texto ge'ez, II parte, p. 49.

- Salama* atado sobre una montaña para que permaneciera relegado, le dijo: “Eres tú el egipcio que me ha hecho luchar con mi amigo Abuna Yaqob” ³⁹.
2. Abuna Salama III, amigo de los protestantes y gran enemigo de Justino De Jacobis, dijo: *Yaqob sádeq naw hatiátun ayscéscegem*, “De Jacobis es justo, no esconde sus pecados” ⁴⁰.
 3. Los ortodoxos que lo conocieron de cerca pero que no abrazaron la fe católica, hablando de Justino De Jacobis dijeron: *haymánotu Kefu nat engi megbárus malkám nat* : “su fe es mala, su conducta, en cambio, es buena” ⁴¹.
 4. Áhmad Ára, jefe de los musulmanes que durante cuatro días escoltaron los restos mortales de San Justino De Jacobis, desde Aligade, entre addi-Kayeh y Massaua, hacia Hebo, en Akkala Guzay, violando la tradición islámica que prohibía llevar los restos mortales de cristianos, dio la orden, tanto a los *Asawerta*, sedentarios y nómadas de religión islámica, como a los viajeros cristianos ortodoxos, de llevar el féretro hasta Hebo, dijo: *Yom tanasta dabra sedeq wameskáyomu lanadayán walaghefuán*, “hoy ha caído el monte de la verdad, el refugio de los pobres y de los marginados” ⁴².

Cuando yo era un joven estudiante de filosofía, un día el difunto profesor Cornelio Fabbro nos dijo: “si los misioneros hubieran seguido el método de los comunistas, ahora todo el mundo sería ya católico”. También yo digo que, si los misioneros que han desarrollado su actividad apostólica en Etiopía hubieran seguido el método de San Justino de Jacobis, es decir, el arte del diálogo, en este momento toda esta región sería ya católica.

(Traducción: JULIÁN ESTEBAN PÉREZ PUENTE, C.M.)

³⁹ Beyene, Yaqob y Fessehá, Ghiorghis, *Storia d’Etiopia*, I.U.O., Nápoles 1987, pp. 87 y 213.

⁴⁰ Takla - Hâymanot, op. cit., texto amárico, p. 720.

⁴¹ Takla - Haymanot, op. cit., texto amárico, p. 161.

⁴²Takla - Hâymanot, op, cit., texto Ge’ez, II parte, p. 87.

La devoción a San Justino De Jacobis en Eritrea¹ y Etiopía²

Por *Iyob Ghebresellasie, C.M.*
Provincia de Eritrea

Antes de exponer la devoción a san Justino De Jacobis, me parece oportuno advertir que se trata de modo particular de los católicos en Eritrea y en algunas regiones de Etiopía. Es sabido que san Justino ejerció su apostolado de manera especial en aquel país que una vez se llamaba Abisinia, y hoy es Eritrea y Etiopía.

1. La fe cristiana antes de la evangelización de san Justino

La semilla cristiana que, en el siglo I³, cayó a lo largo de las costas de Eritrea, con el tiempo rebasó el altiplano eritreo, y se propagó por el norte de Etiopía. Diversos santos, naturales y extranjeros, fundaron decenas y decenas de monasterios, desde comienzos del siglo IV hasta el siglo XVIII, antes que san Justino llegase a su campo de evangelización⁴.

En cuanto a la identidad de los primeros evangelizadores, llamados *santos romanos*, cuya acción fue decisiva en la difusión del cristianismo, eran misioneros provenientes del imperio romano⁵⁵. Sin embargo, el evangelio que ellos predicaron dio lugar a una falta de entendimiento entre las iglesias católica y ortodoxa. Los católicos se basaban en la enseñanza de san Frumencio, el primer obispo, enviado por san Atanasio hacia el 340, y afirmaban que los primeros evangelizadores habían sido católicos; argüían justamente que san Atanasio no podía consagrar y enviar a un obispo no adicto a la misma fe que él profesaba. Por el contrario, los ortodoxos, olvidando el largo período histórico de la evangelización, que por otra parte permanece en la oscuridad, y poseedores hoy de todos los monasterios de la Iglesia Ortodoxa, querían demostrar que los primeros evangelizadores de Abisinia profesaban la fe ortodoxa.

Naturalmente, aquellos santos evangelizadores han sido y son aún muy venerados por la población a causa de sus virtudes y del celo desplegado en la

¹ Eritrea es una nueva nación. Está situada en el Cuerno de Africa, a lo largo del Mar Rojo. Tiene 127.750 kilómetros cuadrados. En Eritrea residen 3.500.000 nacionales; 1.500.000 más están dispersos por varias partes del mundo. Eritrea se separó de Etiopía en mayo de 1991, tras una larga guerra. La independencia fue convalidada luego por un referéndum en abril de 1993: 99,8% de los votos fueron a favor. Un 50% de la población está formado por cristianos, la mayoría de los cuales son coptos ortodoxos; el otro 50% es musulmán. De los cristianos, aproximadamente el 20% son católicos, y el 5% protestantes. No sólo veneran a san Justino los católicos: también los ortodoxos y los musulmanes sienten devoción hacia él.

² Al hablar de la devoción a san Justino, nos referimos especialmente al norte del país. Dicha devoción está además extendida por la región de Showa, en el centro de Etiopía, en aquel tiempo bajo la administración del rey Sahlesellasie. El sur fue evangelizado por el Cardenal Massaia, nombrado vicario apostólico en 1836. Después de la beatificación en 1939, y la canonización en 1975, los vicencianos de la provincia etiópica, como también otros institutos masculinos y femeninos, todos juntos divulgaron entre el clero indígena la devoción a san Justino. Debe advertirse que esta devoción se deja sentir particularmente en Tigray y en las poblaciones de Irob.

³ Hechos de los Apóstoles 8,26-39. *The Church History of Eusebius*, p. 105, reimpression 1986, Michigan.

⁴ G. Sapeto, *Viaggio e Missione Cattolica dell'Abissinia*, (Fra i Mensá, i Bogos e gli Habab). Roma 1857, p. 62; C. C. Rossini, *Etiopia e gente di Etiopia*, Firenze 1937, p. 170.

⁵ Pane, Salvatore, *Vita del Beato Giustino De Jacobis*, Napoli 1949, p. 226; W. Aymro, M. Joachim, *The Ethiopian Orthodox Church*, Addis-Ababa 1970, p. 4.

expansión y defensa de la fe cristiana. Superando el obstáculo de las tradiciones y la persecución de los animistas, consiguieron instaurar sólidamente el cristianismo. Y merced a este celo misionero, el altiplano eritreo y el norte de Etiopía se dieron a conocer como la *Isla Cristiana* en el Cuerno de Africa⁶.

Ahora bien, por una parte el aislamiento, y las invasiones musulmanas por otra, dejaron hondas heridas en la vida eclesial y en el servicio pastoral del país. Y este es el motivo de que aquel pueblo, orgulloso de un cristianismo cerrado sobre sí mismo, quedase gravemente debilitado.

Luego, la Iglesia egipcia, falseando los así llamados “Cánones del Concilio de Nicea”, prohibió, un siglo tras otro, el nombramiento y la consagración de un obispo eritreo o etíope⁷. El obispo egipcio, desconocedor de la lengua y de la cultura del pueblo cuya guía le era encomendada, quedaba reducido a la administración de los sacramentos y a la aplicación de la excomunión en cuestiones de fe y de moral⁸. El pueblo sintió siempre terror por la excomunión. Y poco a poco fue perdiendo el conocimiento elemental de la doctrina cristiana, manteniendo sólo la fe interior, que no podía profesar con una formulación teológicamente correcta... Esta fuerza interior, privada de su expresión, fue celosamente guardada y fanáticamente defendida. Así, cuando en el año 1780, el patriarca copto de Egipto nombró un Abuna (Obispo), éste, antes de asumir la atención pastoral de Eritrea y Etiopía, mandó una delegación a las autoridades civiles, pidiendo que retirasen al primer obispo católico abisinio, Abuna Tobías⁹.

Igualmente aconteció cuando, entre 1841 y 1842, fue nombrado el Abuna Salama, nombramiento en el que participó, con la delegación abisinia, Justino De Jacobis: éste fue amenazado una y otra vez, y se vio obligado a dejar el país y su campo de apostolado. Pese a todo, la altiplanicie eritrea y el norte de Etiopía siguieron siendo el bastión, contra todas las expediciones desde las orillas del Mar Rojo. Si esta isla de cristianismo permaneció vigorosamente cerrada sobre sí misma, ello no era porque rechazase todo contacto externo, sino a causa de la firme convicción de la integridad de la propia fe y del propio rito. Bajo este aspecto no admitía vacilación alguna. La fe en la Santísima Trinidad y la devoción a la Madre de Dios eran los dos pilares de su religión. Precisamente por esta convicción persiguió siempre a los misioneros europeos, católicos o protestantes¹⁰.

He aquí la perspectiva bajo la que se mira la llegada de Justino De Jacobis a Abisinia en 1839. Los católicos seguían desterrados del reino, y la iglesia ortodoxa se había debilitado mucho, cuando la Providencia quiso que apareciese en aquel territorio

⁶ Lino da Mesero, *Etiopía Cristiana*, Milano 1946, p. 33.

⁷ Los musulmanes no habían olvidado el éxito militar de los abisinos en Yemen. Temerosos de que los obispos católicos instigaran a los abisinos contra los musulmanes, no permitieron el desarrollo de relaciones entre uno y otro imperio. Quedaron solos los patriarcas coptos: sólo ellos pudieron en adelante enviar obispos a Abisinia. El primero fue enviado por el patriarca copto Benjamín, por el tiempo en que Amru conquistaba Egipto. Este patriarca impuso a la Iglesia etíope cánones que alejaron aún más a los fieles del amor a la religión católica. Además, invocó para estos cánones origen igual al de los de Nicea, al objeto de darles autoridad. Estos pseudo-cánones prescribían que los etíopes no tuviesen obispos autóctonos, que sólo debían recibir obispos egipcios de la sede de Alejandría (G. Sapeto, *Viaggio e Missione Cattolica dell’Abyssinia*, Roma 1857, pp. 71-72).

⁸ Abba Ayala Teclhaimanot, *The Ethiopian Church*, Addis-Ababa 1982, p. 32.

⁹ Tobías, Ghiorghios Ghebreziaghier nació en Debre Mariam Camcam, en la región de Dembia (Etiopía). Tras estudiar la teología en *Propaganda Fide*, Roma, fue consagrado, el 20 de Junio de 1788, obispo de Adulis, ciudad portuaria de la antigua Etiopía, hoy Eritrea, en la costa del Mar Rojo. Trabajó infatigablemente por la comunidad católica en el propio país, pero finalmente fue obligado a dejar Etiopía y a huir a Egipto (K. O’Mahoney, *The Ebullient Phoenix*, Bk III, p. 1, Addis-Ababa).

¹⁰ D. Crummey, *Priests and Politicians, Protestants and Catholic Missions in Orthodox Ethiopia*, Oxford 1972, p. 39.

un heraldo del evangelio capaz de comprender la mentalidad y el bagaje cultural de este pueblo.

2. Llegada de Justino a Adua y su primer sermón

Llegado a Adua, en el centro-norte de Etiopía, san Justino se puso inmediatamente a estudiar la lengua y la cultura del país que debía re-evangelizar. A los tres meses de llegar, ayudado por su maestro, el *debtera* Matieos, pronunció el primer discurso, el cual quedó grabado en el corazón de la primera comunidad reunida en torno a él. Dijo entre otras cosas:

... la puerta del corazón es la boca, la llave del corazón es la palabra... Cuando os hablo, os doy la llave de mi corazón”...¹¹.

Con estas palabras san Justino consiguió abrir el corazón de sus oyentes, que dudaban en convencerse de las palabras de un *ferenyi*, o sea, un misionero blanco. Como refiere su primer biógrafo, Abba Teklehaimanot el joven, “un día, por haber dirigido algunas palabras a un etíope que se había detenido a mirarlo mientras leía, recibió esta contestación burlona: “¡Eh, *ferenyi*! (en sentido despectivo). Es mejor la amistad con un demonio conocido, que con un ángel desconocido”¹². Esta frase, aun dicha en sentido despectivo, expresaba toda la convicción de los ortodoxos en lo que atañía a su fe religiosa. San Justino no tuvo dificultad en comprenderla. Entre tanto rogó al Señor que le esclareciese el modo como podría entrar en el corazón de quienes le parecían inconvertibles. Aun así, la palabra de Dios, la más eficaz de todas, pronunciada por boca de un varón justo, ablandó en breve tiempo aquellos corazones, al parecer imposibles de convencer.

Por obra de la gracia de Dios y por el mérito de las fatigas del apóstol, la esperanza del futuro germinó pronto en un tronco considerado seco e infructuoso. El *debtera* que tenía como maestro, era experto en materias lingüísticas, litúrgicas y morales. Justino había convocado una reunión, y en ella articuló las expresiones más afectuosas hacia los cristianos de Etiopía. El *debtera* fue tocado por la palabra de Dios y por la devoción de Justino. Concluida la reunión, el *debtera* exclamó: “Este sacerdote que ha hablado merece ser nuestro padre”¹³.

Esta expresión del *debtera* suena muy extraña, pero podría compararse con lo que dice Jesús a sus discípulos: “Es algo imposible para los hombres, pero posible para Dios”¹⁴. Humanamente hablando era muy difícil, por no decir imposible convencer a un fariseo encallecido en sus nociones doctrinales. Pero no es así para la divina Providencia. Cambiando la actitud de aquel maestro de canto (*debtera*), el Señor preparaba su viña para que diese fruto a través de la acción pastoral del prefecto apostólico.

3. La bendición de Dios refuerza la devoción de san Justino

No era cosa fácil tratar directamente las cuestiones dogmáticas, dialogar sobre los sacramentos, tomando por base la doctrina católica. Sin embargo, era preciso

¹¹ Diario de san Justino, Frascati (RM), Roma 1975, p. 79.

¹² Lucatello-Betta, *Justino De Jacobis*, CEME 1976, p. 51.

¹³ *Ib.*, p. 75.

¹⁴ Mt 19, 26.

tratarlas. Pero el primer año de su estancia, el prefecto apostólico prefirió entregarse al estudio de la lengua y de la cultura. Se entregó todavía más, y de modo particular, a la oración. Dedicaba parte de su tiempo a la celebración de la santa misa, ocultamente en su casa, y pasaba otra parte de él en el interior de la iglesia ortodoxa, después que había concluido en ella la celebración de sus funciones.

La santa misa, celebrada a escondidas en su casa, no podía menos de ser bien acogida por el Padre, quien deseaba así renovar el corazón de los futuros discípulos de san Justino. También la oración que se hacía en el interior de la iglesia ortodoxa era escuchada por Jesucristo, el cual iba con frecuencia, según nos refieren los evangelios, al Pórtico de Salomón.

Justino, que comenzó a ejercitar la caridad, cuidando a los enfermos, alimentando a los pobres, visitando a los ancianos, fue transformando su diminuta morada en un lugar de fraternidad. Todos cuantos le visitaban, personas de diversa cultura y clase social, quedaban fuertemente impresionados por la caridad y la humildad del prefecto apostólico. Estas actividades, típicamente vicencianas, eran más que suficientes para revelar su bondad paternal hacia todos cuantos se le aproximaban¹⁵. Cuantos eran curados y servidos quedaban, no sólo sorprendidos, admirando su caridad y su bondad, sino que iban y lo contaban a otros. Poco a poco se comenzaron a hacer preguntas. Las mentes, y sobre todo los corazones comenzaron a abrirse. De este modo tenían en su poder la llave del corazón de Justino. Luego, venían a verle diversas personas, que permanecían a su lado y tomaban parte en su vida diaria. Así se formó una pequeña comunidad católica en derredor del prefecto apostólico. Él hacía de todo, para que por razón de aquella comunidad en formación no se rompiera la relación amistosa de los doctos ortodoxos.

El prefecto apostólico hizo todo lo posible por evitar las disputas doctrinales y dogmáticas. En lugar de eso, se atrajo a personas cultivadas de la Iglesia Ortodoxa y las puso a enseñar el *Fidel Hawariat* y el *Ziema* o canto litúrgico, como también el *Kene*, composición iconográfica eclesial¹⁶. Se reservaba para sí la enseñanza del catecismo. Ciertas personalidades doctas de la Iglesia Ortodoxa, contrarias a la presencia de Justino entre ellos, tuvieron ocasión de observar el contenido de su enseñanza del catecismo, al igual que su comportamiento moral. No hallaron en él cosa alguna censurable. Su enseñanza armonizaba perfectamente con las tradiciones doctrinales y litúrgicas que ellos sostenían.

Otra cosa que observaron los doctos ortodoxos fue la bondad paternal y la servicialidad caritativa que el prefecto apostólico brindaba a todos. Esta actitud indujo a diversas personas a formar parte de la pequeña comunidad que se había ido formando en torno a él. Llegado el momento oportuno, y con gran cautela, Justino exponía la historia eclesiástica y explicaba a sus oyentes la doctrina católica. Después que lo había explicado todo, concluía diciendo: “Hijos míos, seguid aquello que os parezca la verdad”.

Diversos varones doctos, sacerdotes y diáconos, comprobando la humildad De Justino, decidieron abandonar la Iglesia Ortodoxa y contarse definitivamente entre los seguidores del prefecto apostólico.

Pero sus adversarios, exacerbados a la vista del crecimiento de su comunidad, comenzaron a alarmarse y a perseguirle. El prefecto apostólico vio el peligro y decidió trasladar una parte de aquella comunidad a Entichó, pequeño centro 20 Km. al este de

¹⁵ Abba Teklehaimanot, *La vita di Giustino De Jacobis*, Adua, p. 161.

¹⁶ *Ib.*, p. 305.

Adua¹⁷. Aquí fue surgiendo la cofradía católica que dirigía un sacerdote convertido y maestro de canto. El prefecto apostólico permaneció en Adua otros cinco años. Después, en mayo de 1845, dejando allí algún sacerdote y diáconos para servir a la comunidad, él mismo, acompañado por la mayoría de sus eclesiásticos, sacerdotes y diáconos, se trasladó a Gualá, en la periferia de Addigrat. Al llegar allá, se le presentaron varias aldeas de los *Sasih*, guiados por sus sacerdotes, y se manifestaron dispuestos a adoptar la fe católica. Asimismo muchos monjes, impresionados por la piedad de Justino en las frecuentes visitas a sus monasterios, decidieron seguirle sin vacilación.

El prefecto apostólico permaneció dos años en Gualá y, pese a los múltiples estorbos que le pusieron las autoridades civiles y religiosas, su rebaño aumentó con los muchos miembros que le atraía la bendición de Dios. Persistía aun así la escasez de sacerdotes que asistieran a la comunidad de Justino, en continuo crecimiento. Justino rogó mucho al Señor que enviase obreros a su mies, y al mismo tiempo procuraba suscitar vocaciones en su comunidad. El Señor no tardó en escucharle. Supo que llegaría en breve un nuevo vicario apostólico para el sur de Etiopía. Era éste Monseñor, luego Cardenal, Guillermo Massaia. Había sido consagrado obispo en Roma el 24 de mayo de 1846. A finales de aquel mismo año, llegaba a Gualá, acompañado de cuatro colaboradores. Aquí permanecería casi dos años. En este lapso de tiempo, Monseñor Massaia celebró ordenaciones al menos dos veces. Quince candidatos de Justino recibieron las sagradas órdenes. Estas ordenaciones dejaron profunda huella en el corazón de la pequeña comunidad de Justino e incrementaron la veneración y el respeto hacia él.

Oigamos cómo se expresa la veneración hacia el hombre de Dios que la Providencia había enviado.

4. Primeros testimonios

Durante el primer año de su residencia en Adua, Justino distribuía de modo habitual la Medalla Milagrosa a cuantas personas encontraba, y explicaba que María es Madre de Dios y Madre de todos los que creen en Cristo. Hacía además, en nombre de María, muchas obras de caridad. Sus interlocutores no se contentaban con lo que el prefecto apostólico explicaba sobre María, sino que observaban además muy atentamente cómo la veneraba y oraba a ella. Así es como le dieron el nombre de *Abba Yakob Zemariam*, es decir *Padre Jacob de María*.

Nos suministran otro testimonio los que estuvieron durante años bajo su dirección y le siguieron hasta el momento de la muerte. He aquí lo que escribían desde Gondar el 27 de julio de 1854:

Salud a nuestro Padre Justino de parte de sus hijos, arrebatados, por la misericordia divina, a las tinieblas del cisma y de la apostasía. Que el amor de María, Madre de Jesús, crezca en usted y en nosotros. Así sea. Quedamos muy confortados por el mensaje que nos hizo llegar. Pero, ay, nos unimos a usted en la presente angustia, sabedores de lo que supera al dolor del cuerpo el dolor del alma. Son sufrimientos más duros que las cadenas con que se carga a la carne, cuando éstas se comparan con la zozobra y ansiedad que oprimen el corazón¹⁸.

¹⁷ Ib., p. 334.

¹⁸ S. Pane, o.c., p. 790.

Esta carta se escribió desde la lóbrega y dura prisión en la que estaban sus hijos. Ellos soportaban todo aquel sufrimiento, y le enviaban un mensaje lleno de esperanza y de afecto, manifestándole de ese modo toda la grandeza y la profundidad de su amor filial.

El P. Poussou, asistente general, vuelto de su visita a la misión de China, llegó a Halai a finales de 1851. Era una de las estaciones de Justino en la altiplanicie eritrea. El P. Poussou expresaba su admiración en estos términos:

Monseñor De Jacobis en particular, parece destinado a hacer un gran bien en este país, y es convencimiento mío que si Dios ha decidido compadecerse del pueblo abisinio, Monseñor De Jacobis va a convertirse en el instrumento de su misericordia¹⁹.

Y Monseñor Massaia, a quien había impresionado la vida espiritual de nuestro santo, añade:

Aun pasados 35 años, podría yo hacer relación de todas las pláticas que oí entonces, tal fue la impresión que causaron en mí, lo mismo que en otros... Ver a aquel hombre, siempre grave y al mismo tiempo complaciente, frugal, sencillo, vestido con decoro, pero pobremente, cuyas maneras corteses eran además caritativas, cuya conversación pronto hallaba un tema edificante, inseparable de sus discípulos, a los que trataba con la suave autoridad de un padre y con la familiaridad afectuosa de un hermano, siempre con ellos en los trámites y en los quehaceres, en las comidas, en la oración; el verle celebrar la santa misa como un extático, asistir a las devociones en común con un recogimiento y una piedad propia de ángeles; en suma, verle vivir una vida en la que se daban la mano la soledad del anacoreta y el celo del apóstol: todo ello era para nosotros un sermón viviente²⁰.

Estas declaraciones revelan la verdadera sintonía entre el padre y los hijos, entre el maestro y los discípulos. De éstos no hubo muchos con la preocupación de poner por escrito su admiración y de articular su profunda adhesión a Justino. De haber sido así, nos habría cabido el gozo de ver impresos sus sentimientos más tiernos hacia él. Por lo demás, la sola designación de *Padre* bastaría para hacernos comprender la honda adhesión y reverencia que sentían por Justino.

Abba Teklehaimanot el joven, que fue su primer biógrafo, hace relación de las virtudes y total entrega a Dios de Justino, y sencillamente demuestra que todos, mientras vivieron, estuvieron convencidos de la estatura espiritual y de la entrega de este hombre al servicio de la Palabra y del prójimo.

5. El respeto y la devoción a san Justino en el ambiente eclesiástico

Apenas muerto Justino De Jacobis, casi todos sus discípulos, seguros de su fama de santidad, ansiosamente esperaron el proceso de beatificación. Pese a que se requería un lapso de tiempo entre su muerte y la introducción de la causa, ellos comenzaron luego a referir los milagros que se sucedían uno a otro. De este modo, haciendo caso omiso del curso normal del proceso eclesiástico, comenzaron a profesar

¹⁹ Ib., p. 709.

²⁰ Ib., pp. 585-586.

a Justino una devoción, cual era la de sus corazones y sentimientos. Esta devoción se ha transmitido de una generación a la siguiente hasta nuestro tiempo. Antes que llegasen a Eritrea y Etiopía nuevos misioneros y misioneras, ya el clero diocesano y los seminaristas habían absorbido esta tradición, y propagaban por el país, en todas direcciones, su fama de santidad.

Después de la beatificación, diversas comunidades religiosas se establecieron, tanto en Eritrea como en Etiopía. Y era habitual que muchos, antes de emprender sus fundaciones, acudieran en peregrinación a Hebo, donde está la tumba de san Justino, para implorar su intercesión por el éxito de la empresa.

Todavía hoy esa tumba es una de las pocas metas de peregrinación en toda Eritrea, y lo será el día de mañana, aunque tal vez no con igual auge, en el norte de Etiopía. Reciben a los peregrinos los Padres de la Congregación de la Misión y las Hijas de la Caridad, que están establecidos junto a la tumba de san Justino desde 1947.

Es costumbre que los sacerdotes diocesanos hagan los ejercicios espirituales anuales y tengan sus reuniones pastorales allí en Hebo, donde reposan los restos mortales del santo. El lugar, por otra parte, se presta mucho al silencio y al recogimiento.

6. La devoción y el respeto del pueblo

El prefecto apostólico murió en el valle de Aliguede, a la vera del torrente Haddas, en la subida hacia Halai. Y se cuenta que cuando expiró, hubo una contienda sobre la elección del lugar de la sepultura. Todos lo querían tener.

El P. Delmonte, vicario del fallecido prefecto, con el apoyo del cónsul francés en Massaua, ordenó que se le hiciese llegar el cadáver, para enterrarlo en Moncul-lu, uno de los lugares donde Justino había vivido. El agonizante tuvo a su cabecera a los sacerdotes y a los monjes, transidos de dolor por la muerte del que era para ellos un padre. Estos estaban dispuestos a transportar el cuerpo hasta Hebo, como también hasta Moncul-lu, según deseo del P. Delmonte. Prontamente mandaron recado a la gente de Hebo, para que viniese a transportar el cuerpo y para que preparase el lugar de la sepultura. Todos, fuesen los de Hebo o los de Halai, hombres y mujeres, salieron precipitadamente en busca del cuerpo de su padre y pastor. Llegados al lugar donde yacía el cadáver, después de largo y doloroso llanto, comenzó la disputa sobre a dónde y cómo transportarlo. Los de Hebo, apoyados por los sacerdotes y monjes allí presentes, se enfrentaron a los Halai y consiguieron apoderarse del cuerpo para llevarlo a Hebo, donde lo sepultaron a pocos metros de la pequeña iglesia del pueblo. Era el viernes 3 de agosto de 1860. Así se cumplió el deseo del santo, quien estando aún en vida, manifestó su voluntad de ser enterrado en Hebo.

Los misioneros vicencianos, muy conscientes de las virtudes y santa vida de Justino, hicieron diversos intentos de transportar sus restos mortales a Italia. Pero la gente de Hebo se opuso a esta decisión diciendo:

Abuna Yakob es nuestro padre. Y el lugar del padre está en medio de sus hijos. Él nos engendró en la fe. Él nos ama a nosotros, y nosotros le amamos a él. Y prueba de este amor es su última voluntad. Pidió reposar en medio de nosotros. Nadie puede violar el deseo de un moribundo. Es nuestro, y nosotros somos suyos, y le custodiaremos.

Monseñor Biancheri replicó:

Sí, un padre debe reposar en medio de sus hijos, pero una madre también tiene derecho al cuerpo de su hijo, y la Congregación es la madre de Abuna Yakob. Nosotros somos sus hermanos. ¿Es justo que resistáis al deseo y a la voluntad de la madre?

Pero los de Hebo siguieron firmes en su actitud, y no permitieron que los restos mortales del santo fuesen llevados por los misioneros. Monseñor Biancheri, comprobada la firme decisión del pueblo de Hebo, tuvo que ceder, y procedió a escoger las personas que debían custodiar día y noche los despojos mortales del padre.

En 1871, el emperador Juan IV de Etiopía, enfurecido contra la presencia de los misioneros vicencianos, ordenó poner fuego a todas las iglesias católicas en su reino, y también a todas las casas de los misioneros. El pueblo de Hebo, al oír que los soldados incendiaban todas las iglesias del contorno, y temerosos de perder los restos de su amado padre, los exhumaron ocultamente y transportaron las preciosas reliquias a lugares más seguros, depositándolas en una de las cavernas del llamado *Zelim Emni*, una de las montañas que dominan Hebo. Cuando se aplacó la tormenta, las devolvieron a la pequeña iglesia, donde siguen siendo celosamente custodiadas.

Conclusión

Además de lo hasta aquí dicho sobre el respeto y la devoción a san Justino, podemos concluir añadiendo que, ya sean los eritreos o ya los etíopes, acostumbran a hacer dos cosas: lavarse dos semanas consecutivas con agua bendecida bajo la advocación de san Justino junto a su tumba; y tomar un pellizco de tierra de la tumba donde fue enterrado por primera vez. Con estas dos acciones, los devotos están seguros de sanar de cualquier enfermedad que hayan contraído. Parece algo absurdo. Sin embargo, es lo que hacen los devotos de san Justino, y se sienten curados. De ahí que la tumba del santo en Hebo siga siendo meta de peregrinaciones. Asimismo en tiempos de calamidad y de guerra: es allí, junto a aquella tumba, adonde van muchos para encomendarse a su protección. Allí también se acude en épocas de sequía, implorándole que interceda para que haya lluvia. Muchos, ignorando la historia y a impulsos de una fuerte devoción y amor, creen que san Justino es abisinio, es decir, uno de ellos. Hasta tal punto es fuerte su devoción, amor y admiración por este hombre de la Providencia, que dicen: “No puede haber sido un *ferenyi*”.

Dicen también:

Sí, Dios envió a Jesucristo para salvar a la humanidad. Pero ese mismo Dios envió además, en Cristo Jesús, a san Justino, para salvar al pueblo abisinio. San Justino se hizo todo abisinio a fin de ganar a los abisinos para Dios.

He aquí lo que piensan y creen profundamente, hondamente. Que hoy también obtenga san Justino para este pueblo al que tanto amó paz y reconciliación.

(Traducción: LUIS HUERGA ASTORGA, C.M.)

Escritos editados e inéditos de San Justino De Jacobis

por Giuseppe Guerra, C.M.
Visitador de Nápoles

S. Justino ha escrito mucho. Pero mientras que del primer período de su vida, que pasó en su país (1800-1839), sólo tenemos numerosas cartas, del período más difícil de su vida, durante la misión en Abisinia (1839-1860), tenemos, en cambio, páginas y páginas que él escribió, a pesar de la falta absoluta de toda comodidad, de facilidades y de instrumentos, pero impulsado por la urgencia apostólica.

Las biografías de Justino De Jacobis, hablando de sus escritos, precisan en seguida que éstos son todos ellos inéditos ¹, a excepción del *Catecismo amárico*, que fue impreso en Roma, a cargo de Propaganda Fide, en 1850. Este año, con ocasión del 2º Centenario de su nacimiento, la Provincia de Nápoles se ha encargado de la impresión del *Diario*, y lo ha publicado como primer volumen de los Escritos, que quiere publicar sucesivamente.

Damos una lista de todos estos *Escritos*, con algunas anotaciones que pueden ayudar a comprender su contexto y valor.

1. El Catecismo

El título del catecismo en amárico (la cubierta está en italiano), publicado en Roma es:

Doctrina cristiana en lengua amárica para uso de los católicos abisinios, compuesta por Mons. De Jacobis, Vicario Apostólico de Abissinia, y Obispo de Nicópoli (sic), y por el Sr. Biancheri, lazarista y misionero apostólico en Abisinia. Impreso en Roma, a cargo de la S. Congreg. de Propaganda Fide, bajo los auspicios de S.E. el Cardenal Franzoni (sic), Prefecto de dicha Congreg. de y S.E. Mons. Barnabó, Secretario de la misma Congreg. (sic). Roma, impreso en la tipografía de la S. Congreg. De Propaganda Fide, 1850.

Las fuentes para conocer el libro son:

¹Cf. L. BETTA, *Spigolando fra gli scritti di Giustino De Jacobis*, en *Annali della Missione* 82 (1975) pp. 26-46. El estudio se encuentra también en L. BETTA, *Comunicazione circa le principali biografie di San Giustino De Jacobis*, en *Atti del Convegno di Studi (3-4 oct. 1987), nel 12º anniversario della canonizzazione di S. Giustino De Jacobis*, Valsele Tipografica, Napoli, 1989, pp. 152-165.

- el *Elenchus Scriptorum*, de la *Positio super Introductione Causae*, 1904, y el de la *Positio super virtutibus*, 1931, número 162, preparados para la causa de la beatificación;
- la *Bibliotheca Missionum* (a cargo de R. Streit, Omi), en el volumen XVII, Verlag Herder, Friburgo 1952, lo cita en la p. 429, bajo el n.º. 6799;
- *Vincentiana* 37 (1993) pp. 560-593. Bajo el título: *Il testo italiano del 'Catechismo amárico' del De Jacobis*, hemos publicado el texto italiano que hemos encontrado en Propaganda Fide y que no consideramos tanto una traducción italiana como el texto base que ha servido para el trabajo en amárico;
- el Archivo de Propaganda Fide², en el cual encontramos, unido al manuscrito amárico, el texto en italiano con el *Imprimatur*.

El largo título da a entender que el libro fue compuesto por De Jacobis con la colaboración de su cohermano Biancheri³, que después el mismo De Jacobis ordenó Obispo y que se convirtió en su sucesor como Prefecto Apostólico en Abisinia.

Ayuda y colaboración ciertamente De Jacobis recibió de su discípulo Ghebra-Michaël. Hablando de él (Cf. *Diario* VI, 48, pag. 984), dice que *una buena parte de las versiones hechas por el Sr. Biancheri del Catecismo, de la Teología Dogmática y Moral en ghez, son obras efectuadas bajo su dirección*⁴.

Los testigos en el proceso de beatificación han contado cómo el santo por la tarde explicaba el catecismo y trabajaba junto a sus colaboradores en la traducción de los textos⁵.

Al P. G. Guarini, el 12 de abril de 1840 (Lettres, Vol. II), De Jacobis escribe:

la vigilia de la fiesta de S. Juan Crisóstomo di principio a los pequeños catecismos por primera vez a sólo diez personas, y que espero deben ir

²*Scritture riferite nei Congressi, Etiopia Arabia*, V, 205-169

³Nacido en Borghetto (Ventimiglia) el 31 de diciembre de 1804, murió en Massawa el 11 de septiembre de 1864. Fue ordenado Obispo en Halai el 2 de octubre de 1853: cf. E. LUCATELLO - L. BETTA, *L'Abuna Yacob Mariam* (S. Justino De Jacobis), Roma, 1975, pp. 220-221.

⁴*Positio super Introductione Causae*, Roma, 1902. Cf. *Summarium*, pp. 15, 24, 39.

⁵Ibid. pp. 291, 309. Cf. también Carta al P. Etienne, 26 de abril de 1840 (Archivo de la Curia General, Roma, *Lettres Manuscrites de Mgr. De Jacobis*, vol. II); S. PANE, *Vita del Beato Giustino De Jacobis*, Napoli, 1949, p. 303; ABBA TÉCLA-HAIMANOT, *Abouna Yacob*, París, 1914, p. 16.

umentando siempre más de día en día. La traducción que he efectuado en amárico me ha dado gran alegría ⁶.

De Jacobis conocía ciertamente el amárico, y también el *ghez* (lengua clásica y litúrgica) y el *tigrino*: había dedicado tiempo y fatiga al estudio.

Al final del manuscrito, una apostilla dice que es de Montuori⁷: *Traducción abisinia del catecismo hecha por el misionero Montuori*. Pero confrontando la caligrafía (cf. por ejemplo una carta del 19 de diciembre de 1839⁸), parece que la nota no es de su mano, sino más bien de Biancheri (cf. los documentos de este tipo en Propaganda Fide, *Scritture riferite nei Congressi, Etiopia Arabia*, V). Además, la carta del consultor que ha preparado el *nihil obstat*, dice al comienzo⁹: *Comuniqué, por tanto, mis reflexiones al óptimo Sacerdote... el cual, con toda amabilidad y solicitud, renovó la fatiga y redujo a un estado mejor el catecismo italiano...;* pero poco antes se había hablado propiamente de Biancheri.

*Los autores*¹⁰ hablan de traducciones existentes, pero no es exacto.

Por lo que se refiere al tigrino, los varios catecismos existentes en esta lengua no son una traducción del catecismo de De Jacobis.

Una presunta traducción en oromo (lengua gala) está mencionada por S. Pane, a quien después se refiere Betta¹¹:

...dicho Catecismo lo hemos encontrado traducido en lengua oroma (gala), ampliado con añadiduras de otras oraciones, titulado así:

⁶Cf. también: *Diario I*, 55: *Ministero 26 enero 1840. La vigilia de S. Juan Crisóstomo y un día antes de la conversión de S. Pablo comienzo a dar el catecismo en lengua amárica a un grupo de diez personas. Con máxima ignorancia, especialmente en las mujeres, sobre casi todos los puntos de la Doctrina Cristiana. El más instruido me dijo que hay tres dioses.*

⁷Nacido en Praiano (Salerno) el 17 de octubre de 1798, muere en Nápoles en 1856. Viajó a Roma con Biancheri en 1848. Noticias en E. LUCATELLO - L. BETTA, *Abuna Yacob Mariam* (S. Justino De Jacobis), Roma, 1975, p. 222.

⁸En el archivo de la Curia General de la Congregación de la Misión, Roma.

⁹*Scritture riferite nei Congressi Etiopia Arabia*, V, 181.

¹⁰L. BETTA, *Spigolando fra gli scritti del Beato Giustino De Jacobis* en *Annali della Missione* 82 (1975), p. 29. También *Bibliotheca Missionum* (R. Streit, Omi), 1953, Verlag Herder Friburgo XVIII, p. 735, dice: (*Ghebra-Michaël*) *Écrivit avec Mgr. De Jacobis un catéchisme dans les trois dialectes abyssins, le ghez, l'amharique et le tigréen*; y cita a P. COSTE, *Ghebra-Michaël*, en *Annales de la Congrégation de la Mission* 91 (1926), pp. 512-548 que, en efecto, en la p. 533 dice, *Il écrivit, de plus, avec ce dernier (Mgr. De Jacobis), un catéchisme dans les trois dialectes abyssins: le ghez, l'amharique et le tigréen*. También está citado B. COULBEAUX, *Vers la Lumière. Le Bienheureux Abba Ghebra-Michaël*, en la p. 157, habla de un libro de Ghebra-Michaël: *Ce fut d'abord un livre ayant pour but de présenter la religion catholique de la manière la plus simple et la plus claire...*; pero se trata de otra obra. De hecho, Coulbeaux concluye: *Ce livre écrit en amrigna, en gheez et en tigrigna, ne nous est pas parvenue.*

¹¹L. BETTA, *Spigolando fra gli scritti del Beato Giustino De Jacobis* en *Annali della Missione* 82 (1975) p. 29.

*Katechismos Joki Barsisa Nama Kristian, Bija Oromo Gedeti. Abuni Jakobi, Aba Kitabe*¹².

En realidad, se trata del catecismo de Mons. Taurin Chagne, sucesor de Massaia en 1881, autor de otras obras en lengua oromo, y que era llamado también Abuni Jakobi¹³.

De hecho no hemos encontrado traducciones del catecismo amárico de Justino De Jacobis. Pero quizás el origen del malentendido está propiamente en la idea inicial del mismo De Jacobis, que en una Carta a Mons. Cadolini, Secretario de Propaganda, el 7 de mayo de 1840¹⁴ había hablado no sólo del amárico:

Había pensado aún remitirle en sus manos una versión ya efectuada de la Doctrina Cristiana del Cardenal Belarmino en la lengua amárica y tigrina, pero puesto que no tengo si no un sólo ejemplar del que me sirvo para las misiones, que he iniciado ya por la gracia del Señor; y todavía más, porque, antes de expedir tantos papeles, que podrían ser juzgados de inútiles por los Sabios, estimando bien atender Su aviso, me he abstenido de hacerlo.

El Catecismo está dividido en *Doctrina para todos los cristianos* (los misterios principales de la fe y las oraciones fundamentales del cristiano) y *Explicación de la Doctrina de los cristianos* (que vuelve a tomar la exposición precedente, pero de una manera más articulada y amplia, en cuatro partes: el credo, los sacramentos, los mandamientos y el Padre nuestro).

Sr. Micael Neghesti, HC, ha hecho de él un comentario¹⁵, subrayando cómo De Jacobis se revela pionero de la moderna inculturación.

2. El Diario

En el bicentenario del nacimiento de Justino De Jacobis (9 de octubre de 1800), y también el 25 aniversario de su canonización (26 de octubre de 1975), la Provincia de Nápoles ha preparado la publicación del Diario (1839-1860), escrito por él durante los años transcurridos en Abisinia hasta su muerte.

¹²S. PANE, *Vita del Beato Giustino De Jacobis*, Nápoles, 1949, p. 903.

¹³Cf. M.L. MAZZARELLO - NEGHESTI MICAEL, *Giustino De Jacobis. Inculturarsi per comunicare*. LAS, Roma, 1997, p. 75, n.º.29.

¹⁴En el *Diario* (I, 143) encontramos la minuta de la carta, fechada el 7 de abril de 1840: *había pensado remitirle esta doctrina traducida en amárico y en el idioma tigrino, que son dos lenguas en efecto diversas, y las dos lenguas son habladas por todos; pero me he decidido a atender, Monseñor, su aviso. Cuando Ud. estimara que los ejemplares de la misma traducción, multiplicados y difundidos por las manos de todos, podrían ser ventajosos a la Misión de Etiopía, le mandaría enseguida los manuscritos.*

¹⁵M.L. MAZZARELLO-NEGHESTI MICAEL, *op. cit.*

El *Diario*, o más bien *Il Giornale*, como De Jacobis lo llama, es la crónica que el santo misionero escribe según el uso de la Comunidad¹⁶. Es sorprendente notar cómo y cuándo el santo misionero encontró la posibilidad de anotar sus observaciones y sus recuerdos, teniendo en cuenta la carencia de comodidades e instrumentos; la escritura no es fácil y, por tanto, no lo ha sido tampoco la transcripción. Ciertamente el *Diario* no estaba destinado, en la intención del autor, al gran público, sino a sus sucesores que hubieran podido así aprovechar la experiencia de la misión. En muchas ocasiones se trata de apuntes, o de minutas de cartas, de anotaciones o de documentos. Originariamente se debía tratar de fascículos y de quinternos, reunidos después, no sabemos precisamente cómo, en 6 volúmenes encuadernados. Teniendo en cuenta todo ello, la cronología desde 1849 hasta 1860, año de la muerte de Justino De Jacobis, procede ordenadamente, salvo algún salto o inversión que en la edición¹⁷, preparada en un solo volumen, dividido en 6 partes, ha sido puntualmente anotada.

Al inicio del primer volumen encontramos explicado cómo el volumen se encontraba en aquel momento en París (el texto está en francés):

Ce volume vient de Naples. M. de Dominicis l'envoie (aout 1893) en disant que Mgr. Spaccapietra l'avait soustrait à Mgr. De Jacobis. (Este volumen viene de Nápoles. El Sr. De Dominicis lo envía en agosto de 1893, diciendo que Mons. Spaccapietra lo había sustraído a Mons. De Jacobis).

También, al inicio del tercer volumen, una nota inicial añadida dice que el primer volumen:

se encuentra en posesión del Sr. Vincenzo Spaccapietra, sacerdote de la Congregación de la Misión en Nápoles. El segundo está en la biblioteca de los sacerdotes de la Congregación (sic) de la Misión en Adowa, Abisinia.

Mons. Bel, en su *Diario* en francés, el 11 mayo de 1866, cuenta que:

Mr. Mille, francés, habitante en Massawa desde hace algunos meses y entrado de nuevo en Egipto a bordo del Victoria, ha tomado en custodia nuestra correspondencia y, además, 5 fascículos del 'giornale' de Mons. De Jacobis, a partir del año 1843 hasta el año 1860, con algunos de sus discursos que he enviado a Mr. Devin, Secretario General, autor de la

¹⁶Al inicio del I Volumen encontramos en efecto escrito: *Congreg. Missionis Ad usum De Jacobis Justini 1839.*

¹⁷G. DE JACOBIS, *Scritti*, Vol. I, *Diario*, CLV, Roma, 2000, Prefacio del P.R. Maloney, Introducción del P.G. Guerra.

biografía de este santo Prelado, que me había pedido estos papeles, que el conservará en los archivos de la Casa Madre.

Naturalmente, durante la causa de beatificación y de canonización, los volúmenes han estado a disposición del Postulador General, en Roma (Cf. *Positio super Introductione Causae*, 1902). Después, los originales han vuelto a Nápoles.

El *Diario* constituye una fuente preciosa para el conocimiento de la vida y de la espiritualidad del santo misionero; a menudo es una fuente indispensable, porque es única. Podemos recordar la conmovedora despedida y el saludo a los cohermanos Sapeto y Montuori en Axum (I, 17 ss, pp. 38-43.); el recuerdo que hace el 11 de sept. de 1842 del segundo aniversario de la muerte de J.G. Perboyre (II, 125, p. 378); su devoción y difusión de la Medalla Milagrosa, iniciada después de las apariciones en París, en 1830 (IV, 39, p. 792; IV, 55, p. 806; V, 15, p. 965; 108, p. 1021). Y podemos recordar, sobre todo, los famosos Discursos (I, 84 ss.), el primero de los cuales ha sido recogido en la *Liturgia de las Horas*, en el día del santo (30 de julio).

3. Epistolario

Las cartas son muy numerosas, y la Provincia de Nápoles, como ya hemos dicho, se ha encargado de su publicación, a manera de 2º volumen de los *Escritos*. Solamente algunas de ellas, en efecto, han sido publicadas en “*Annales de la Congregation de la Mission*” (Cf. 11 (1846) 59-71; 72-80; 12 (1847) 286-321), pero el texto se encuentra con recortes y añadiduras. En el “*Bollettino Giustino De Jacobis*”, de Nápoles, (de los años 1933-1935), encontramos publicadas 23 cartas. Últimamente *Annali della Missione* (106 (1999) 251-255), ha publicado la carta del 2 de febrero de 1847 al Prefecto de Propaganda Fide.

Podemos destacar varios grupos:

- *Cartas manuscritas de Mons. De Jacobis*

Se trata de dos volúmenes encuadernados sin una numeración coherente, que se encontraban en el Archivo de la Curia General, en París hasta 1964, y ahora en Roma, de los cuales el primero tiene 148 cartas, casi todas a la Señora Elena De Antoglietta, de los Marqueses de Fragagnano (Taranto), escritas entre 1826 y 1839. El segundo volumen tiene 280 cartas dirigidas al P. General, al Procurador General y a otros, escritas hasta 1860. Un índice se contiene en la *Positio super Introductione Causae*.

Un grupo de otras quince cartas, dirigidas a diversas personas, no encuadradas en estos dos volúmenes, se encuentran en el Archivo de París.

- *Cartas a Propaganda Fide*

Contenidas en el Archivo Histórico de Propaganda Fide¹⁸, son numerosas cartas enviadas al Dicasterio de la S. Sede de quien dependía De Jacobis. Una copia manuscrita de unas setenta de ellas se encuentra en la Postulación General de la C.M, en Roma.

- *Cartas conservadas en el Archivo de Estado de Nápoles*

Dirigidas Al Rey Fernando II y al Gobierno de Nápoles¹⁹.

- *Cartas conservadas en el Archivo de la Provincia Napolitana de la Congregación de la Misión*

Se trata de 22 cartas, escritas entre 1833 y 1841, que están dirigidas a la Señora Giuseppina Vernaleone (que llega a ser después clarisa en el monasterio de S. Chiara di Galatina); una copia autenticada por la Curia de Lecce se encuentra en la Postulación General de la C.M., en Roma.

- *Cartas a la Obra de la Propagación de la Fe de Lyon*

Algunas de ellas están publicadas, durante varios años, en los *Annali della Propagazione della Fede*.

- *Cartas del Archivo del Ministerio de Asuntos Exteriores en París*

S. Pane, en su biografía²⁰, nos da una lista.

4. Libro Litúrgico

Al final del primer volumen del *Diario* se han introducido 160 páginas tituladas: *Introducción del libro litúrgico etiópico*. Se trata de una traducción italiana de la liturgia ghez, acompañada de frecuentes anotaciones, en las que De Jacobis hace un comentario interesante.

¹⁸*Scritture riferite nei Congressi, Etiopia Arabia.*

¹⁹L. BETTA, en *Spigolando fra gli scritti di Giustino De Jacobis*, en *Annali della Missione* 82 (1975) p. 28, dice que se encuentran en el Archivo de Estado de Nápoles, pero no les hemos encontrado ni en el Archivo Borbone, ni en el Ministerio del *Ecclesiastico*, ni en el *Fondo Esteri*.

²⁰S. PANE, *Vita del Beato Giustino De Jacobis*. Nápoles 1949, p. 855 n.º.3.

El santo misionero había así cumplido el deber de responder a la invitación de Propaganda Fide de construir un cuadro satisfactorio de la situación litúrgica que había encontrado en Abisinia.

5. Obras de teología en amárico o en ghez

Los biógrafos²¹ hacen un elenco de varias obras, compuestas por De Jacobis con sus colaboradores italianos e indígenas:

- *Misal Etiópico*, con traducción y comentario;
- *Ritual Etiópico*, con traducción y comentario;
- *Teología Moral* en ghez;
- *Historia de las herejías*, en amárico;
- *Cronología de Abu-Sakir*.

Por lo que se refiere a los dos últimos escritos, S. Pane cita a M. Chaine, *Catalogue des manuscrits ethiopiens ecc.* Pienso que se trate del *Catalogue des manuscrits ethiopiens de la collection Antoine D'Abbadie*, París 1912. Efectivamente, en el *Catalogue* se encuentra la descripción de un manuscrito de Mons. De Jacobis y de un sacerdote abisinio, Ghebra-Michaël, que contiene la exposición de las principales herejías: después de un prefacio hay dieciséis capítulos. Para el otro manuscrito, *Cronologia...*, S. Pane anota que ha sido ofrecido al S. Padre Pío XI, con ocasión de la beatificación de Ghebra-Michaël²², precisamente como obra del mismo Beato.

Los susodichos biógrafos afirman que tales traducciones deberían encontrarse en el Archivo de Propaganda Fide, pero las indicaciones no son precisas. Pensamos que la base de su argumentación se encuentra en las mismas afirmaciones de Justino De Jacobis, esparcidas en su *Diario* y sus cartas. Por ejemplo, en el *Diario* (I, 300, pag. 206), dice:

El estudio de la lengua, de la liturgia etíope y de la controversia, propia de los abisinios, ocupaban todo el tiempo disponible...El conocimiento del vocabulario amárico había crecido entonces, y crecieron las disertaciones de liturgia, el dialogo Amara histórico-dogmático y la versión amárica del Catecismo del Cardenal Belarmino.

En el n. 30 del *Diario* había expresado un proyecto:

El trabajo más útil para el catolicismo en general y para el bien de los protestantes al que puede aplicarse un misionero abisinio, sería aquel de

²¹L. BETTA, op. cit. y S. PANE, op. cit., p. 902, n.1.

²²Cf. *La cronaca della solenne cerimonia* en *Annali della Missione* 33 (1926), p. 286.

hacer ver que estos heréticos han casi conservado la fe en todos los dogmas que han sido negados por ellos. La traducción de los libros litúrgicos, de la que espero poderme ocupar, sería el modo fácil, rápido e incontestable de aportar este servicio a nuestra Madre y de conseguir ventaja sobre los hermanos alejados de nosotros. (pág. 44).

En una carta al Cardenal Prefecto de Propaganda Fide²³ (Diario I, 226-227) decía:

Expido para S.E. un pliego que contiene una disertación sobre la liturgia etíope: un Diálogo Histórico Dogmático en lengua amárica, sobre controversias, que tienen separados a los etíopes de los católicos; y un catecismo completo sólo en amárico. En la incertidumbre de tener o no la oportunidad de ir allí, he tenido a bien enviar los escritos reunidos para mejor hacer conocer a S.E., en cada caso, el género de estudios al que damos la preferencia, y el método de instrucción adoptado por nosotros. La disertación litúrgica es demasiado incompleta. Las notas que he recogido, creo que podrán hacerla más interesante, cuando S.E. no juzgare inútil que yo me ocupe de ella más adelante.

Al Diálogo, he añadido la versión literal de una sola página, a fin de indicar el género de la composición y el justo sentido a los conocedores de la lengua amárica que están allí. Pero tengo conmigo la traducción entera, que podré mandarle si así le pareciera a S.E.

El catecismo es el mismo del Cardenal Belarmino . (pág. 155).

Al P. Giovanni Guarini, Procurador General en Roma, escribe el 30 de septiembre de 1859 ²⁴:

Sepa Ud. que esta carta acompaña el tratado que faltaba al Libro ghez de las Instituciones Morales para uso de los abisinios, y que lleva en la portada una 'palabrita' dedicatoria de todo el libro al Eminentísimo Barnabó y nuestro...

Le mando también la parte principal del Misal Abisinio con su versión al frente, y al pie las variantes y notas. Este segundo manuscrito tiene también su 'palabrita' que lo dedica al S. Padre. Cuando estos dos manuscritos, que mandaré cerrados en una caja y por razón económica dirigida a S.E. con la dirección sobrescrita, hayan llegado a sus manos, pediría entonces a Su caridad, mi querido Señor, que ofreciese al

²³Sin fecha, pero en el *Diario* estamos en 1841.

²⁴*Lettres Manuscrites*, Vol. II.

Eminentísimo toda la Moral, como obra dedicada a él, y me excusase con él mismo de mi osadía.

Puede que estos manuscritos estén entre aquellos escritos que, como ha notado Betta²⁵, no tienen más que un interés inmediato y general, pero demuestran el empeño lingüístico de De Jacobis y, sobre todo, su esfuerzo de compenetrarse con la cultura de los abisinios.

La próxima publicación del *Epistolario*, que seguirá la apenas realizada del *Diario*, iluminará con nueva luz la vida de nuestro santo misionero, y el valor precursor de su ecumenismo y de su inculturación.

(Traducción: JULIÁN ESTEBAN PÉREZ PUENTE, C.M.)

²⁵L. Betta. *Spigolando fra gli scritti di Giustino De Jacobis* en *Annali della Missione* 82 (1975) p. 29.

Bibliografía di San Giustino de Jacobis
Biografie e Studi

por Luigi Nuovo, C.M.
Provincia de Turín

AA.VV., *Atti del Convegno di studio (3-4 Ottobre 1987) nel 12° anniversario della canonizzazione di S. Giustino De Jacobis*, Napoli, Tipografia Calsele, 1989.

ALAZAR Abraha, *Saint Justin De Jacobis. His Missionary Methodology in Eritrea and Ethiopia*, Nairobi, Paulines 1995.

ANONIMO, *Il Venerabile Giustino De Jacobis della Congregazione della Missione, primo vicario apostolico dell'Abissinia*. Napoli, A. e S. Festa Editori, 1905.

ARATA Salvatore, *Abuna Jacob Apostolo dell'Abissinia (Mons.Giustino De Jacobis) 1800-1860*, Roma 1934

ARATA Salvatore, *Vita del Beato Giustino De Jacobis della Congregazione della Missione di S.Vincenzo de'Paoli*, Roma 1939

BAETEMAN J., *Le bienheureux Justin De Jacobis, lazarusite, apotre de l'Abysinie*, Bellevue 1939 (Trad. ital., Roma-Chieri 1940).

(BELOTTI Pietro), *Beato Giustino De Jacobis*, Torino, L.I.C.E.- R. Berruti & C., 1939

BETTA Luigi, *Il primo apostolo della Medaglia miracolosa in Abissinia*, in *Annali della Missione* 57 (1950) 183-191.

BETTA Luigi, *Fondazione della Missione lazzarista in Abissinia 41838*), in *Annali della Missione* 62 (1955) 296-307;

BETTA Luigi, *La luminosa figura del Beato Giustino De Jacobis Apostolo dell'Abissinia*, in *Annali della Missione* 62 (1960) 203-210.

BETTA Luigi, *Il Beato Giustino De Jacobis, viaggio dall'Italia all'Etiopia (1839)*, in *Annali della Missione* 67 (1960) 288-313.

BETTA Luigi, *Il Beato Giustino De Jacobis, il primo anno di apostolato (1840)*, in *Annali della Missione* 67 (1960) 350-373.

BETTA Luigi, *Il Beato Giustino De Jacobis, una deputazione abissina in Egitto, in Italia e in Terra Santa (1841-1842)*, in *Annali della Missione* 68 (1961) 154-306.

BETTA Luigi, *Spigolando tra gli scritti di Giustino De Jacobis*, in *Annali della Missione* 82 (1975) 26-46.

BETTA Luigi, *Linee della pastorale missionaria dell'Abuna Yaqob*, in *Annali della Missione* 82 (1975) 294-303.

BETTA Luigi, *Il primo Giustino De Jacobis (1800-1839)*, Edizioni Vincenziane, Roma 1983.

BETTA Luigi, *Date principali della vita di Giustino De Jacobis*, in *Annali della Missione* 82 (1975), 89-95.

CAMPANALE Angelo, *Il Venerabile Mons. Giustino De Jacobis*, Casale Monferrato, Propaganda Mariana, 1929.

CASSINARI Ernesto, *Il Beato Gebre-Michael prete abissino della Congregazione della Missione (1791-1855)*, Roma, Casa della Missione 1926.

CASTAGNOLA Luigi, *L'apostolo dell'Etiopia: il Beato Giustino De Jacobis*, Torino 1939.

CELESTINO da Desio, *Vita di Abuna Jacob ossia il Venerabile Giustino De Jacobis*, Asmara, Tipografia Franciscana 1922.

CIVATI V., Un grande missionario dell'Abissinia. Il Ven. Giustino De Jacobis, Milano 1929.

CLARKE William, The Ecumenical Implications of the Ministry of Justine De Jacobis in Ethiopia 1839-1860, in Colloque 11 (1985), 360-381; 464-484.

CROUZET J., Monseigneur De Jacobis. Notes de sa sépulture. Keren 1890.

D'AGOSTINO Andrea, Storia della vita del Venerabile Giustino De Jacobis, Apostolo dell'Abissinia, Napoli, Tip. Priore 1910.

DE DOMINICIS B., Elogio del Servo di Dio Monsignor Giustino De Jacobis, Vescovo titolare di Nilopoli, Vicario apostolico dell'Abissinia, detto in San fede a dì 1° novembre 1899 da B.d. D., prete della Missione, Napoli, D'Auria 1899.

DEMIMUID M., Vie du Vénérable Justin De Jacobis de la Congregation de la Mission (dite des Lazaristes). Premier Vicaire apostolique de l'Abyssinie, Paris, P. Téqui 1906.

DEVIN Auguste, L'Abyssinie et son Apotre, ou vie de Mgr. Justin De Jacobis Eveque de Nilopolis et Vicaire Apostolique de l'Abyssinie, Paris 1866.

DI SAN MARCO Rosa, La storia del venerabile Giustino de Jacobis della Congregazione della Missione, Primo Vicario Apostolico dell'Abissinia, Napoli 1922, 2° Ed. Roma 1939.

GUERRA Giuseppe, Giustino De Jacobis. Dal meridione d'Italia all'Etiopia, Napoli 1975.

HERRERA J., Hacia las terras del Negus o El Beato Justino De jacobis de la Congragacion de la Mision de San vicente de Paul, (=Almas Heroicas, 1), Madrid 1946.

KOROLEVSKIJ C., Le Vénérable Justin de Jacobis et la reprise des relations entre Rome et l'Ethiopie au milieu du XIX siècle (1839-1860),

avec plusieurs documents inédits, in Roma e l'Oriente 9 (1919) vol. 18, pp. 23-36; 10 (1920) vol. 19 pp. 35-52, 110-127.

LARIGALDIE Gabriel., Héraut du Christ. Le Vénérable Justin de Jacobis pretre de la Mission, premier Vicaire apostolique de l'Abyssinie (1800-1860) d'après des documents inédits, Paris 1910.

LUBECK K., Bischof Justinus de Jacobis, der Apostel Abessiniens, Aachen 1922.

LUCATELLO Enrico, Ventidue anni in Etiopia, La missione di Mons. Giustino De Jacobis, Roma 1935, 2° Ed. 1939.

LUCATELLO Enrico-BETTA Luigi, L'Abuna Yaqob Mariam, Roma, Edizioni Postulazione Generale Congragazione della Missione 1975.

MAURO Da Leonessa (a cura di), Lettere di Abba Tecle-Haimanot di 'Adwa, Roma, Tip. Pio X 1939 (l'opera é stata tradotta da Abba Gebre Di Halai).

MAZZARELLO Maria Luisa-NEGHESTI Micael, Giustino de Jacobis, Inculturarsi per comunicare, Roma, LAS, 1997.

PANE Salvatore, Il Beato Giustino De Jacobis, Palermo 1939

PANE Salvatore, Vita del Beato Giustino De Jacobis, Napoli 1949.

RICHARDSON James W., Circolare del 25 gennaio 1975 in Annali della Missione 82 (1975), pp.2-25.

SALOTTI Carlo, Il Beato Giustino De Jacobis, Apostolo dell'Abissinia (1800-1860), in I grandi Missionari, serie II, Roma 1940, pp.203-229.

SIRITO F. L'Apostolo dell'Etiopia, Roma 1941

TECLA-HAIMANOT, Abouna Yacob, Paris, Procure des Lazaristes 1914.

TROISI, Angelo, La gemma dei Preti della Missione della Provincia di Napoli, in *Il Ven. Giustino De Jacobis e la Scuola Apostolica della Congregazione della Missione*, bollettino bimestrale, Napoli Via Vergini 51, 1928 pp. 3-8; 21-28; 46-50; 66-73; 92-99; 118-124; 142-149; 1929 pp.2-7; 21-22; 36-38; 52-54; 67-71; 83-89; 102-107; 115-121; 135-141; 151-154; 170-174; 182-184; 1930 pp. 2-10; 25-31; 44-52; 65-69; 83-92; 105-110; 123-130; 140-148; 160-163; 181-186; 198-204; 214-222; 1931 pp. 2-7; 21-28; 42-50. 60-70; 80-87; 98-105; 118-124; 136-141; 157-167; 179-183; 196-202; 1932 pp. 2-7; 22-27; 42-48; 86-91; 108-119; 130-137; 148-154; 167-172; 187-196; 218-226; 237-244.

TROISI, Angelo, La Missione abissina esposta secondo la corrispondenza del suo ven. Fondatore, in *Il ven. Giustino De Jacobis e la Scuola Apostolica della Congregazione della Missione*, Napoli, 1933 pp. 2-14; 31-33; 55-57; 72-73; 96-100; 119-123; 161-163; 182-187; 202-205; 222-226; 242-246; 1934 pp. 19-20; 35-37; 52-56; 81-84; 124-125; 1935 pp. 17; 50-56; 82-83; 99-100.

YAQOB Beyene, Abba Gabra Mika'el il martire cattolico etiopico, in *Vincentiana* 32 (1988) 437-550.

El sacerdocio vicenciano, sacerdocio misionero

- Ensayo escrito para el 400 aniversario de la ordenación de San Vicente -

Por Robert P. Maloney, C.M.
Superior General

Jesús es *el* sacerdote del Nuevo Testamento. No hay otro sacerdocio que el suyo. “Yo soy el camino, la verdad y la vida”, nos dice Jesús, “nadie se acerca al Padre sino por mí”¹. Es él en quien el Verbo de Dios se hizo carne, revelándonos al Padre en su persona. Es él quien ofrece el sacrificio “una vez para siempre”, según la expresión del autor de la carta a los Hebreos². Es él quien apacienta a las ovejas. “Yo soy el pastor”³. “Yo soy la vid”⁴. “Yo soy la puerta”⁵. Yo soy la luz”⁶. “Yo soy el pan vivo bajado del cielo... El que come mi carne y bebe mi sangre tiene vida eterna”⁷. Todo el sacerdocio ministerial⁸ es una participación del de Jesús.

Dicho esto, he enunciado ya la cosa más fundamental del sacerdocio. Como un servicio al Reino, y a la Iglesia en cuanto signo del Reino, su hontanar y modelo es la vida, muerte y resurrección de Jesús.

Este artículo intenta situar la visión de San Vicente sobre el sacerdocio dentro de un marco teológico y sacar unas cuantas consecuencias del modelo de sacerdocio que él escogió.

Variedad de modelos

El sacerdocio, como todo misterio, es rico, y por eso se revela en una amplia variedad de aspectos. El Vaticano II analiza el sacerdocio bajo los tres tradicionales de enseñar, santificar y gobernar⁹. Avery Dulles presenta cinco modelos de sacerdocio¹⁰: el clerical, el de pastor, el de presidente, el de mensajero y el de servidor. A continuación, reconociendo que estos modelos se refieren a funciones del sacerdote y percibiendo lo limitado de abordar

1 Jn 14, 6.

2 Hb 9,12 y 26; 10, 12 y 14.

3 Jn 10,11.

4 Jn 15,6.

5 Jn 10,9.

6 Jn 8,12.

7 Jn 6,51.

8 Como resulta evidente por la ocasión escogida (el 400 aniversario de la ordenación sacerdotal de San Vicente), este artículo se centra en el sacerdocio ministerial. Podríase escribir también largamente sobre el sacerdocio de todos los bautizados - especialmente a la luz de la doctrina del Vaticano II y posterior-; quede, sin embargo, este tema para otra oportunidad.

9 *Presbyterorum Ordinis* 1, 4-6; cf. *Lumen Gentium* 28.

10 Avery Dulles, “Models for Ministerial Priesthood”, *America* 20 (#18, October 11, 1990) 284-289.

el sacerdocio desde la perspectiva funcional, diseña un modelo-síntesis, que él llama “representativo”, pues piensa que el sacerdote en cada una de sus funciones representa a Cristo como cabeza del cuerpo¹¹.

En una charla en 1995, Rembert Weakland también describe el papel del sacerdote bajo cinco categorías¹²: la de maestro/predicador, la de presidente, la de médico, la del que capacita, la de líder. De manera semejante, Walter Burghardt, reflexionando sobre su rica experiencia con los sacerdotes, habla de los modelos jurisdiccional, cultural, pastoral, profético y monástico¹³.

Estos diferentes análisis ponen de relieve muy claramente una cosa: el sacerdocio implica una variedad de funciones, aunque ninguna de ellas lo describe adecuadamente. Al vivirlo hay diferentes acentuaciones y modelos. Cómo los sacerdotes dan cuerpo a estas funciones, concretamente variará de época a época, de cultura a cultura y frecuentemente de persona a persona.

Papeles sacerdotales en el Nuevo Testamento

Raymond Brown, en un breve, pero muy influyente libro *Priest and Bishop*¹⁴, analiza cuatro papeles principales que convergen en el sacerdocio ministerial, describiéndolos en estos términos:

1. Discípulo

Jesús llama a los doce para que vivan con él más íntimamente: “Vosotros sois mis amigos”¹⁵. Esto estableció una pauta para que la Iglesia viera a los sacerdotes como especialmente obligados a un fiel discipulado. Si los cristianos están llamados a ser la luz del mundo, el sacerdote está llamado a ser la luz de la comunidad.

Es claro en el Nuevo Testamento que todos los cristianos están llamados a ser discípulos, pero es asimismo claro que Jesús da a algunos un particular papel de dirección demandando de ellos especiales exigencias.

2. Apóstol

Pero el sacerdote no está llamado solamente a *estar con* Jesús, sino que, además, en el nombre de éste es *enviado* a los demás.

El apóstol es una figura misionera, alguien que va de un sitio a otro. La nota distintiva de su ministerio es el servicio. Este servicio se presta en primer lugar a Jesús,

11 Como lo dice el Vaticano II, el sacerdote actúa “in persona Christi capitis” (*Presbyterorum Ordinis*, 2).

12 Rembert Weakland, “A Renewed Priesthood in a Renewed Church”, *America* 25 (# 19, October 26, 1995) 327- 334.

13 Walter Burghardt, “On Turning Eighty: Autobiography in Search of Meaning”, *Woodstock Report* (# 41, March 1995) 2-11.

14 Raymond Brown, *Priest and Bishop* (New York, Paulist, 1970).

15 Jn 15,14.

siendo su embajador, y después a los demás. El Nuevo Testamento describe una serie de servicios que el apóstol comparte con los demás:

- el de la predicación
- el de la enseñanza
- el del consejo
- el de la oración
- el de la consolación
- el de la corrección
- el de la visitación
- el de hacerse amigo
- el del sufrimiento
- el de recolectar dinero
- el de los trabajos ordinarios.

3. *Presbítero-Obispo*

El presbítero-obispo es una figura residencial. Es responsable de la vida cotidiana de una Iglesia local. Su tarea es organizar, estabilizar, gobernar bien la comunidad. El gobierno es una de sus principales responsabilidades. Ha de gobernar como un pastor que se interesa profundamente por su rebaño.

La mayoría de las estructuras del sacerdocio cristiano se desarrollan alrededor de esta imagen, aunque se complementan sistemáticamente con las figuras del discípulo y del siervo.

4. *Preside en la Eucaristía*

El Nuevo Testamento da testimonio de una rica variedad de interpretaciones de la Eucaristía y de un gradual desarrollo respecto a su práctica. Al final del siglo primero, como consta evidentemente en la *Didajé*, la Eucaristía era ya considerada como un sacrificio. Siendo esto así, el ministerio de presidirla era reconocido como un ejercicio del sacerdocio. El presbítero-obispo era tenido como el presidente nato y centro de unidad en la comunidad.

Para el tiempo de Ignacio de Antioquía (que murió alrededor del año 110), los cuatro papeles descritos por Brown se habían mezclado, surgiendo así el pleno concepto del sacerdocio ministerial cristiano. El sacerdocio se presenta en formas diversas en la medida en que se acentúe uno u otro de los papeles, pero los cuatro tienen en común el dar testimonio de Jesús: “Sed imitadores míos como yo lo soy de Cristo”¹⁶.

Una perspectiva teológica contemporánea¹⁷

16 1Co 11,1.

17 Entre otros muchos trabajos, el lector puede consultar: Raymond Brown, *Priest and Bishop: Biblical Reflections* (New York, Paulist Press, 1970); Bernard Cooke, *Ministry to Word and Sacraments: History and Theology* (Philadelphia, Fortress Press, 1976); Donald B. Cozzens, *The Changing Face of the Priesthood* (Collegeville, MN, The Liturgical Press, 2000); Jean Galot, *Theology of the Priesthood* (San Francisco, Ignatius Press, 1984); Nathan Mitchell, *Mission and Ministry: History and Theology in the Sacrament of Order* (Wilmington, Del, Michael Glazier, 1982); Henry J. M. Nouwen, *Creative Ministry* (Garden City, NY, Doubleday, 1971); Henry J. M. Nouwen, *The Wounded Healer* (Garden City, NY, Doubleday, 1972); John W O'Malley, S. J., “One

Quizá el más influyente análisis contemporáneo del sacerdocio ministerial se encuentra en los escritos de Karl Rahner¹⁸. La visión de Rahner podría resumirse como sigue:

El papel primordial del sacerdote es proclamar la palabra que eficazmente forma y sostiene a la comunidad cristiana. El sacerdote participa en la misión de Cristo enviado por el Padre para proclamar el Reino de Dios. El sacerdote es, en consecuencia, un servidor del Reino y de la Iglesia en cuanto signo de ese Reino. Un momento cumbre en su ministerio es la liturgia, especialmente la Eucaristía, en la que el sacerdote proclama eficazmente “éste es mi cuerpo... ésta es mi sangre”, y el Señor mismo se hace realmente presente sacramentalmente para alimentar y fortalecer a su pueblo. Rahner resume: “Esta palabra eficaz ha sido entregada al sacerdote. Se le ha dado la palabra de Dios. Eso es lo que lo constituye sacerdote”¹⁹.

Como líder en la comunidad cristiana, el sacerdote está llamado al testimonio profético, a vivir la palabra que predica, a “imitar lo que trata”, de modo que pueda proclamar el evangelio no sólo con su palabra sino también con su vida. En este sentido, el sacerdocio cristiano combina los papeles del profeta y del sacerdote del Antiguo Testamento.

El papel del sacerdote en la edificación de la comunidad conlleva una serie de funciones, tradicionalmente descritas como *enseñar* (“profeta”, dedicado a la palabra), *gobernar* (“rey”, “pastor del rebaño”, dedicado al liderazgo como pastor) y *santificar* (“sacerdote”, dedicado a los sacramentos y a otras formas de oración).

Es evidente que en el planteamiento de Rahner, la proclamación de la palabra de Dios, que forma a la comunidad, está en el corazón de la identidad sacerdotal. Las funciones tradicionales del sacerdote dimanan de esta identidad. Esto es clarísimo en el caso de la predicación y enseñanza (“profeta”). Pero el ministerio sacramental (“sacerdote”) es también un aspecto del papel del sacerdote como proclamador cuando aplica la palabra eficaz de Dios a los momentos cruciales de la vida de los creyentes. De igual manera, el liderazgo pastoral (“rey”) implica discernir lo que la palabra de Dios está diciendo en las circunstancias concretas de la vida de la comunidad para llevarlo a la práctica mediante decisiones.

Priesthood: Two Traditions”, en *A Concert of Charisms*, Editado por Paul K. Hennessy (New York, Paulist Press, 1977) 9-24; Thomas O’Meara, *Theology of Ministry* (New York, Paulist Press, 1983); Kenneth B. Osborne, *Priesthood: A History of the Ordained Ministry in the Roman Catholic Church* (New York, Paulist Press, 1988); William D. Perri, *A Radical Challenger for Priesthood Today: From Trial to Transformation* (Mystic, CT: Twenty-Third Publications, 1996); David N. Power, O. M. I., *Ministers of Christ and His Church: A Theology of the Priesthood* London, Geoffrey Chapman, 1969); “Theologies of Religious Life and Priesthood”, en *A Concert of Charisms*, Editado por Paul K. Hennessy (New York, Paulist Press, 1997) 61-103; Karl Rahner, *Servants of the Lord* (New York, Herder and Herder, 1968); Karl Hermann Schelkle, *Discipleship and Priesthood*; Edward Schillebeeckx, *The Church with a Human Face: A New and Expanded Theology of Ministry*, Trad. John Bowden (New York, Crossroad, 1985).

18 Cf. Karl Rahner, *Servants of the Lord* (New York, Herder and Herder, 1968) “Understanding the Priestly Office”, en *Theological Investigations XXII* (New York, Crossroad, 1991) 208-213.

19 Karl Rahner, “Priest and Poet”, en *Theological Investigations*, III traducido por Karl H. Kruger and Boniface Kruger (New York, Helicon, 1967) 303.

El sacerdocio para San Vicente²⁰

San Vicente recibió profundamente la influencia del pensamiento y vocabulario de sus contemporáneos y maestros. Bérulle, al que tanto debió San Vicente y del que finalmente se distanció, centra en gran medida su espiritualidad en el sacerdocio²¹. En las conferencias y cartas de San Vicente encontramos en gran número las mismas frases y énfasis que descubrimos en los escritos de Bérulle, Olier y Juan Eudes. Hablan ellos, sobre todo, de Cristo como el centro de todo y de la necesidad para el sacerdote de vaciarse de sí mismo y de “revestirse del Señor Jesucristo”²². Animan a los sacerdotes a vivir “la religión para con el Padre”²³. Tienen una aguda conciencia del “eminente” papel del sacerdote y de la necesidad de que éste sea santo²⁴.

Vicente se unió a estos y a otros líderes de su tiempo en la reforma del clero, llegando a ser uno de sus principales impulsores. Como acontecía frecuentemente en él, su visión del sacerdocio, aunque influenciada por sus maestros, fue independiente de las de ellos, especialmente cuando tuvo en perspectiva el sacerdocio en la Congregación que el fundó.

Para Vicente en sus años maduros, Jesús sacerdote es ante todo el misionero del Padre, el Evangelizador de los Pobres. Sabía muy bien que había habido sacerdotes muy sabios como San Jerónimo, Alberto Magno, Tomás de Aquino; que había habido sacerdotes residenciales sobresalientes como Ambrosio, Basilio, Crisóstomo; que había habido sacerdotes monjes de gran influencia como Benito; y sacerdotes de curia reformadores como Belarmino; que había habido celosos sacerdotes de la calle como Felipe Neri; y que en su propio tiempo había maravillosos sacerdotes enseñantes, especialmente entre los Jesuitas. Todo esto entraba en los esquemas de su pensamiento, pero él escogió centrarse en otro modelo: el sacerdote como misionero²⁵.

20 El lector podría consultar: D’Agnel, *Saint Vincent de Paul, guide du prêtre*, 1928; J. Dalarue, *L’Idéal missionnaire du prêtre d’après saint Vincent de Paul*, 1946; L. Mezzadri, “La espiritualidad sacerdotal,” *Anales* (1983) 627; L. Mezzadri, “Jésus-Christ, figure du prêtre missionnaire dans l’oeuvre de Monsieur Vincent”, *Vincentiana* (1986) 323; E. Motte, *San Vicente de Paúl y el sacerdocio*, 1915; L. Nuovo, “Sacerdocio”, *Diccionario de Espiritualidad Vicenciana* (Salamanca, CEME, 1995) 550-552; J. B. Rouanet, *San Vicente de Paúl, sacerdote instrumento de Jesucristo*, 1960; C. Sens, “Comme prêtre missionnaire”, *Au temps de St. Vincent de Paul... et aujourd’hui...*, 1981; R. Facéline, “Vocation and Mission of the Priest According to St. Vincent de Paul” en *Vincentiana* (2000) 218-227.

21 René Deville, “L’École française de spiritualité (París, Desclee, 1987) 112. Cf. Michel Dupuy, *Bérulle et le sacerdoce. Étude historique et doctrinale. Textes inédits* París, Lethielleux, 1969).

22 Rm 13,14.

23 Cf. J. J. Olier, *Introduction à la vie et aux vertus Chrétiens*, (Edition Amiot, 1954) 7-9. El término es difícil de traducir. Significa fundamentalmente establecer una relación de alianza con Dios en un contexto eclesial.

24 Bérulle, con notable exageración, describe la pérdida de la santidad entre los sacerdotes de esta manera: “Los primeros sacerdotes eran realmente santos y doctores de la Iglesia. Dios conservaba dentro de este mismo orden la autoridad, la santidad y la doctrina, uniendo estas tres perfecciones en el orden sacerdotal... Sin embargo, el tiempo, que corrompe todas las cosas, acarrió la relajación en la mayoría del clero. Estas tres cualidades: la autoridad, la santidad y la doctrina, que el Espíritu había unido, fueron separadas por el espíritu humano y el del mundo. La autoridad ha permanecido en los prelados, la santidad en los religiosos, y la doctrina en las escuelas”. Cf. “A letter on the Priesthood”, citada en *Bérulle and the French School, Selected Writings*, editado con una introducción por William M. Thompson (New York, Paulist Press, 1989) 184.

25 Cf. SV XII, 262 / XI, 553: “Todas (las Congregaciones) tienden a amarle, pero cada una lo ama de manera distinta: los cartujos por la soledad, los capuchinos por la pobreza, otros por el canto de sus alabanzas; y nosotros, hermanos míos, si tenemos amor, hemos de demostrarlo llevando al pueblo a que ame a Dios y al prójimo...”

Sin embargo, San Vicente escribió relativamente poco sobre el sacerdocio. Tampoco habló sobre él de una manera sistemática y teológica. Su perspectiva es ampliamente práctica, como era su manera de ser. Al mismo tiempo que en parte comparte la visión de los que más influyeron en él, particularmente Bérulle, su pensamiento gradualmente crece y se desarrolla de manera distinta de la de ellos. Podríamos resumir sus enseñanzas bajo cuatro enunciados:

1. *Fue muy crítico con el sacerdocio tal y como lo encontró en realidad en la Francia de principios del siglo XVII*

Un gran número de los sacerdotes con los que Vicente se encontró eran ignorantes. Sus vidas eran desordenadas y corruptas. Muchos obispos se preocupaban de sus intereses y tenían poco cuidado de su rebaño. Como un sacerdote le dijo en 1642, “los más escandalosos son los más poderosos, y la carne y la sangre han suplantado, por decirlo así, al evangelio y al espíritu de Jesucristo”²⁶. Vicente creía que los sacerdotes y los obispos eran la causa principal de los males de la Iglesia²⁷. Cita a Juan Crisóstomo como diciendo que pocos sacerdotes se salvarán²⁸.

Por supuesto, Vicente era consciente de que él mismo no se había librado de la tentación de abrazar el sacerdocio como una cómoda carrera. Se ordenó a los 19 años, precisamente con ese objetivo en mente. Pero pasó por una notable conversión en la que una serie de acontecimientos purificó su visión del sacerdocio. No narraré aquí esos acontecimientos pues son bien sabidos por el lector, y otros lo han hecho con frecuencia y bien²⁹.

Vicente llegó a ver el sacerdocio como una altísima vocación de la que él se consideraba indigno. Escribía en 1656: “Ese estado es el más sublime que hay en la tierra, pues es el mismo que Nuestro Señor quiso aceptar y practicar. En cuanto a mí, si hubiera sabido lo que era, cuando tuve la temeridad de entrar en él, como lo supe más tarde, hubiera preferido quedarme a labrar la tierra antes que comprometerme en un estado tan tremendo... Ciertamente, los sacerdotes de este tiempo tienen muchos motivos para temer los juicios de Dios, pues aparte de sus propios pecados él les pedirá cuenta de los de los pueblos, por no haber procurado satisfacer por ellos a su justicia irritada, tal como era su obligación; y lo que es más tremendo todavía, Dios les imputará la causa de los castigos que les envía... Digamos más aún, que ha sido de la mala vida de los eclesiásticos de donde han venido todos los desórdenes que han desolado a esta santa Esposa del Salvador...”³⁰.

26 SV II, 282 / II, 237.

27 SV XI, 308-309 / XI, 204-205.

28 SV VII, 463 / VII, 396.

29 Como Dodin, Román, Mezzadri y otros muchos lo han señalado, no se puede comprender plenamente la visión de Vicente sobre el sacerdocio (y otras muchas cosas en su vida) sin conocer la serie de acontecimientos que lo llevaron a su conversión. Cf. André Dodin, *Saint Vincent de Paul et la charité* (París, Editions du Seuil, 1960) 11-25; Luigi Mezzadri, “Jesus-Christ, figure du Prêtre-Missionnaire, dans l’oeuvre de Monsieur Vincent”, en *Vincentiana* n° 3-4 (Mayo-Agosto) 1986, 326-330; José María Román, “The Priestly Journey of St. Vincent de Paul. The Beginnings: 1600-1612”, en *Vincentiana* n° 3 (Mayo-Junio) 2000, 207-217.

30 SV V, 568 / V, 540-541.

En su conferencia del 6 de diciembre de 1658, Vicente exclama: “No hay nada mayor que un sacerdote, a quien Dios le da todo poder sobre su cuerpo natural y su cuerpo místico, el poder de perdonar los pecados, etc. ¡Dios mío! ¡Qué poder! ¡Qué dignidad!”³¹.

2. *El sacerdote, por el carácter sacramental, participa del sacerdocio de Jesús*³². *Es su instrumento.*

En una conferencia sobre la formación del clero, Vicente afirma que el carácter sacerdotal es una participación en el sacerdocio del Hijo de Dios. Es un carácter totalmente divino e incomparable³³.

Al repetir a menudo este punto, San Vicente se sitúa en la corriente principal de toda la tradición cristiana. Jesús es *el* sacerdote. Todos los demás sacerdotes son participantes del sacerdocio de Jesús. Son sus instrumentos³⁴. Este principio teológico le infundía a San Vicente un religioso temor ante la dignidad del sacerdocio³⁵. Ello le llevaba a decir más de cien veces (él mismo así lo afirma)³⁶ que si no fuera ya sacerdote, no lo sería jamás.

En un lenguaje que recuerda al de Bérulle y al de Olier, Vicente escribe a un sacerdote de la Misión:

¡Qué feliz es usted, padre, por servir de instrumento en manos de Nuestro Señor para formar buenos sacerdotes, y un instrumento tal como usted, que los ilumina y los entusiasma al mismo tiempo! Con eso desempeña usted el oficio del Espíritu Santo, que es el único al que pertenece iluminar y encender los corazones; o mejor dicho, es ese Espíritu santo y santificador el que actúa por medio de usted, ya que mora y obra en usted mismo, no sólo para hacerle vivir de su vida divina, sino también para restablecer su misma vida y operaciones en esos señores, llamados al ministerio más alto que existe en la tierra, por el que tienen que ejercer las dos grandes virtudes de Jesucristo, a saber la religión para con el Padre³⁷ y la caridad para con los hombres³⁸.

Desde luego, como la vida y misión del sacerdote están tan intrínsecamente ligadas a las de Jesús, consiguientemente “el revestirse del Señor Jesucristo” significa en concreto adquirir las virtudes de Jesús, particularmente las cinco virtudes misioneras que Vicente inculca a los miembros de su Congregación. Significa también permanecer ante el Padre fielmente en oración y escuchar su palabra. Vicente dice a Guillermo Desdames el 30 de

31 SV XII, 85 / XI, 391.

32 SV XI, 7, 344 / XI, 702, 236.

33 SV XI, 7 / XI, 702.

34 SV XII, 80 / XI, 387.

35 SV VII, 463 / VII, 396; XI, 93 / XI, 787.

36 SV VII, 463 / VII, 396.

37 En francés *la religion vers le Père et la charité vers les hommes*. Esta terminología es muy característica de la “École Française”. Cf. Olier, *Pietas*, n. 4 (Editions Amiot, 1954) 165, donde se usan casi exactamente las mismas palabras.

38 SV VI 393 / VI, 370.

enero de 1960, que encontrará en Cristo todas las virtudes “y si le deja hacer, él las ejercerá en usted y por usted”³⁹.

3. *Su modelo dominante del sacerdocio es el modelo misionero*⁴⁰

Independizándose totalmente de las enseñanzas de Bérulle, su antiguo maestro, Vicente hace una elección definitiva de su modelo de sacerdocio: el sacerdote es para él predominantemente un misionero: “Dios envía a los sacerdotes como envió a su Hijo para la salvación de las almas”⁴¹. Está claro que Vicente centra en el modelo de “apóstol” o misionero lo que Raymond Brown describe como prominente en el Nuevo Testamento:

Padres, el que dice misionero dice apóstol; por tanto, es preciso que actuemos como los apóstoles, ya que hemos sido enviados, como ellos, a instruir a los pueblos; es preciso que vayamos con toda bondad y sencillez, si queremos ser misioneros e imitar a los apóstoles y a Jesucristo ⁴².

Luigi Mezzadri expresa la cuestión muy sucintamente: “Entre el concepto del Pseudo-Dionisio sobre el sacerdote como ‘el hombre del culto’ y el de San Agustín como ‘el hombre para la misión’ Vicente instintivamente elige el segundo”⁴³.

Vicente vuelve sobre el tema una y otra vez:

*Así es como hablan y como actúan las almas verdaderamente apostólicas que, habiéndose consagrado plenamente a Dios, desean que Nuestro Señor, su Hijo, sea conocido y servido igualmente por todas las naciones de la tierra por las que vino él mismo a este mundo, y están resueltos a trabajar y a morir por ellas, como él lo hizo. Hasta ahí es hasta donde tiene que extenderse el celo de los misioneros, pues aunque no puedan ir a todas partes ni hacer todo el bien que desearían, sin embargo hacen bien en desearlo y en ofrecerse a Dios para servirle de instrumento en la conversión de las almas...*⁴⁴

4. *El sacerdote misionero es para los pobres*

Toda la vida del sacerdote misionero debe estar dedicada a los pobres. San Vicente lo expresa muy elocuentemente:

Que los sacerdotes se dediquen al cuidado de los pobres, ¿no fue ése el oficio de Nuestro Señor y de muchos grandes santos, que no sólo recomendaron el cuidado de

39 SV VIII, 231 / VIII, 218.

40 SV XI, 67 / XI, 754.

41 SV VIII, 33 / VIII, 33.

42 SV XI, 267 / XI, 172.

43 Luigi Mezzadri, *o.c.*, 348; cf. también, “La conversione di S. Vincenzo de’ Paoli. Realtà storica e proiezione attuale”, en *Annali della Missione* 84 (1977) 176-182.

44 SV VII, 333 / VII, 285-286.

los pobres, sino que los consolaron, animaron y cuidaron ellos mismos? ¿No son los pobres los miembros afligidos de Nuestro Señor? ¿No son hermanos nuestros? Y si los sacerdotes los abandonan, ¿quién queréis que los asista? De modo que, si hay algunos entre nosotros que crean que están en la misión para evangelizar a los pobres y no para cuidarlos, para remediar sus necesidades espirituales y no las temporales, les diré que tenemos que asistirlos y hacer que los asistan de todas las maneras⁴⁵.

Vicente recomienda una caridad pastoral práctica, concreta, y el deseo de buscar a los más pobres entre los pobres dondequiera que estén:

Dar a conocer a Dios a los pobres, anunciarles a Jesucristo, decirles que está cerca el reino de los cielos y que ese reino es para los pobres, ¡oh, qué grande es esto!⁴⁶.

E insiste:

Se le hubiera podido preguntar al Hijo de Dios: ‘¿Para qué has venido?’ Para evangelizar a los pobres. Eso es lo que el Padre te ordenó... Puede decirse que venir a evangelizar a los pobres no se entiende solamente enseñar los misterios necesarios para la salvación, sino hacer todas las cosas predichas y figuradas por los profetas, hacer efectivo el evangelio⁴⁷.

Algunas consecuencias

Permítaseme presentar, en esta ocasión del 400 aniversario de la ordenación de San Vicente, unas pocas consecuencias de la elección que él hizo del modelo misionero para el sacerdocio⁴⁸.

1. Durante este período posterior al Vaticano II, muchos observadores han notado el fenómeno que, en ocasiones, es llamado “asimilación o absorción parroquial”. Especialmente en los países donde hay una gran escasez de sacerdotes diocesanos, muchos obispos han pedido a los religiosos y miembros de Sociedades de Vida Apostólica que se hagan cargo de parroquias. Desde el punto de vista de los obispos, estas peticiones son plenamente comprensibles, ya que en sus diócesis necesitan sacerdotes residenciales para atender al pueblo; su modelo predominante de sacerdocio es necesariamente el residente (el tercero presentado anteriormente en el esquema de Raymond Brown). Pero desde el punto de vista de una congregación misionera, la absorción parroquial puede conllevar la inmovilidad y la domesticación de un carisma que requiere que el sacerdote vaya a cualquier parte del mundo donde las necesidades de los pobres lo están llamando. En otra parte he escrito extensamente

45 SV XII, 87 / XI, 393; cf. XI, 202 y 391 / XI, 121 y 215; XII, 84 / XI, 390.

46 SV XII, 80 / XI, 387.

47 SV XII, 84 / XI, 391.

48 Cf. Robert P. Maloney, “On Being A Missionary Today”, en *He Hears the Cry of the Poor* (Hyde Park, NY: New City Press, 1995) 118-125.

sobre la actitud de San Vicente respecto a las parroquias⁴⁹. Permítaseme aquí decir simplemente que la Congregación, y todas sus provincias, deben hacer todo esfuerzo posible para conservar plenamente su movilidad, aún ante las peticiones de los obispos de hacerse cargo de parroquias.

2. Cuando San Vicente ponía de relieve la grandeza asombrosa del estado sacerdotal, en cuanto que es una participación del ministerio de Cristo, miraba esa realidad como terreno para la humildad, ya que el sacerdote será siempre indigno de participar en el “oficio del Hijo de Dios”⁵⁰. No cometió el error de confundir la ordenación para este “asombroso” estado con la promoción a una prestigiosa posición social. Los sacerdotes son en último término servidores. Nuestro estilo de vida como misioneros debe manifestar esto. Aunque es, sin duda, importante que celebremos gozosamente las ordenaciones, hay una tendencia en algunos países, como con frecuencia lo atestiguan los rectores de seminarios, al triunfalismo y a celebraciones suntuosas. Me siento feliz de que ordinariamente no es este el caso en la Congregación, aunque desgraciadamente sí que lo es algunas veces. Las ordenaciones deben significar claramente y celebrar la llamada a la misión y al ministerio itinerante, no la elevación a una posición social (fuera de la de ser un servidor).

3. Mientras los sacerdotes diocesanos y obispos se centran en la Iglesia local, los misioneros deben desarrollar y alimentar constantemente un sentido universal del Reino y de la Iglesia. San Vicente fue admirable a este respecto. En una época en que la mayoría de la gente vivía y moría dentro de unos diez kilómetros alrededor de su lugar de nacimiento, él envió misioneros a Polonia, Italia, Argelia, Madagascar, Irlanda, Escocia, a las Hébridas y a las Orkneys. Hoy, cuando la Familia Vicenciana se ha extendido por más de 135 países, es con mayor razón fundamental que los misioneros tengan una visión del mundo global.

4. Los misioneros tienen una específica forma de relacionarse con los obispos del lugar. La vida de San Vicente ilustra esto admirablemente. Fue obediente sin perder su independencia. Repetidamente hace hincapié en que cuando demos misiones en una diócesis ha de ser llamados por el ordinario local y bajo su obediencia. Pero al mismo tiempo resistió todo intento de algunos obispos de someter a la Congregación. De hecho trabajó durante años para conseguir la exención de su autoridad con el fin de que conserváramos nuestra naturaleza itinerante y misionera. (Hizo iguales esfuerzos con éxito semejante respecto a las Hijas de la Caridad). Larga es la tradición de tensiones en la Iglesia entre los grupos exentos⁵¹ y los ordinarios del lugar⁵². Es muy importante que los superiores religiosos sepan tratar estas tensiones con equilibrio. Por una parte, el obispo tiene la autoridad cuando estamos ocupados en una misión apostólica en sus diócesis. Pero por otra, de la autoridad de nuestros propios superiores dependen la elección de a qué diócesis hay que ir, la duración y condiciones de nuestra estancia, y el momento de nuestra retirada. El diálogo es, sin duda, importantísimo en

49 Cf. Robert P. Maloney, “On Vicentian Involvement in Parishes”, en *Vicentiana* n° 2 (Marzo-Abril) 1997, 105- 116.

50 SV XII, 80 / XI, 387.

51 Cf. Canon 591.

52 En el siglo V, Juan Casiano escribió: “Un monje debe huir por todos los medios de las mujeres y de los obispos”, añadiendo que ésta era una “antigua máxima de los Padres”. Su preocupación, por supuesto, era que los obispos interferirían en la vida de los monjes o tratarían de utilizarlos para sus propios fines. Cf. *De Institutis coenobiorum et de octo principalium vitiorum remediis* 11.18 (ed. J-C. Guy, SC 109. 444; trad. E. C. S. Gibson, NPNF, 2nd series, 11. 279).

estos asuntos, pero nuestros propios superiores han de ser firmes en promover y proteger el carisma de la Congregación.

5. Después de un comienzo un tanto dudoso como sacerdote, Vicente llegó a ser un gran reformador, que habló frecuentemente a los sacerdotes y sobre los sacerdotes. En sus conferencias a los miembros de la Congregación, Vicente, al enviar a los misioneros, repetidamente exhorta sobre un tema: que sean santos. Si participamos de la vocación misionera de Jesús, consiguientemente debemos “esforzarnos, en cuanto nos sea posible, en imitar las virtudes que este Soberano Maestro se dignó enseñarnos con sus palabras y ejemplos”⁵³.

6. Séame permitido presentar, como conclusión de este artículo, *diez* notas características del sacerdote misionero hoy. Seguramente hay otras muchas.

- a. Es un evangelizador itinerante, ardiendo en el deseo de difundir la Buena Nueva.
- b. Tiene una perspectiva internacional, una visión global del mundo.
- c. Está en una vital interacción respecto a la cultura del país donde sirve.
- d. Aprende la lengua de su gente.
- e. Está profundamente enraizado en la Escritura.
- f. Es creativo al encarar las necesidades de los pobres.
- g. Está bien informado sobre la doctrina social de la Iglesia.
- h. Está comprometido en la formación permanente.
- i. Es un hombre de Dios, profundamente enraizado en Cristo.
- j. Vive las cinco virtudes misioneras: sencillez, humildad, mansedumbre, mortificación, y celo.

Ser *misionero* –esa es la vocación de los sacerdotes vicencianos– es respirar profundamente el espíritu misionero que San Vicente infundió a la Congregación, dejar que ese espíritu llene nuestras mentes y corazones, y después partir. “Id por todo el mundo y proclamad la Buena Nueva a toda la creación” (Mc 16, 15).

(Traducción: RAFAEL SÁINZ, C.M.)

ÍNDICE GENERAL - AÑO 2000

I. Santa Sede

Secretaría de Estado: sobre el Tercer Centenario de la C.M. en China	1
Carta de Juan Pablo II con ocasión de IV° centenario de la ordenación sacerdotal del gran Apóstol de la Caridad	433
Nombramientos, Decreto y Carta	431

II. Curia General

1. Del Superior General

Cuaresma 2000	3
Presentación de nuestra Página de Internet (25 de enero de 2000)	97
Encuentro de los responsables de la Familia Vicenciana (7 de marzo de 2000)	99
Nuestro compromiso apostólico en el mundo islámico (30 de marzo de 2000)	102
Sobre la Primera Asamblea General de la Juventud Mariana Vicenciana: (27 de septiembre de 2000)	257
Sobre la creación de la nueva Viceprovincia de los Santos Cirilo y Metodio (15 de octubre de 2000)	265
Llamada Misionera 2000 (15 de octubre de 2000)	267
Adviento 2000	274
Nombramientos y Confirmaciones del Superior General	105, 437

2. Familia Vicenciana

La Declaración para el Jubileo del año 2000 en nombre de los Pobres	7
Primera Asamblea General de la Juventud Mariana Vicentina: Documento Final (8-12 de Agosto de 2000)	260

3. Estadísticas

Estadísticas anuales 2000 de la Congregación de la Misión	278
---	-----

III. Dossiers

1. Evangelizar Europa

Jesucristo, vivo en su Iglesia, manantial de esperanza para Europa. Algunas reflexiones sobre la Asamblea especial para Europa del Sínodo de los Obispos (<i>J. Landousies</i>)	13
Los Vicencianos en Europa en el 2000. Un tiempo de crisis. (<i>K. Rafferty</i>)	23
Al alba del Tercer Milenio. Retos para la Congregación de la Misión en Europa. (<i>C. Sens</i>)	40
Las Provincias europeas de la C.M. y la misión “ad gentes” (<i>J.I. Fernández Mendoza</i>)	49
El “Berceau” de San Vicente de Paul (<i>J.-P. Renouard</i>)	55
El Colegio Alberoni, ayer y hoy. (<i>A. Vernaschi</i>)	62

Las Semanas Vicencianas de Salamanca (<i>J.M. Sánchez Mallo</i>)	72
La Misión Vicenciana y la Parroquia de Itinerantes en Irlanda (<i>F. Murphy</i>)	82
2. El reto de la formación	
La formación de los Formadores. (Documento de estudio usado en el Consejo General para poner en práctica algunas de las recomendaciones de la Asamblea General de 1998) (<i>R.P. Maloney</i>)	107
Ser vicenciano. Ser formador (<i>R.P. Maloney</i>)	116
Organismos de estudios y de animación vicenciana (<i>S.I.E.V.</i>)	130
Secretariado Internacional de Estudios Vicencianos (<i>S.I.E.V.</i>): Estatutos (22 de octubre de 1999)	142
Hoja informativa sobre el trabajo y las decisiones del <i>S.I.E.V.</i> N°4 – Octubre 1999 (<i>R. Lovera</i>)	145
Centro Internacional de Formación San Vicente de Paúl (<i>C.I.F.</i>) (24 de mayo de 1999)	148
Rol y tareas del Asesor Eclesiástico de las Asociaciones y Grupos AIC. (Marzo 1999) (<i>M. Costa y A. Rovetta</i>)	152
3. San Vicente, sacerdote	
El clero en la Francia de San Vicente (<i>L. Mezzadri</i>)	193
El camino sacerdotal de San Vicente de Paúl. Los inicios: (1600-1612) (<i>J.M. Román</i>)	207
Vocación y Misión del sacerdote según San Vicente de Paúl (<i>R. Facéline</i>)	218
San Vicente, formador del clero (<i>S. Wypych</i>)	228
San Vicente, sacerdote de la caridad al servicio de los pobres. Remediar las necesidades espirituales y temporales (<i>Á. Quevedo</i>)	238
4. San Justino de Jacobis (1800 - 1860)	
El “Primer” Justino De Jacobis (<i>B. Falco</i>)	441
San Justino De Jacobis, fundador de la nueva generación católica y formador del clero nativo de la Iglesia católica de Eritrea y de Etiopía (<i>G. Iyob</i>)	???
San Justino De Jacobis y el encuentro con los cristianos coptos de Etiopía (<i>L. Mezzadri</i>)	???
Justino De Jacobis: el arte del diálogo (<i>Prof. Y. Beyené</i>)	???
Escritos editados e inéditos de San Justino De Jacobis (<i>G. Guerra</i>)	???
La devoción a San Justino De Jacobis en Eritrea y Etiopía (<i>G. Iyob</i>)	???
Bibliografía sobre San Justino De Jacobis: biografías y estudios (<i>L. Nuovo</i>)	???

IV. Estudios

Conjugar la acción y la contemplación. Una clave para entender a Vicente de Paúl. (<i>R.P. Maloney</i>)	175
Modelos de santidad. Una mirada al pasado, al presente y al futuro. (<i>R.P. Maloney</i>)	249
El sacerdocio vicenciano, sacerdocio misionero. Ensayo para el 400 aniversario de la ordenación de San Vicente (<i>R. P. Maloney</i>)	???

V. Número especial de Vincentiana

Las nuevas Constituciones: 20 años de vida Hace 16 años.....(<i>R. McCullen</i>)	285
--	-----

Las Constituciones de la Congregación de la Misión. Notas históricas (<i>C. Braga</i>)	291
La identidad de la Congregación según los Artículos 1-9 de las Constituciones de 1980 (<i>A. Elduayen</i>)	309
Las actividades apostólicas de la Congregación de la Misión (C 10-18; E 1- 12) (<i>L. Palú</i>)	320
Como amigos que se aman profundamente. Reflexiones sobre la vida de comunidad ayer y hoy (<i>R.P. Maloney</i>)	335
Las Constituciones, fuente de la vida espiritual del misionero. Relectura de los artículos 28-50 de las Constituciones, a veinte años de distancia. (<i>E. Antonello</i>)	355
Las Constituciones: unidad en la diversidad de la Congregación de la Misión. (<i>J. I. Fernández de Mendoza</i>)	368
El gobierno de la Congregación según las nuevas Constituciones (<i>Y. Danjou</i>)	379
Las nuevas Constituciones. Tradición y renovación. (<i>C. Braga</i>)	390
Leer y orar las Constituciones. (<i>M. Pérez Flores</i>)	402
Fidelidad a las Constituciones. (<i>H. O'Donnell</i>)	413

VI. Bibliografía

1. Bibliografía Vicenciana

<i>Robert Maloney</i> . Go! On the Missionary Spirituality of St. Vincent de Paul	425
<i>Luigi Mezzadri-Francesca Onnis</i> . Storia della Congregazione della Missione, II/1. La Congregazione della Missione nel sec. XVIII: Francia, Italia e Missioni (1697-1788).	425
<i>Wiesław Wenz</i> . Prawno-teologiczne elementy charyzmatu Zgromadzenia Misji Wincentyńskiej do powstania pierwszych “Reguł Wspólnych” (1617-1655). (<i>Aspectos jurídico-teológicos del carisma de la Congregación de la Misión hasta las primeras Reglas Comunes</i>)	426
<i>Giustino De Jacobis</i> , Scritti: 1. Diario.	426
<i>Colectivo</i> . Le Missioni Popolari della Congregazione della Missione nei secoli XVII-XVIII. II – Documenti.	427
<i>Colectivo</i> . La Familia Vicenciana ante el Tercer Milenio. Caminos de futuro	427
<i>Carlo Riccardi</i> . Spiritualità Vincenziana. Contributo allo studio del Vin- cenzianesimo.	428
<i>Giovanni Burdese</i> . Dall’essere nella carità al vivere la carità. Principi di spiritualità e linee metodologiche per la Famiglia Vincenziana.	428
<i>Jean-Pierre Renouard</i> . Prier 15 jours avec Saint Vincent de Paul.	428
<i>José Evangelista Souza</i> . Província Brasileira da Congregação da Missão: 180 años dos Lazaristas no Brasil.	429
<i>José Barceló Morey</i> . Hombres y apóstoles en la costa norte hondureña.	429

2. Bibliografía General

430